

GLOBALIZACIÓN
Encrucijada de la Caridad Educativa
Coloquio con Vittorio Chiari

Juan Vecchi

GLOBALIZACIÓN
Encrucijada de la Caridad Educativa

Coloquio con Vittorio Chiari

Segunda edición revisada

GLOBALIZACIÓN: ENCRUCIJADA DE LA CARIDAD EDUCATIVA

Juan Vecchi, Rector Mayor de los Salesianos (1996-2002)
Coloquio con Vittorio Chiari

Traducido de la versión italiana *Globalizzazione. Croce via della Carità Educativa. Coloquio con Vittorio Chiari*. Società Editrice Internazionale, Turin, abril del 2002.

Con las debidas licencias

Traducido por Juan Bottasso sdb, Victoria de Vela y Juan Serrano. Revisión a cargo de José Juncosa.

1ra. Edición: • Inspectoría Salesiana del Ecuador
en español Av. 12 de Octubre 14-36 y Wilson
 Teléfonos: 2 221-506
 Quito-Ecuador

• Ediciones El Horeb
Av. 12 de Octubre 14-30 y Wilson
Casilla 17-12-719
Teléfonos: 2 506-251 / 2 506-267
E-mail: editorial@abyayala.org
www.abyayala.org
Quito-Ecuador

ISBN: 9978-22-274-X

Impresión: Producciones digitales Abya-Yala
 Quito-Ecuador

Impreso en Quito-Ecuador, octubre 2002

Índice

Como un padre a punto de un largo viaje.....	7
Una tarea importante: un libro sobre los jóvenes.....	10
¡Globalización: hablemos de inmediato!.....	14
En la calle	25
En la calle, los niños trabajadores.....	38
En la calle, los perros perdidos sin collar	63
Los chicos de la calle son los Miguel Magone de hoy	79
Los jóvenes en cárcel	95
En la calle, el drama de quien ha sufrido la violencia sexual.....	102
No olvidemos a la mujer: ella está en el corazón de la creación.....	118
Juegos de guerra: el drama de los muchachos soldados.....	129
Postfación: globalización de la educación.....	139

Como un padre a punto de un largo viaje...

Padre Luc Van Looy
Vicario del Rector Mayor

Cuando el corazón ama, se entrega fácilmente a las confidencias... incluso con un periodista que pacientemente recoge sus sueños, pasiones, deseos, ansias, felicidades y dolores. Carlo Di Cicco tuvo la posibilidad de reunir en un libro-entrevista, lo que el “corazón educativo” del Padre Juan Vecchi, Rector Mayor de los Salesianos, meditó con amor sobre el gran tema de la condición juvenil en la era de la informática.

De aquí nació un libro que se lee con gusto, aunque incomoda las seguridades de los educadores que no supieron o no quisieron actualizarse.

En estas páginas en cambio, el Padre Juan Vecchi entregó sus confidencias a un colega, el padre Vittorio Chiari, uno de los tantos que han crecido en un ambiente de oratorio, propio de los chicos con dificultades, para decirle cuáles eran sus más vivas preocupaciones, mientras miraba el variado y complicado mundo de los jóvenes.

Lo hizo con sencillez, como el padre que está a punto de salir a un largo viaje, quiere dejar a sus hijos no solamente las memorias, sino aquello que deberían hacer para mantener viva su pasión educativa, la del sucesor de Don Bosco, que no puede descansar meciéndose en las tradiciones del pasado, sino que se lanza “a la calle”, hoy encrucijada de la caridad educativa; allá donde chicos y jóvenes son víctimas de la explotación en el trabajo, usados y vendidos para satisfacer tendencias de los adultos incapaces de amar; allá donde están obligados a tomar las armas para la guerra o en los alrededores de las grandes ciudades, donde los cronistas los llaman *baby killer*, pertenecientes a *baby gang* mientras que no son más que chicos que no hallaron personas adultas capaces de entregarse a ellos donándoles aquella “caridad educativa” que los hace sentir vivos, contentos de vivir y de hacer vivir.

Una imagen muy presente para el padre Vecchi fue la de Don Bosco que, en la calle, en el siglo XIX, encontró a varios Garelli y Magone, a los cuales no solamente dio “casa”, sino familia y paternidad.

“La caridad tiene sus caminos obligados; los más difíciles, los más locos...”, escribía el padre Primo Mazzolari en un libro suyo dedicado “a los personajes dañados del Evangelio”...

8 *Como un padre a punto de un largo viaje...*

Don Bosco los recorrió con gran valor; el padre Juan Vecchi, su octavo sucesor, no quiso ser menos dedicado ni aguar el carisma del santo amigo de los jóvenes –sobre todo de los más pobres y abandonados– y en esta familiar confianza a un cofrade suyo, elegido casi al azar, quiso enviar a sus salesianos, a sus colaboradores, cooperadores y ex-alumnos a las calles, allá donde los muchachos viven, sufren y mueren.

Quien recogió sus confidencias, el padre Vittorio Chiari, es portador también de su experiencia y la de otros salesianos, que trabajan “en la calle” en una serie de intensas iniciativas que recuerdan la “sana locura” de Don Bosco.

Es un diálogo en que las palabras del padre Juan Vecchi, citadas en el texto con letra más menuda, son piedras vivas, sobre las cuales se pueden construir proyectos valientes, donde se demuestra que la educación sigue teniendo sentido, porque continuar haciendo educación quiere decir mantener la confianza en el hombre, en la convicción de que la regresión al estado salvaje agrava las condiciones de vida en el mundo.

Justamente frente a los numerosos males sembrados por las manos del hombre, hace falta una buena dosis de optimismo. No del optimismo banal de aquellos que lo ven todo fácil, de quien vende recetas educativas, para dedicarse a la educación sino de quien se alimenta de la esperanza que viene de su fe en Dios, el gran Educador, que inspiró a Don Bosco “lo que debía hacerse” y a todos los que se reconocen en su carisma educativo.

Es esta presencia de Dios en la historia humana al iniciar el tercer milenio, la que hace del padre Vecchi, no un profeta de desventuras, sino el educador del futuro que piensa que Dios, mientras navegamos en Internet y tenemos que enfrentar las increíbles sorpresas de la tecnología, no baja de nuestro barco, de nuestra nave espacial, para dejarnos solos en rutas sin meta.

Y su “profecía” constará en el capítulo final del libro, en el que mediante una carta abierta a los cofrades, a la Familia Salesiana, a todos los hombres de buena voluntad que trabajan en el campo educativo; el Rector Mayor invitó a encontrar a los jóvenes en la encrucijada de sus caminos para crecer juntos en la esperanza de un mundo nuevo, donde se proporciona a los jóvenes la atención que merecen y la posibilidad de ser protagonistas de la construcción de la “civilización del amor”, tan frecuentemente mencionada por Juan Pablo II en sus discursos.

Padre Luc Van Looy
Vicario del Rector Mayor

Posdata

Hubiera debido ser la fecha de pascuas la de la publicación del libro, pero luego el Rector Mayor indicó otra fecha, la Navidad del 2001. Quería donar su libro como regalo de Navidad a la Familia Salesiana, a quien la ve con simpatía y sostiene sus iniciativas en medio de los jóvenes.

Entretanto sus condiciones de salud fueron empeorando, la enfermedad afectó progresivamente sus facultades. El tumor que lo enfermó no le dio tregua. En cierto momento perdió la vista aún manteniendo cierta lucidez, pero siempre sufrió con paciencia, amorosamente asistido por sus hermanos del Colegio General, y otros que se turnaron en su cabecera, por las religiosas llegadas de Colombia, pertenecientes a la congregación fundada por un gran salesiano quien pronto será declarado Beato, el padre Variara.

Ahora que esta obra está en manos de los lectores, el Rector Mayor ya no está entre nosotros, pero su corazón se alegraba cuando lo dictaba y por saber que sus hermanos no lo archivarían en un cajón, sino que lo publicarían con el cariño de hijos que obedecen la última voluntad del padre.

Una tarea importante: un libro sobre los jóvenes

Maxima debetur puero reverentia

Ya no recuerdo si este dicho, en latín muy fácil, es de Juvenal o de Séneca o de otro de los autores latinos estudiados durante el tiempo de la secundaria en sociales. Tampoco recuerdo bien si *puer* pertenece a la categoría de la infancia o de la adolescencia de los muchachos. A mí me parece que se debe respeto a los jóvenes, no importa qué edad tengan.

¿El mismo que se debe a los ancianos? Yo diría que aún más que eso, considerando cómo son tratados hoy los ancianos en nuestro mundo occidental: parecen material usado, contaminado, desgastado, dañado y de desecho. En el Norte del mundo, no son en absoluto considerados como “los sabios” de las tribus xavantes del Mato Grosso en el Brasil: guardianes de las memorias, aquellos que dictan el ritmo de las fiestas e interpretan las leyes y las tradiciones antiguas.

Maxima debetur: “máxima”, adjetivo superlativo, a lo grande; *debetur*, “se debe”: es un deber, algo imperativo, no un algo que se deja a la liberalidad del adulto. Estos pensamientos daban vuelta en mi cabeza en el Eurostar, que me llevaba a mi casa desde Roma, donde había tenido un encuentro con mi *boss*, el jefe de los salesianos, llamado en términos clericales el “Rector Mayor”.

Él mismo me había invitado a Roma, dos meses antes, cuando aún yo me hallaba en Madagascar; luego había perdido contacto y parecía que todo acabaría allí, en el *e-mail* que me enviara a Antananarivo. En cambio, llegaron otros dos llamados y por fin logré arreglar el no fácil encuentro: el Rector Mayor no se encuentra muy bien de salud en este período, no se lo puede molestar más, pero la gentileza del Vicario, el padre Luc, me sirvió de salvoconducto: me esperaban.

Llegué a la Casa Madre con algunas inquietudes: ¿qué querrá de mí? ¡Sin duda no tengo edad para convertirme en Superior Mayor y tampoco para convertirme en Cardenal de la Santa Romana Iglesia! Justamente ese día el Papa comunicaría sus nombres, pero el mío no estaba.

Entré a su oficina sin ningún temor. Desde niño, en el Oratorio, me habían enseñado a respetar pero a no temer a los jefes, sobre todo si eran salesianos. Así lo quería Don Bosco: sus salesianos no son una “compañía” o una

“patrulla de asalto”, sino “hijos”, gente de la familia de la casa, con el corazón grande, capaz de atender la razón y atestiguar, a través de la bondad, la bondad de Dios. Dentro de este proyecto, el Superior no puede ser un general ni tampoco un presidente, sino un “padre” preocupado del bien de sus hijos.

Mi Rector Mayor se llama padre Juan Vecchi; viene de la Patagonia, una tierra que Don Bosco viera en sueños hace unos cien años. Allá los salesianos se propagaron como la “grama”-pido disculpas- como la semillita de mostaza del Evangelio; crecieron y ahora el árbol brinda sombra a muchísimos chicos y chicas de toda condición social: “Me basta que ustedes sean jóvenes para que yo les ame mucho”, decía el Santo del cual el padre Vecchi es el octavo sucesor.

En la Patagonia, a comienzos del siglo pasado, en 1908, había emigrado desde Boretto, un pueblo a la orilla del Po en la Diócesis de Reggio Emilia, su padre Albino, quien se casara con María Inés Monti, la madre, llegada desde Forlì a Viedma en 1906.

Allá, último de siete hermanos, el 23 de junio de 1931, nacía Juan Edmundo Vecchi Monti. Muchacho vivaz, inteligente, *scout*, actor de teatro, lleno de intereses y con una decidida voluntad de estudiar, entra en el Noviciado Salesiano y a la edad de dieciséis años, el 28 de enero, en Fortín Mercedes pronuncia los primeros votos religiosos.

En 1954, el joven Juan está en Italia, en Turín, para seguir los estudios teológicos en la Crocetta, donde es consagrado sacerdote en 1958. Celebra una de las primeras misas en la iglesia del barrio de Santa Cruz, donde conoce a algunos de los numerosos parientes y reza en la tumba de los abuelos. Después de años de eficaz trabajo en Argentina, en el campo de la formación de los jóvenes, en 1971 participa en el XX Capítulo General. Poco después del Capítulo es llamado a sustituir al Regional de la Zona Atlántica de América Latina.

En 1996, durante el Capítulo General XXIV, sucede no inesperadamente la elección del Rector Mayor de los salesianos. Es el octavo sucesor de Don Bosco, el segundo proveniente de Latinoamérica, después del padre Egidio Viganó quien, a pesar de ser italiano de Sondrio, había tomado la ciudadanía chilena, de la tierra que amaba como patria por los muchos años de ministerio realizados allá.

Pero volvamos al día del encuentro. Entrando en su oficina, enseguida noté su preocupación por los chicos del mundo y no por mí: me vio en la plenitud de mis fuerzas, después de la intensa dieta seguida por años, la cual me impide jugar fútbol como atacante, pero que me deja jugar en la “zona”, en un

área limitada, para dar una que otra patada a la pelota y estar con los chicos, dejándoles a ellos la felicidad de marcar goles y de marcarme a mí.

Estar con los muchachos, jugar con ellos, es una de las señales más visibles del espíritu de familia que reina en las “casas” de Don Bosco. Ninguna formalidad: me esperaba y enseguida me enseñó unas carpetas bien ordenadas, con material recogido personalmente por él, en los momentos de forzado descanso en el estudio.

Es el material que me sirvió para algunos artículos míos publicados en el Boletín Salesiano. «Ten, debes escribirme un libro... Estilo periodístico, ágil, tengo prisa por verlo impreso... ¿El tiempo? Si quieres, puedes quedarte aquí unos quince días, lejos de todos y...».

Carpetas llenas de documentos recogidos incluso navegando por Internet. El padre Vecchi no quería ser un analfabeto en la era de las computadoras, de los *mouse*. Había escrito a sus salesianos una larga carta acerca de la “Comunicación Social”, en la cual resalta la revolución antropológica de Internet, que no concernía tan solo a las habilidades de su uso, sino también las formas de pensamiento, las costumbres de vida y la propia conciencia.

La red proporciona un nuevo rostro a las nociones de espacio y tiempo, elimina confines y barreras entre naciones. Está naciendo un mundo abierto en que desaparecen las barreras geográficas entre las personas, un mundo interactivo y por tanto vivo y variado. Está naciendo “el ciudadano electrónico” al que nosotros debemos ayudar a ser “honesto”, a abrirse a un espacio “allende la red”, y a reconocer la paternidad de Dios para ser buen cristiano.

Fue un golpe contra mi pesimismo sobre estas diabluras, que en realidad las poseo, pero que no logro utilizarlas como veo que lo hacen tantos muchachitos del Oratorio. La Internet seguramente es útil, pero yo temo quedarme atrapado como en una red que te aísla de los demás, no de los que están lejos, sino de los que están cerca. Es una tarea educativa más, que impone una confrontación cultural y ética sobre su uso, sobre las reglas a darse, la responsabilidad que tenemos, pero no podemos simular que no vemos nada: es una revolución informativa, que no puede sorprender analfabetos a los educadores, los profesores, los propios padres.

Estas son reflexiones del padre Vecchi, que me asegura acerca de las potencialidades que tiene la Internet incluso para mantener los contactos con los propios salesianos esparcidos por el mundo.

En la Internet hallo una apertura enorme al mundo y una disponibilidad amplísima de noticias. Con Internet accedo a las regiones con situaciones de par-

particular preocupación para la Congregación Salesiana o las fuentes que pueden darme noticias útiles.

En su rostro de navegador en Internet, “medido en el tiempo”, para nada dominado por este medio, yo leía el ansia, del tipo “enfermizo” de las madres hiper protectoras, sino la de quien se tomó en serio a los jóvenes y los ve rodeados por innumerables dificultades, que les impide mirar adelante con gran confianza y esperanza. En Internet...

Los muchachos – ¡soldados de Sierra Leona! ¡Hay que hacer algo por ellos! Y los explotados en el mundo del trabajo: son doscientos cincuenta millones! La violencia contra los muchachos está creciendo, incluso la sexual... Tengo que buscarte algunas esquelas sobre una experiencia de recuperación que los Salesianos están realizando en Sri Lanka... Y luego, están los chicos de la calle... Estuviste en Brasil y...

No estuve en Brasil, ¡pero a los chicos de la calle los encontré en La Paz, en Lima, en Santiago, en Madagascar! Sé que “el mundo viaja hoy más con naufragos que con navegantes” (Galeano) y entre los naufragos, los niños y las niñas, “los menores” rechazados después de haber sido engendrados, un genitío de “condenados de la tierra” considerados por las mayorías incómodos, embarazosos, un problema.

“Sus nombres y sus rostros, diariamente pisados, sus lamentos y su miedo, no son más que un tenue zumbido de fondo que nuestros oídos y nuestros ojos no logran percibir. Tal vez, no quieren percibirlo” (Roberto Morselli, ASPE).

Son los *meninos de rua* de Recife, los *gamines* de Bogotá, los *tarzanilis* de Khartoum, todos los hijos y las víctimas de las grandes ciudades que tienen la calle como hogar.

Tenemos que hacer algo, algo más... incluso en el ámbito internacional. Las leyes están, pero, ¿quién las conoce o las practica?... ¡Interésate sobre todo por estas clases de chicos! Dónde se encuentran, cómo viven su relación con los adultos, con las instituciones, qué les enseñó “la calle”...

¡Globalización: hablemos de inmediato!

*Con los últimos y los marginados todos podremos recuperar una clase diferente de vida.
(CONFERENCIA EPISCOPAL ITALIANA, En el corazón de la caridad).*

Las esuelas que me entregó el padre Vecchi conciernen a los temas más importantes de la condición juvenil. Me quedo asombrado, leyéndolas, por la claridad, pero también por la pasión y el valor con que habla de la globalización con referencia a los derechos del hombre y al campo típicamente salesiano: los jóvenes del mundo. Leyéndolas, un amigo mío que desde hace años trabaja en el Centro de Documentación del Centro Misionero de la Diócesis, salió gritando: «Magníficas ¡Espero que tú no tengas ocasión de aguarlas!»

Eso yo no me lo concedería: el de la globalización es un discurso demasiado importante. El padre Vecchi, contrariamente a lo que solía hacer, lo escribió a mano para resaltar cuánto le importa. Incluso el inicio es solemne: es un “¡j'accuse!” No teme eventuales refutaciones yendo contra viento y marea. “En una crisis en que está en juego el destino del hombre, si nosotros los católicos no hablamos, quién hablará?” (Bernanos).

El padre Vecchi formuló tales consideraciones en el mes de enero del 2001, muchos meses antes de que estallaran los acontecimientos del G8 en Génova, donde las pronunciara claramente en tono profético, lejos de toda instrumentalización política.

¡J'accuse! Quedé negativamente impresionado por el ingenuo entusiasmo con el cual asociaciones católicas, ONGs, congregaciones religiosas aceptaron el concepto de globalización.

Los creyentes no deben formar una nueva Seattle, pero tampoco deben permanecer pasivos frente a un fenómeno que los sociólogos denominan “mundialización”, o sea, “el desarrollo de actos humanos que se dan cada vez más a escala mundial y que marcan la decadencia de una fase precedente con carácter principalmente nacional”; y “globalización”, un término que proviene del ámbito económico, que concierne el libre movimiento del mercado con sus actuales dinámicas en todo espacio geográfico y humano, no solo para la compra y la venta de productos, sino también para la colocación de instalaciones productivas en las cuales las condiciones son más favorables respecto de los costos de producción y trabajo.

A decir verdad, para algunos era un término que definía el inevitable proceso dirigido por las nuevas tecnologías en el campo de las comunicaciones electrónicas y en el sector de los transportes, que permiten a las informaciones, a las personas, a los capitales alcanzar los ámbitos más remotos del globo a una velocidad hasta la fecha nunca imaginada. Es un proceso que convierte al mundo en una “aldea global” con consecuencias en el campo económico y político que abren posibilidades de prosperidad para todos, sin precedentes.

Para la mayoría de las personas que ama a la humanidad, la globalización no es más que un *proceso de dominio económico, político y cultural de los más fuertes* –económica y militarmente– *sobre los débiles*.

La producción de los bienes, que se mueve bajo la égida del provecho, no está de acuerdo con los requerimientos de un justo desarrollo social, que incluya a todos. Entre los efectos más graves, constatamos una disminución y hasta la descomposición de la solidaridad social, la reducción de la persona a individuo capaz tan solo de posesión, producción y adquisición.

Y tal modelo de hombre concentrado en el tener más que en el ser favoreció la costumbre consumista: trabajar para tener, tener para adquirir, adquirir para consumir. Comunicaciones, mercados, competencia, circulación de capital, inversiones que se dan a escala mundial, pero, ¿quién gobierna la comunicación? ¿Mercado libre a favor de quién? Circulación libre de capitales: ¿para quién? Inversiones: ¿a favor de quién? ¿Quién está en posibilidad de invertir?

El padre Vecchi no tenía términos medios: olía el riesgo de una globalización y una mundialidad que no ayudan al débil y al pobre, de una política totalmente amarrada a la economía, sierva de ésta, de una globalización que, desde sus comienzos, no ofrece garantías sino al 20% de las personas que ya administran el 80% de los recursos mundiales.

Es una desconfianza natural en quien, uniformándose al Evangelio, teme “el imperio del dinero”: “nadie puede servir a dos patrones: odiará al uno y amará al otro, o preferirá al uno y despreciará al otro: ustedes no pueden servir a Dios y al dinero” (Mt. 6, 19).

Además, me parece que el catolicismo y la propia fe perdieron el deseo, el valor y la habilidad de la refutación evangélica; sin embargo, ya tuvieron la experiencia de una organización del mundo al servicio de un grupo, con consecuencias que sería poco llamarlas desastrosas. Hay el temor –a veces incluso en quien está arriba– de ser marcado como obsoleto porque no se levantan alabanzas al mundo así como fue creado por los poderosos.

Venden la primogenitura, que es la visión evangélica del hombre, de su dignidad, de su destino por pocas lentejas de ventajas inmediatas. Vivimos en un imperio económico, que es un sistema de pecado: las empresas multinacionales, los medios de comunicación no toman en cuenta el mundo de los empobrecidos; las leyes mismas ya no son concebidas para mejorar la vida, sino para facilitar la movilidad de las empresas, los capitales, las inversiones, para incrementar los capitales a costa de quien trabaja y de los pobres. La Iglesia sigue teniendo todavía capacidad de congregar grupos, gente, jóvenes, por eso debe hacer escuchar su voz para imponer nuevas reglas de democracia en el ámbito internacional que garanticen la dignidad de la persona, el derecho de todo pueblo a la paz.

Tómese en cuenta que, en el actual proceso de globalización, el número de pobres creció enormemente, y se ensanchó cada vez más la distancia entre aquellos que tienen y aquellos que no tienen, entre los salvados y los sumergidos, los elegidos y los perdidos. No podemos aceptar tranquilamente que una parte de la humanidad se salve y que otra esté destinada a perecer. ¡Sobre todo cuando de por medio están los jóvenes!

Sin embargo, las sociedades multinacionales, la cada vez más elevada capitalización de la bolsa, las nuevas profesiones siguen siendo eventos del Norte del mundo, de los países del mundo, mientras que la promoción de las bancas éticas y de cooperativas financieras, que intentan poner en relación el ahorro recogido con el sostén a inversiones justas, hacen reír a los cerebros de la *new economy*, los poderosos de las multinacionales.

El capitalismo tan privado de piedad y tan violento no teme a los don Quijotes de la economía que actúan según las leyes del corazón o las éticas de las iglesias y no en base a las férreas leyes económicas de mercado, las únicas que tienen importancia.

El mercado financiero fue sustituyendo, sobre todo en los países pobres, la producción de bienes. La riqueza ya no está ni proviene del trabajo y de los esfuerzos de producir los bienes necesarios para la población del país, y al mismo tiempo es privada de toda referencia ética. De la especulación a la corrupción, al desinterés por el bien común, los pasos a recorrer son breves y fáciles.

Tenía la impresión de que el padre Vecchi se detuviera tan solo en los aspectos negativos de la globalización. Me parecían casi exagerados los tonos que usaba. Me permití preguntarle si todo lo veía negro y nada más, o si existían también aspectos positivos, que los medios de comunicación occidentales evidencian en caracteres enormes.

Pienso que los aspectos positivos pertenecen más a la mundialización que a la globalización. Uno es sin duda la producción de bienes de toda clase en cantidad nunca vista antes, luego el continuo progreso de las tecnologías, la disponibilidad de tales productos incluso en las zonas más lejanas y desprovistas de capacidad de producirlas, suponiendo que tengan el dinero para comprarlas.

Así me parece positivo que los intercambios tecnológicos, con el tiempo, puedan permitir una mayor igualdad. Positivos son también el contacto creciente entre los pueblos, la caída de los prejuicios y de los sentimientos de superioridad cultural, la circulación y colaboración entre aquellos que obran en forma humanitaria y gratuita.

En todo caso, es terrible pensar en la marginalidad que grandes partes de humanidad –¡la mayoría!– sufrirán en las perspectivas futuras: “Ciertas personas (por terrible que sea tan solo escribirlo) simplemente no sirven. La economía puede crecer sin su contribución; para el resto de la sociedad ellos no son un beneficio, sino un costo” (Dahrendorf).

Algunos sujetos sociales pues desaparecerán: “Los expulsados del mundo del trabajo y aquellos que no lograron entrar (incluso jóvenes altamente calificados), así como aquellos que viven en el área de los trabajos marginales y precarios ya no constituirán una clase social en el sentido histórico de la palabra, un grupo homogéneo bajo el perfil de la actividad laboral y de los intereses sociales” (sigue siendo Dahrendorf quien escribe).

Las tensiones que surgirán serán más impetuosas en los países pobres, desembocando en conflictos bélicos y en la aceptación de mercados horribles como la prostitución y el abuso de menores, o sea, formas de esclavitud que la miseria y el hambre favorecen.

La globalización hoy no tiene fundamentos y referencias éticas suficientes: no es regulada por una visión adecuada de la persona, de la sociedad, de la humanidad y los bienes económicos: está enjaulada por los mecanismos del provecho.

Muchos se preguntan si no será conveniente cambiar la forma de pensar, de concebir “la competencia”, de superar la competitividad sin exclusión de golpes, sino habrá llegado el momento de sustituir la ideología de mercado con una ciencia económica con reglas “de sostén” que tomen en cuenta también a los “pequeños”.

La visión del padre Vecchi tiene sabor de sueño, de utopía, de algo irrealizable, pero me parece que propone ideas que se pueden compartir y son po-

sibles a pesar de las fatigas que implican y de los sacrificios que las diferentes categorías de personas deben asumir. El Rector Mayor propone cuatro contratos: uno, respecto al tener; el otro, cultural; el tercero, democrático; y, el cuarto respecto de la Tierra.

El primer contrato, respecto del tener, habría que obligarse a eliminar las desigualdades extremas garantizando a todos los bienes necesarios para vivir. El segundo contrato, obliga a respetar las áreas particulares de vida –la cultura en especial– para darle a la misma dignidad; el tercero, concierne la constitución de una autoridad a nivel mundial que sea reconocida por los distintos países; y finalmente, el respeto de la Tierra, es el voto por un desarrollo no salvaje sino sostenible, respetuoso de la naturaleza.

Es un sueño, pero aclara dónde nos hallamos, adónde deberíamos ir y cómo educar respecto de un posible cambio de ruta del camino de la humanidad.

Le pregunté: «¿Existe una estrategia que permita salir de la situación presente? ¿Qué piensa proponer a los Salesianos, a la Familia Salesiana de la cual usted es el Superior? ¿Considera que las mismas indicaciones valen para todos?».

Para el futuro, quisiera resaltar dos áreas de atención y de trabajo, que presumo puedan ser un camino serio incluso para quien no se reconoce en la Iglesia.

La primera es la atención a educar y a educarse. La pobreza y la marginación no son un fenómeno puramente económico, sino realidades que tocan la conciencia de las personas y desafían la mentalidad de la sociedad en la que se vive.

Educar la conciencia significa prevenir los graves daños de la pobreza y la penuria, entre los cuales están la explotación de los menores, su uso en acciones de guerra o de delincuencia, el abandono y el abuso violento de que son víctimas en la calle y en el cuerpo. Educar y educarse, aceptando y pidiendo la ayuda de los jóvenes, responsabilizándolos frente a sus coetáneos, promoviendo caminos educativos que orienten el sentido de la vida, la formación de las conciencias, la educación al amor y la solidaridad.

La segunda línea de acción yo la veo en la promoción de la cultura: el esfuerzo contra la marginación es tanto más eficaz cuanto más penetra y transforma el conjunto de percepciones y sentimientos que configuran el pensamiento y la conducta de una sociedad o de los grupos activos en su interior. No es sufi-

ciente un compromiso de ayuda y de asistencia a favor de cada cual, aunque esto es importante.

Se requiere de un trabajo de animación social que suscite cambios de criterios, nuevas formas de relación y modelos de conducta alternativos respecto al individualismo posesivo, a la satisfacción exclusiva de intereses personales, al abandono de los más débiles, a la condena sin esperanzas de quien sufre dependencias.

Se trata de promover una cultura del otro, de la sobriedad del estilo de vida y de consumo, de la disponibilidad a compartir gratuitamente, de la justicia concebida como atención a los derechos de todos en una obra de amplia prevención, de acogida y soporte a quien lo necesita.

Abre el corazón a la esperanza la red formada por ONGs, cooperativas, movimientos, bancos y varias organizaciones (voluntariado, asociaciones privadas para el comercio justo y solidario, el movimiento de familias que se comprometen a vivir con lo suficiente evitando gastos superfluos), que realizan actividades sin lucro, no manifiestan pertenencias políticas excluyentes, pretenden prestar un servicio con medios alternativos a los del mercado y completan la participación democrática.

Ella realiza una acción real de mejoramiento de las relaciones a través de proyectos pequeños y medianos, orientando también las instituciones de gobierno en la línea de una mayor solidaridad.

Es cierto: se está formando una Red de solidaridad, que materialmente parece débil pero que moralmente es fuerte incluso frente a las poderosas organizaciones políticas y económicas.

En este campo, una Red bien organizada a nivel internacional, con múltiples recursos y un rico patrimonio ideal puede sustentar proyectos concretos, implicar al mayor número de personas posible, para que asuma, como humilde vanguardia un estilo de vida solidario y generoso. En su formación pueden colaborar todos, creyentes y no creyentes.

Luego el padre Vecchi se detiene largamente sobre la opción cristiana por los pobres. El amor de la Iglesia por los pobres pertenece a una tradición de milenios, a los orígenes. Figuras de santos y santas, obras e institutos religiosos lo demuestran. En los contextos de mayor miseria, surgieron en la comunidad cristiana personas carismáticas que enfrentaron con valor las plagas sociales más difusas a las cuales nadie quería poner remedio.

Al surgir la cuestión social, una visión más crítica de la sociedad puso en evidencia los mecanismos generadores de miseria. La Iglesia denunció entonces los modelos de organización económica, social y política que subestimaban el valor de la persona, la despojaban del derecho a los bienes necesarios para una vida plenamente humana, extendiendo los fenómenos de la miseria y la marginación.

El Concilio Vaticano II varias veces hizo un llamado a la elección decidida respecto de los pobres. Incluso en el documento que concierne a los sacerdotes, las orientaciones son claras: “Aunque están obligados a servir a todos, a los presbíteros están confiados de una manera especial los pobres y los más débiles, con los cuales el mismo Señor quiso demostrarse particularmente unido y cuya evangelización es mostrada como señal de la obra mesiánica”.

En Puebla, en la Tercera Conferencia Latinoamericana, se acuña la expresión “opción fundamental por los pobres”, en vista de su liberación integral. En uno de los últimos documentos de la CEI leemos lo siguiente: “El amor preferencial por los pobres se revela como una dimensión necesaria de nuestra espiritualidad. Con los últimos y los marginados podremos todos recobrar un género diferente de vida”.

El corazón de la nueva evangelización es el Evangelio de la caridad que asume los problemas y las situaciones humanas que precisan la fuerza transformadora del amor. Es una caridad que se expresa en lo inmediato, pero que sobre todo se compromete en un proyecto social y cultural de amplio y largo alcance en que la persona es siempre considerada según su vocación y dignidad, a la luz de lo que nos fuera revelado en Cristo.

El compromiso por la justicia y la paz en un mundo como el nuestro, marcado por tantos conflictos e intolerables desigualdades sociales y económicas, fue un aspecto calificador de la preparación y celebración del Jubileo. Así, dentro del espíritu del *Libro del Levítico* (Lv. 25, 8 – 28), los cristianos deberán convertirse en voz de todos los pobres del mundo.

Las dimensiones de la pobreza y el cálculo de los recursos para resolver los problemas correspondientes parecen la confrontación entre David y Goliat: entre un mundo que no ama a los pobres y cava brechas cada vez más amplias entre ellos y los que gozan de bienestar, entre los que están bien y los poderosos de la tierra.

¿Es un mundo enfermo aquel que se presenta frente a la mirada crítica del Rector Mayor? Un mundo indudablemente marcado por el mal, que parece ensombrecer toda felicidad, toda posibilidad de futuro sereno, pero un

mundo que nunca irá a la deriva porque es amado por Dios, que para su salvación no dudó en donar a su Hijo predilecto, Jesucristo.

Dios no es indiferente frente al hambre del hombre, pero el pan cotidiano pasa de nuestras manos, de la generosidad de los estados del bienestar, los G8, los más poderosos de la Tierra. Por desgracia, muchos de estos países miembros de G8 en vez de pan vendieron armas para las diferentes guerras recientes, y otras más encendidas den el mundo. Son armas italianas aquellas que mataron cientos, miles de cristianos en las islas de Timor, armas francesas en Ruanda, americanas en las guerras de los Balcanes, rusas en Kosovo...

Armas en lugar de pan; y la pobreza crece en el mundo, en las zonas deprimidas y en otras, donde en vez de pensar seriamente en la grave situación de las poblaciones, a menudo se planea hacer proyectos de armamentos incluso nucleares, como en la India y Pakistán, en Corea del Norte y en Brasil, solo para citar algunos ejemplos.

Por desgracia, a pesar de que en el nivel mundial el año 1996 fue dedicado por la ONU al desarraigo de la miseria, este año se obtuvieron los mismos indicadores en que se intentó resolverla, mediante intervenciones sectoriales de dinero y asistencia.

El Forum Tiers Monde, un Foro mundial alternativo celebrado en Milán del 19 al 21 de noviembre de 1999, publicó un *Manifiesto* que invita a “corregir el curso de la historia”: “Está en juego –se escribe– el futuro de la humanidad. El progreso científico y tecnológico, las supremas metas del conocimiento refuerzan el privilegio y el bienestar de todos, pero tales éxitos son usados para someter, marginar y excluir a innumerables seres humanos”.

El Manifiesto continúa con una serie de puntos que intentan impulsar alternativas posibles a las globalizaciones neoliberales:

“Es hora de poner la economía al servicio de los pueblos del mundo. Es hora de derrumbar el muro entre el Norte y el Sur. Es hora de enfrentar la crisis de nuestra civilización. Es hora de rehusar la dictadura del dinero. Es hora de reconstruir y democratizar el Estado. Es hora de volver a crear la ciudadanía. Es hora de salvar los valores colectivos. Es hora de globalizar las luchas sociales. Es hora de basarse en la resistencia de los pueblos. Ahora es el momento de reunir las fuerzas. El tiempo de reconstruir y extender la democracia es ahora. El tiempo de actuar ya empezó”.

Creo que es importante colocar semillas de esperanza, signos a multiplicar: la presencia del Señor, que no nos deja solos en esta “batalla” a favor de los pobres, los débiles, los últimos, los marginados.

Estoy convencido de que la globalización de la caridad y de la educación dará seguramente un nuevo rostro a la sociedad. Con base en este plan pretendo llevar adelante la Familia Salesiana. En estas páginas sugiero algunas elecciones de campo partiendo desde la “calle” y de lo que sucede en ésta con respecto a los jóvenes.

Antes de concluir esta parte de la entrevista, en la cual el padre Vecchi situó los problemas, de los cuales hablaremos extensamente en el libro, me entregó la *Carta Apostólica* de Juan Pablo II al concluir el Gran Jubileo del año 2000.

¡Léela con cuidado! Te darás cuenta de cómo el Rector Mayor coincide con Juan Pablo II. Es propia de nosotros los salesianos la fidelidad al Papa: nos lo enseñó Don Bosco y nosotros, como sucesores suyos en el tiempo, siempre mantuvimos la fidelidad a su enseñanza.

Es una Carta importantísima, muy llena de vida: en ella se respira el Jubileo y el futuro. Nos orienta hacia el Tercer Milenio con el valor y la creatividad de Juan Pablo II, el Papa que admiro y amo, que lo siento como una “roca” para nuestro camino de Iglesia y de Familia Salesiana.

Este consejo es aceptado con mucho gusto: por años mi compromiso por la pastoral juvenil en la Diócesis de Reggio Emilia me llevó a organizar las Jornadas Mundiales de la Juventud a nivel de la Iglesia local, marchas por la paz, Día de la Comunicación Social, por lo cual intenté conocer y hacer conocer sus enseñanzas. En el número 50 hallé las páginas que pueden ser el testimonio más carismático en el tema que enfrentaremos en el área juvenil.

Nuestro mundo comienza, el nuevo milenio cargado de las contradicciones provocadas por el crecimiento económico, cultural, tecnológico que ofrece a pocos afortunados grandes posibilidades, dejando a millones y millones de personas no solo en las márgenes del progreso, sino teniendo que enfrentarse con condiciones de vida por debajo de lo mínimo merecido por la dignidad humana. ¿Es posible que en nuestro tiempo exista todavía quien muere de hambre? ¿De analfabetismo? ¿Quién no carece de los tratamientos médicos más elementales? ¿Quién no tiene una casa en la cual ampararse?

El escenario de la pobreza puede ensancharse indefinidamente, si agregamos a las viejas las nuevas pobrezas, que afectan a menudo incluso los ambientes y las categorías no privadas de recursos económicos, pero expuestas a la desesperación del sin sentido, al acecho de la droga, al abandono en la edad avanzada, a la enfermedad, la marginación y la discriminación social.

De aquí surge el llamado a los creyentes, que no puede dejar de oírse: la comunidad de los cristianos siempre creó asombro a través del compromiso concreto de la caridad.

El cristiano que se asoma a este escenario debe aprender a hacer su acto de fe en Cristo descifrando el llamado que éste envía desde ese mundo de la pobreza. Se trata de continuar una tradición de caridad que ya tuvo en los dos milenios pasados muchísimas expresiones, pero que hoy acaso pida una inventiva aún mayor.

Esta es la hora de una nueva “fantasía de la caridad” que se despliegue no tanto y no solo en la eficacia de los socorros prestados, sino en la capacidad de convertirse en vecinos, solidarios con quien sufre, de tal modo que el gesto de ayuda sea sentido no como limosna humillante sino como un compartir fraterno.

Para esto tenemos que actuar en forma tal que los pobres se sientan, en toda comunidad cristiana, como “en su casa”. ¿Acaso este estilo no sería la más grande y eficaz presentación de la buena nueva del Reino? Sin esta forma de evangelización, realizada a través de la caridad y el testimonio de la pobreza cristiana, el anuncio del Evangelio, que no deja de ser la primera caridad, corre el riesgo de ser incomprendido y de ahogarse en aquel mar de palabras al cual la sociedad actual de la comunicación cotidianamente nos expone. La caridad de las obras garantiza, una fuerza equivocada a la caridad de las palabras.

Juan Pablo II nos recuerda a los creyentes que la Iglesia no es una agencia social aunque debe tener y mantener relaciones con la sociedad civil, dentro del respeto de cada autonomía, pero la pone en el territorio con la conciencia de que ella, mediante la ayuda del Espíritu, está en posibilidad de responder a los desafíos actuales. En el número 51 de la Carta leemos también esto:

Y además, ¿cómo mantenernos al margen frente a las perspectivas de un desastre ecológico, vuelve inhóspitas y enemigas del hombre amplias áreas del planeta? ¿O respecto a los problemas de la paz, a menudo amenazada con la pesadilla de guerras catastróficas? ¿O frente al desprecio de los derechos humanos fundamentales de tantas personas, especialmente de los niños? Son tantas las urgencias frente a las cuales el alma cristiana permanece insensible.

Luego, el Papa hace un llamado a favor de un compromiso especial también acerca de los temas que hacen impopular a la Iglesia, frente a los cuales es obligatorio ir contracorriente.

24 *¡Globalización: hablemos de inmediato!*

Me refiero al deber de comprometerse por el respeto de la vida de cada ser humano desde su concepción hasta su natural ocaso.

Es este respeto por la vida de los jóvenes el objeto de la conversación con el padre Juan Vecchi y la sustancia final de este libro: Globalización. Encrucijada de la caridad educativa. Él se concluirá con un mensaje que será la síntesis de nuestra reflexión: a una globalización de tipo económico intentaremos responder con una globalización de tipo educativo, que otorgue fuerza y esperanza al mundo juvenil.

En la calle

Vio un gran gentío y se conmovió por ellos porque eran ovejas sin pastor y se dedicó a enseñarles muchas cosas.

(Mc. 6,34).

No veo ningún futuro sin una educación difundida entre toda la población, una educación calificada según las expectativas de las nuevas generaciones.

(Padre Juan Vecchi).

¡La calle de los años cincuenta!

¡La calle! El padre Vecchi quiere que yo parta desde la “calle”, el lugar donde maduré una experiencia significativa. Manifiesto esto en primera persona y, si ustedes quieren, hablo largo, porque al mismo tiempo sirve para introducir algunos de los capítulos del libro que yo siento profundamente por haber vivido en la calle.

Donde pasé mi adolescencia era la perimetral de una pequeña ciudad que vivía una realidad de aldea, donde se jugaba, la gente estaba en la puerta de calle, eran raros los carros y las carretas arrastradas por caballos suscitaban nuestra admiración. Las madres nos hacían recoger lo que “dejaban” en el camino, excelente abono para las flores y los tomates.

Nosotros esperábamos siempre que el cochero se detuviera y nos pusiera encima de la carreta... Sueños sencillos de muchachos que se sentían satisfechos con poco, porque poco había y la vida sobria no era considerada una desgracia por quien andaba descalzo para ahorrar la suela de los zapatos. En la calle era posible controlar también los movimientos de nuestros papás, que pasaban de una cantina a otra, y controlábamos sus pasos, seguros del ingreso, con frecuencia inciertos acerca de la salida.

Un día me sucedió –aún hoy me da vergüenza– ayudar a levantarse a mi padre, enfermo por un accidente callejero, y caído en la calle víctima de los humos del vino tomado en la cantina donde lo había llevado para que pasara la tarde. Lo había maldecido y había invocado su muerte y la mía propia: «¡Papá no era así cuando me casé con él! –me susurró entre lágrimas mamá cuando lo supo– no acepta su condición de mutilado, su enfermedad. ¡Es ahora cuando hay que amarlo más... más que antes!».

En la calle vi pasar al cortejo de las mujeres y hombres, llevados al pelotón de fusilamiento para ser ajusticiados: pertenecían al partido de los “ven-

cidos” de la Segunda Guerra Mundial. Las mujeres tenían el pelo cortado al rape, cubierto de brea. Pasaban entre dos cortejos de gente —“los vencedores”— que gritaban palabras de muerte. Tenía yo ocho años, salí corriendo a la casa, asustadísimo: un espectáculo horrible para un chiquillo que empezaba a vivir.

En la calle de mi aldea encontrabas también a unos tipos raros que te hacían sonreír, mendigos y pobres, peregrinos que iban de un santuario a otro, cubiertos de estampitas sagradas, fáciles de satisfacer: pedían un plato de polenta y agua fresca. En la mesa siempre había un lugar para ellos.

A lo largo de la calle asistía yo a los cortejos de las procesiones del Corpus Christi o de la Virgen en esos días de fiesta (las ventanas de la casa estaban adornadas con sábanas o mantas de colores, con flores y velas) o bien a los cortejos fúnebres que marchaban a paso lento, mientras las campanas tañían tristes o alegres cuando el difunto era un niño o una niña. Los señores, en cambio, tenían carrozas con sogas blancas llevadas por caballos, y los deudos y amigos iban cogidos de la mano con el rostro adolorido por la ocasión.

A veces había la banda del pueblo que tocaba como podía la Marcha Fúnebre de Chopin, y el grupo de huerfanitos y huerfanitas lograba así una limosna para su instituto, llorando para el bienhechor de quien ni siquiera conocían el nombre. En la calle, el saltimbanqui o el domador con el oso que bailaba al son del acordeón; el domingo y los días de otras festividades religiosas, asistía al alegre paseo de las familias que iban a misa. La iglesia estaba en la plaza principal donde confluían los caminos más importantes.

Junto a la iglesia estaba el municipio, el bar de los señores importantes de la ciudad y la cantina para los campesinos y los obreros. La cantina nunca faltaba. Durante el sermón, los hombres aprovechaban para salir a tomar algo o fumar el cigarro toscano, y volvían a entrar después en silencio, bajo la mirada “sombria” del párroco y de las escandalizadas esposas y solteras que pertenecían a la Asociación de las Hijas de María.

Había vida en la calle: covachas con golosinas, el vendedor de helados, que nosotros llamábamos *cadorini*, porque el hombre de los helados venía de las montañas del Cadore. Han pasado los años y las cosas han cambiado en el Sur como en el Norte: la calle ya no es el lugar de los encuentros; hoy es un riesgo: «Te lo recomiendo, no estés en la calle», recuerdan los papás y las mamás, los abuelos: «La calle arruinó a muchos chicos: tengan cuidado con quien se encuentran».

En el 2000, ¡cuidado con la calle!

Los primeros avisos de peligro aparecieron en el Norte, cuando empezaron a asfaltar las calles, a intensificarse el tráfico de los carros y camiones, y

para ver los caballos tenías que ir al campo o al establo. En el Sur, la calle permaneció, por algunos años más, como lugar de comunicación de sentimientos, de pasiones. En las calles del Sur nacían amores, amistades y también peleas, divisiones y lides: la calle tenía sabor de familia, de aldea, nos conocíamos todos: la felicidad o el duelo de una familia eran la felicidad o el duelo del pueblo entero.

Ángel, un chiquillo siciliano de doce años, de Milán, donde vivía con su familia, escapaba donde los abuelos, en el Sur en la isla, en Messina, contestando sin dudar a quien le preguntaba, que “Milán es bella y rica, para nosotros los raterillos de la calle rinde más, pero aquí en la calle puedes jugar, estar con los amigos hasta tarde... Allá, si no tienes cuidado, ¡te ponen asfalto!”.

Década del 2000: ¡la calle es otra! Motos y coches la transformaron en un área de riesgo... incluso mortal. El número de los accidentes callejeros era demasiado alto, recuerda los boletines de guerra por los muertos, los heridos, los que quedan imposibilitados, clavados en cochecillos por consecuencia de las heridas.

La calle revela el escaso amor a la vida de aquellos jóvenes que se lanzan a gran velocidad en retos nocturnos, como pruebas de valor, ellos son considerados “locos” por la mayoría, por los riesgos que conllevan.

Se apuesta para ver quién logra frenar más cerca del cerramiento de un parque o de una casa; quien maneja a velocidad más alta en una carretera de montaña, donde no existen defensas, pero es alta la probabilidad de terminar en un barranco o en una cuesta altísima. Se hacen apuestas con dinero, hay hinchas de uno u otro desafiante, vendedores ambulantes que venden sándwichs calientes, todos listos para fugarse si “el celular” avisa que llega la Policía.

Lorenzo, de veintidós años, perdió la vida en la calle en uno de estos retos extremos, inventados en los Estados Unidos de América y por él imitados en una mañana de locura, cuando con un amigo se colocó en medio de la calle, esperando en una curva cerrada, apretados uno contra otro en un abrazo que se reveló mortal, la llegada de algún carro, listos para brincar ni bien lo oyeran llegar. Eran las cinco de la mañana cuando, equivocándose por un instante, fueron atropellados por un taxista que volvía a casa temprano en la mañana y se halló frente al obstáculo repentino. Solo el chofer sobrevivió, pero vive inmovilizado en una silla de ruedas.

A lo largo de la calle encuentras también a los vendedores de droga: el coche se detiene, hay unas pocas palabras, un rápido intercambio de dinero y sobrecitos, y la alejada rápida al despacho o a la satisfacción de un placer que a lo largo se convierte en una dependencia. En un barrio de Milán, en la calle,

pasó incluso lo siguiente: una señora había llamado a la Policía porque, desde la ventana había visto a un grupo de jóvenes, esclavos de la droga, arrodillándose para que los vendedores les coloquen en la boca el mortal sobrecito como si fuera una especie de “comuni3n eucarística”.

En la calle hay tambi3n los pobres *barboni*, que duermen cubiertos con un trozo de cart3n y, uno que otro m3s afortunado, en un *sleeping*, regalado por alguien de buen coraz3n, o por la Caritas local. No todas son personas con un pasado tumultuoso o alcoholizadas o sin medios de subsistencia, en extrema miseria. Hoy te topas tambi3n con j3venes o con individuos con gran sentido del humor, como aquel *barbone* entrevistado por el padre Luis, en la plaza del Duomo de Mil3n.

Para quien no es milan3s, explicamos que el *barbone* es el cl3sico *clochard* franc3s o el *homeless* de Washington, aquel que vive al d3a, libre de toda convenci3n social, en la calle o buscando amparo en el metro, cuando llueve o hay viento, o en un dormitorio p3blico, si logra hallar esas cuatro monedas que le permiten pagar la cama por una noche.

«Pero, ¿c3mo vives?»

«¡Hago unos teatritos para los ni3os!»

«Y, ¿ellos se divierten?»

«Anta3o, ¡s3! Hoy la televisi3n me ha arruinado».

«¿C3mo haces para seguir adelante?»

«Igual me regalan algo... por compasi3n, as3 lo creo».

«¿Y c3mo terminaste aqu3?»

«M3 esposa se muri3».

«¡Y t3, te volviste *barbone*!»

«*Barbone*, pero libre! Mira qu3 belleza aqu3: tengo el Duomo al frente, la iglesia m3s linda del mundo...».

«¿Y cuando llueve?»

«Voy aqu3 abajo, a los ba3os p3blicos...».

«Pareces contento. ¿Y no tienes alg3n deseo?»

«Tengo, ¡claro!»

«¡Dime uno!».

«Quisiera tener un sill3n solo para m3. Piensa ¡qu3 hermoso ser3a estar sentado en un sill3n, como un *sciur*, un se3or, aqu3 en la plaza del Duomo!»

Aqu3 debo agregar que todo el discurso se hab3a hecho en dialecto milan3s, con un final realmente paradisi3co:

«¡No entiendo por qu3 los *sciur* deban tener tantos sillones en la casa! Ellos tambi3n como yo tienen tan solo un... ¿No pudieran regalarme uno? ¿Habr3 un sill3n para m3 en el Para3so?».

Simpático nuestro amigo, mucho más que aquel joven de dieciocho años, al cual le solté una bofetada de boxeador de peso máximo porque se jactaba de haber llegado de Parma a Reggio Emilia manejando contramano, en sentido prohibido: “Los coches me hacían señales con las luces y se desplazaban corriendo... ¡Algo bestial!”. ¡Una empresa bestial que podía provocar su muerte y la de otros!

Acerca de la calle escribieron muchos: se había convertido en el símbolo de generaciones de jóvenes que habían obedecido al pensamiento de Kerouac, pero a mí me gusta pensarla también como el lugar por donde pasaron tantos santos: uno de los más famosos, Francisco de Asís. A pie, recorrieron la calle los peregrinos de los años de jubileo, los peregrinos de Santiago de Compostela.

Y, en tiempos más antiguos, los profetas del Antiguo Testamento, los apóstoles del Nuevo Testamento, el propio Dios, ya que Jesucristo había hecho de la calle la ocasión para encontrar a la humanidad.

En la calle, Jesucristo, su evangelio

De Cristo, el Rector Mayor habló en sus numerosos encuentros con jóvenes de todo el mundo, allá donde los salesianos están presentes: más de ciento diez naciones. En las diferentes reuniones, nunca dejó de decir su opinión sobre Jesús, intentando, con la franqueza de su lenguaje, ofrecer un testimonio de aquello en que creía, no de aquello que estudiara en los libros. Cuando se habla a los jóvenes, se debe contar de uno mismo, describir las cosas en que se cree: ¡no puedes hacer trampa!

Cristo no es una realidad simbólica, objeto general del sentimiento religioso, suma de aspiraciones esparcidas en todas las religiones, síntesis de todo lo noble y generoso que se halla en las culturas y en la humanidad.

Es, en cambio, una persona concreta, histórica con una biografía singular, diferente también de todos los elementos adquiridos y expresados por la humanidad tomados en conjunto. Se ha manifestado como un evento único e irrepetible. Colocarse frente a Cristo y a su misterio es como perderse en un océano.

Bástenos pensar en las meditaciones de San Pablo, en los textos de las celebraciones eucarísticas, en la poesía y en la literatura italianas, en las representaciones de la piedad popular, en las experiencias de los místicos. Ahí está el centro de los pensamientos y los sentimientos de aquellos que lo conocieron, el centro de la vida misma de la comunidad, la conciencia de la humanidad. Hoy el

riesgo más grande para nuestra fe y para el anuncio del Evangelio es la pérdida de la memoria, la desinformación.

Los grupos de jóvenes y adultos, a los cuales no se les ha hablado de Jesús de manera suficiente, van en aumento. Jesús va desapareciendo no solo del horizonte de la cultura y de la organización social, sino también de la conciencia y de la mentalidad personal.

El segundo riesgo es el desprendimiento de Cristo de la concreta realidad histórica: a las imágenes creadas del Cristo “revolucionario” o “poeta semi *hippy*” le siguen aquellas de los Jesús “caleidoscópicos” que se construyen con base en las preferencias de los individuos. El tercer riesgo, más refinado, es la equiparación de Cristo con otros maestros religiosos, sin defender la realidad divina: Cristo se presenta como Hijo de Dios.

Pedir al padre Vecchi que hable del Evangelio es como invitarle a una fiesta que acepta encantado:

Hoy el Evangelio está en Internet, en las pantallas de televisión, en las radios y los periódicos. En la época de Jesús, era el mismo hijo de Dios que lo llevaba a las aldeas caminando a lo largo de las calles de Galilea, recorriendo la calle hacia Jerusalén, muy consciente de que concluiría en el Monte del Calvario.

“La calle” de Jesús se anima con encuentros, con gestos clamorosos: milagros y señales que en todo caso no salvarán la vida de Jesús pero que para los muchos que vinieron después fueron los que les hicieron enamorarse de un Dios que a través de ellos manifestó su bondad y misericordia. En la calle el Hijo de Dios encuentra a leprosos que la gente había marginado; ellos corren a Él para obtener la curación y el final de la soledad a la cual habían sido condenados por la marginación más cruel, la que la sociedad de los justos había preparado para quienes consideraba pecadores o hijos de pecadores.

Mientras recorría la calle cerca de Naim con los discípulos, encuentra una viuda que llora por el hijo adolescente muerto y Jesús se lo devuelve vivo. Cansado del camino hecho a través de los campos, se sienta cerca del pozo de Jacob y allí sucede uno de los encuentros más ricos de asombro, el encuentro con la samaritana, la mujer que tuviera más de un hombre: a ella se da la primera revelación del Mesías que no guardará para sí sino que correrá a anunciarla a sus paisanos con la prisa y la dicha de quien descubrió al esperado por la gente.

Era la hora sexta, una hora muy cálida en el Oriente, la más sofocante, la más peligrosa para los sentidos. Para ella será la hora de la misericordia de Dios. El personaje de la prostituta marginada y excomulgada es una burla sin par de to-

da forma de moral social, pero también la mujer prostituta presenta cualidades profundamente humanas, empapadas de bondad y valor que el Señor in-tuye y hace salir a la luz.

Es un episodio emblemático, donde la mujer salida de la Nada logrará la plenitud de la revelación en un diálogo de gran intensidad por la trama complicada del lenguaje, de los temas y los símbolos: el agua material y eterna, la presencia de un Dios que deambula de una montaña a otra, el recíproco interrogarse de dos personas, cada una de las cuales capta, observando agudamente al otro, el reflejo de su propia verdad.

Y esta mujer frente a la revelación corre por la calle, no se detiene, no se hace preguntas, no duda: ha encontrado la Salvación y la anuncia a los habitantes de su pueblo. Ella, marginada y despreciada, se convierte en anunciadora de salvación.

Y Él, mientras iba por ciudades y aldeas, predicando y anunciando la buena nueva, era seguido por los discípulos y anuncia las bienaventuranzas a las mujeres que habían sido curadas por los espíritus, en la montaña habla a miles de personas y multiplica los panes, en el monte Tabor se manifiesta en su grandeza a los amigos...

En la calle, el Señor hallará también a otro “pecador” de raza, ya que así los fariseos y escribas consideraban a Saqueo al que lo conocían bien; y Jesús no solo lo invita a bajar del sicómoro, sino que también va a almorzar a su casa, escandalizando aún más a sus adversarios, que lo tenían controlado para afectarle en su persona.

Intentarán hacerlo, con malicia descarada, en una plaza donde habían arrasado a una mujer adúltera: «Según la Ley, debe ser lapidada». Y Jesús escribe en el suelo: «El que esté libre de pecado, que tire la primera piedra». Una gran sorpresa, magistral, diría un director de teatro: la hipocresía de los acusadores es descubierta, la misericordia gana una vez más, el inocente, el único que podía lanzar la primera piedra, libra a la mujer de su pecado: «Ve y de ahora en adelante, no peques más».

En la calle, el pueblo de Israel extenderá capas, chiquillos agitarán ramas de palmas alabando al Dios que avanza sobre un burrito: «¡Hosanna! ¡Bendito aquel que viene en nombre del Señor, el rey de Israel!».

En un jardín se da la traición, pero en la calle se desarrolla el Vía Crucis, el camino de la cruz, donde Cristo lleva el pesado madero al cual será clavado. Un duro caminar, entre mil humillaciones: el camino le es familiar, como el ros-

tro de las mujeres que lloran sobre Él, de la Verónica, de la Madre que no lo deja solo en la calle, sino que sube con Él, padeciendo con Él hasta la muerte en la cruz. En la calle encontrará, después de la muerte, a los discípulos de Emaús; va a su encuentro, los escucha mientras revelan su tristeza porque “el Maestro ha muerto”. Jesús les explica las Escrituras y se revela partiendo el pan... Finalmente, enviará a sus discípulos por los caminos del mundo: «Vayan y bauticen». Esta orden recogida hace dos mil años es siempre actual y siempre los creyentes están invitados a recorrer los caminos del mundo para anunciar “la Buena Nueva”.

He aquí Pedro que sale a la plaza el día de Pentecostés; he aquí Pablo que en la calle había sido tumbado del caballo, encontrando a Cristo, del cual perseguía los secuaces, y helo enfrentando viajes que lo llevan como apóstol hasta Atenas, por los caminos de Roma.

Una pregunta, seguramente impertinente, me sube a los labios: ¿existe un Jesús “salesiano”? El padre Vecchi me mira sonriendo. Vuelvo a formular la pregunta: ¿cuáles son los íconos salesianos de Jesús, aquellos frente a los cuales somos particularmente sensibles? Estoy fuera de tema, es un algo más que quisiera que el padre Rector Mayor me diga para fundamentar nuestro compromiso con los jóvenes.

Una y principal entre todas es la del Buen Pastor, una imagen dibujada por los profetas, por poetas, sabios e historiadores que escribieron páginas inigualables sobre la Biblia. Representa a Dios que libera a su pueblo de la esclavitud y lo guía a través del desierto, lo lleva hacia aguas tranquilas y tierras verdes, lo corrige, lo purifica y lo atrae a sí y lo envía a otros para que lo conozcan.

A éste se agrega el de Jesús amigo de los jóvenes, que el padre Egidio Viganò presentara magistralmente en una carta suya sobre el Proyecto educativo salesiano.

Así escribía el antecesor del padre Vecchi: “El Evangelio manifiesta de varias maneras el amor de Jesús por los jóvenes; los ama (Mc. 10, 21: se fijó en él y lo amó); los quiere a su lado (Mt. 19, 14-15; Mc. 10, 13-16; Lc. 18, 15-2: dejen que los niños... Lc. 19, 46-48: quien acoge a un niño...); los invita a seguirle (Mt. 19, 16-26; Mc. 10, 17-22: el joven rico); los cura (Jn. 4, 46-54: ve, tu hijo vive); los resucita (Lc. 7, 11-15: muchacho, a ti te digo, levántate; Mc. 5, 21-23; Lc. 8, 40-45: hija de Jairo); los libra del demonio (Mc. 17, 14-18; Lc. 9, 37-43: saca el demonio de un muchacho; Mt. 15, 21-28; Mc. 7, 24-30: y de la hijita de la mujer cananea o sirofenicia); los privilegia con el perdón (Lc. 15,

11-32: parábola del hijo pródigo); se apoya en ellos para realizar maravillas (Jn. 6, 1-15: hay aquí un muchachito que tiene cinco panes y dos peces)”.

El corazón salesiano está totalmente ocupado por Cristo al amar a los jóvenes como los ama Él; mira a Él, amigo de los pequeños y de los más pobres; por eso su dedicación a la juventud y a las clases populares se hace más intensa, más perseverante, más genuina, más fecunda.

Don Bosco y la calle

Como Jesús, como Francisco de Asís, otro santo, Don Bosco, el santo de los jóvenes, vivió en la calle en el siglo XIX como lugar de encuentro con los chicos, “los niños de la calle”, a los cuales él se acercó y con quienes encaminó su obra, hoy esparcida en todo el mundo. Eran las calles de una ciudad educada, burguesa, con una cultura francesa, refinada, gobernada por los Saboya, pero abierta frente a la realidad nacional de una Italia por conquistarse.

Es en las calles de Turín donde Don Bosco encuentra a dos chiquillos del campo, llegados a la ciudad para “sobrevivir”: «huérfanos, pobres, deben resignarse a trabajar de picapedreros, limpiadores de chimeneas, albañiles, aprendices de peluquero, cualquier trabajo con tal de vivir, y eso en la edad del juego, de las amistades.

Los horarios son imposibles, sus casas improvisadas, casuales, escuálidas. Algo sabía de eso incluso Don Bosco, quien, de chico había hallado para dormir una covachita, que era un pequeño lugar bajo una escalera, justamente él que para estudiar había debido emigrar de su casa a los once años y buscar trabajo: pequeño campesino, luego trabajador en un bar, sastre, zapatero, pastelero».

“Me gusta Don Bosco –escribía un chico en la casa de reeducación– ¡hizo todos los trabajos como yo, menos de ladrón!”... Ladrón lo fue también Don Bosco, cuando, jugando en una acera con unos chicos que en la calle vivían peligrosamente en medio de riesgos, robó su dinero, para huir perseguido por ellos hasta el Oratorio de Valdocco: «¡Ladrón, ladrón!». Se puede imaginar el asombro de estos “pequeños delincuentes”, robados por un cura; ellos, ¡acostumbrados a robar a los demás! Pero Don Bosco no quería su dinero, lo que quería era que abandonaran su vida desordenada, que entraran a formar parte de la familia del Oratorio, surgido en los alrededores de Turín, en un lugar conocido tan solo porque allá, en la “Rotonda”, se ejecutaban las condenas a muerte.

Era un cura de la calle, “alternativo”, diríamos hoy, que salía del Templo para ir a buscar a los chicos allá donde estaban: sus primeros intentos lo vieron pisar la hierba de un potrero, convertido en cancha de juego, lugar de plegaria, de evangelización incluso de los guardias, que la Policía de la ciudad enviaba para controlar a este sacerdote no muy ajustado a las reglas, porque reunía a todos esos chicos malos, a quienes todos temían como futuros revolucionarios o rebeldes o ladrones.

Incluso alguien de su categoría había intentado encerrarle en un manicomio, considerando que no era digno de un cura mezclarse con semejante “chusma”: ¡para ellos eran cosas de locos!

A lo largo del camino hacia la Basílica de Superga, había llevado a los chicos de la “Generalá”, la cárcel de menores de Turín, a un paseo memorable, que hasta ahora se recuerda por una lápida colgada en el instituto de la calle Ferrante Aporti.

En la calle habían intentado golpearle, había sufrido atentados, intentos de robo: «Cómo, ¿pero si eres tú que estuviste en el oratorio conmigo?», «¡Oh! Perdóname Don Bosco, no lo había reconocido». A lo largo de los caminos de campo, sentado en la carroza cerca del cochero había moderado sus blasfemias y dado nueva vida a su religiosidad con una “bella confesión”.

Su método educativo fue puesto a prueba por parte de muchos chicos.

Él lo había conocido en el sueño que tuvo a los nueve años, aquel que orientara la vida y hará de la de sus salesianos una gran Familia, presente en todas partes en el mundo de los jóvenes, dentro del estilo del Santo. Quisiera volverle a leer junto contigo. Se halla en las primeras páginas de sus *Memorias*.

«A los nueve años tuve un sueño que me quedó profundamente grabado en la mente por toda la vida. En el sueño me pareció estar cerca de la casa, en un patio muy grande donde estaba reunida una multitud de muchachos que jugaban, algunos se reían, no pocos blasfemaban.

Oyendo aquellas blasfemias enseguida me lancé en medio de ellos usando puños y palabras para callarlos. En aquel momento apareció un Hombre venerable, noblemente vestido. El rostro era tan luminoso que no podía verle por largo tiempo. Me llamó por mi nombre y me dijo: ‘No con los golpes, sino con la mansedumbre y la caridad deberás conquistar a estos amigos tuyos. Empieza pues de inmediato a hablar con ellos sobre la fealdad del pecado y la preciosidad de la virtud’.

Confundido y asustado, contesté que yo era un chiquillo pobre e ignorante. En ese momento los chicos, dejando sus peleas y la bulla, se recogieron todos alrededor de Aquel que hablaba. Casi sin saber qué decía:

¿‘Quién es usted pregunté que me manda cosas imposibles?’.

‘Yo soy el Hijo de Aquella que tu madre te enseñó a saludar tres veces al día. Mi nombre pregúntaselo a mi madre’.

En aquel momento vi a su lado una Mujer de majestuoso aspecto, vestida con una capa que resplandecía como el sol. Viéndome confuso me hizo un ademán para que me acercara y con bondad me tocó la mano:

‘¡Mira!’ me dijo. Me di cuenta de que aquellos niños habían huido todos; en su lugar vi una muchedumbre de cabritos, perros, gatos, osos y muchos otros animales.

‘He aquí tu campo, he aquí donde tú tendrás que trabajar: ¡hazte humilde, fuerte y robusto, y lo que en este momento ves que sucede en estos animales, tú lo harás por mis hijos!’.

Entonces desvié la mirada, y he aquí que en vez de animales feroces aparecieron otros tantos mansos corderos que saltaban y corrían balando como para festejarle, alrededor de aquel Hombre y de aquella Mujer».

Un sueño que Don Bosco realizó en su vida, que concretó en su método educativo, que conserva su actualidad incluso en el Tercer Milenio, porque nace del corazón de una Madre, respondiendo a la vocación de Dios que ha educado a su pueblo “amándolo hasta la muerte”.

El cardenal Martini, haciendo hablar al Don Bosco del Duomo de Milán, que él imagina aparecido entre las agujas de la catedral, resume así el método del Santo, que para el Cardenal conserva su viva actualidad para todos aquellos llamados a trabajar con los jóvenes, para los jóvenes como educadores: padres, maestros, sacerdotes:

“Recuerden que la educación es una cosa del corazón. Amen a sus hijos, los alumnos, los fieles; ámenlos más que a ustedes mismos, ámenlos gratuitamente a la manera de Dios, regálenles amor. Ustedes nos dirán que los aman incluso demasiado. Creo entonces que es importante entender con cuál amor tenemos que amarlos porque hay también el amor equivocado, falso, egoísta.

Tenemos pues que amarlos como personas, porque son tales: imagen del Dios vivo, capaces de inteligencia y voluntad, de sentimientos y santidad. A veces, nosotros los amamos para que nos obedezcan, para que sean nuestros dependientes o aliados, porque nos serán útiles más tarde, los amamos cuando nos aman o bien para hacernos perdonar nuestros egoísmos e injusticias.

El amor verdadero, en cambio, nos los hace amar incluso cuando no lo merecerían porque son malos, no sacan buenas calificaciones, se equivocan, contestan con grosería, se rebelan. Yo sé que un amor así no es fácil. Por eso les repito que solamente Dios nos puede enseñar el arte de amar como Él y de educar.

Tenemos que invocarlo, escucharlo, hacernos ayudar por Él. Amémosles porque son de Dios, por Él amados y salvados como nosotros, sus hijos predilectos. Amémoslos como quisiéramos ser amados. Me han preguntado algunas veces y muchas personas acerca del método que yo sigo para encaminar tan acertadamente a los chicos en el camino de la virtud, y siempre contesté: 'El sistema preventivo, ¡la caridad!'

Es un sistema que trata a todo joven como 'amigo' y en eso lo convierte. En el sueño que tuve a los nueve años, Aquella que me ordenó colocarme en medio de aquellos muchachos me dijo entre otras cosas: 'No con golpes, sino con la mansedumbre y la caridad deberás conquistar a estos amigos tuyos'. Nunca más olvidé su consejo. La práctica del sistema preventivo se apoya totalmente en las palabras de san Pablo: 'La caridad es paciente... Todo lo sufre, todo lo espera, todo lo aguanta'.

Para que no se la confunda con la limosna, intenté traducir la palabra 'caridad' con cariño. Hay que amar lo que les gusta a los jóvenes y los jóvenes amarán lo que les gusta a sus educadores. El cariño debe expresárselo en las palabras, los gestos y hasta la expresión de los ojos. Y es importante que los jóvenes no solamente sean amados sino que ellos mismos tengan conciencia de ser amados".

Don Bosco supo responder como maestro a los muchachos de la calle fundando oratorios, escuelas, centros de formación profesional, convirtiéndose en su "padre" reconocido por el don de su tiempo, de su vida; pero el Don Bosco de la calle del siglo XIX vale también para las calles del Tres mil?

¡Es una duda legítima! Don Bosco, padre y maestro de los jóvenes, tenía valor para aquellos jóvenes sin casa, sin familia, sin instrucción, sin pan, así como tiene valor para los jóvenes del Tercer Mundo, que hoy los llamamos pueblos en vías de desarrollo, pero para los jóvenes del mundo occidental que tienen

casa, educación, pan y casi siempre “una familia”, ¿qué puede decir o seguir dando a un Don Bosco?

¡Son caminos muy lejanos de los del siglo XIX! Los jóvenes del mundo occidental son seducidos por mil cosas fascinantes: moda, música, ropa, falsas necesidades que a menudo aturden su voluntad, su inteligencia. Si viven en la calle o en los centros sociales, como squatter, lo hacen respaldados por cierta seguridad económica que proviene de la familia o de fuerzas sociales, disponibles para sustentarlos, para no tenerlos en contra.

Parecen jóvenes sin interrogantes, contentos de sí mismos, de la vida que viven, transgrediendo los cánones de los adultos, de sus educadores. ¿Acaso para ellos Don Bosco no tiene respuestas satisfactorias? Parecen indiferentes a las propuestas formativas de sus educadores. ¿Acaso no valdrá la pena dejarlos en su “papaya” en vista de que allí se hallan bien y dar nuestra atención a otros que están en graves dificultades, como los jóvenes del mundo pobre, del mundo en guerra o de aquellos chicos que son usados, explotados por adultos, que no tienen ningún respeto por su edad?

En la mente y el corazón del padre Vecchi están algunas prioridades que intentaremos demostrar en el curso de nuestros encuentros con él. A Dios le dejamos estos jóvenes que parecen constituir “un muro de caucho”, indiferentes a toda propuesta educativa: Para ellos también habrá “cierto día” en que deberán preguntarse por quién vivir, mostrar quiénes son, y entonces las interrogantes que ahora parecen enterradas en su corazón saldrán a la luz. Debemos desear que en aquel “cierto día” hallen a alguien listo para escucharlos.

En la calle, los niños trabajadores

Quien les acoge a ustedes, me acoge a mí (Mt. 10, 40).

¡Niños trabajadores! Es uno de los dramas más graves que afecta a niños y niñas de todo el mundo. Para hablar de ello, el Rector Mayor parte de una tira de Mafalda, la chiquilla inteligente y aguda, que hallamos en las páginas de muchos diarios en Italia y el exterior:

Frente a la declaración de la ONU sobre los derechos de los niños, Mafalda hace este comentario: «¡Ojalá no suceda con los derechos de los niños, lo que sucedió con los diez mandamientos!», o sea, que los cumple quien quiere. En efecto, entre la declaración y la aplicación está de por medio la voluntad humana, porque falta la autoridad capaz de cortar de un tajo donde tales derechos son gravemente violados por los poderes locales.

Una categoría de niños con los cuales está sucediendo algo similar es justamente la de los menores empleados en el trabajo. El número no es nada insignificante: doscientos cincuenta millones entre los cinco y los catorce años. De ellos, ciento veinte millones lo hacen a tiempo completo y con un número de horas diarias superior al normal.

Son problemas que antaño angustiaban a Europa: baste pensar en lo que está descrito en las novelas inglesas del siglo XIX, a una legislación en defensa de los menores difícilmente promovida porque eran demasiados los intereses económicos en juego.

El propio Don Bosco, a los once años, dejó la casa para buscar un trabajo como tantos otros muchachos de Piamonte e Italia.

Trabajaban donde un patrón por un plato de polenta y pocos centavos, una tarea dura, sin posibilidad de descansar los domingos, sin las vacaciones y los seguros sociales actuales.

En el mundo el fenómeno es gravísimo: multinacionales y trabajo de menores constituyen “un binomio invencible y ganador” para el provecho de las multinacionales. Utilizar a los niños en las fábricas o en los trabajos más peligrosos y nocivos para la salud, permite un ahorro excepcional en el costo del trabajo, haciéndolo competitivo en el mercado internacional.

Cuando se leen noticias sobre el trabajo de menores, la referencia inmediata es Asia (61%), África (32%), Latinoamérica (7%). Pero no hay que hacerse ilu-

siones. La explotación de la mano de obra de menores existe también en los países avanzados por intervención de privados, que aprovechan descaradamente a niños del lugar o emigrantes, a menudo en complicidad con misteriosos y siniestros traficantes que, contra toda ley humana y divina, importan este tipo de trabajo manual.

El trabajo es un grave obstáculo para su crecimiento físico, pero sobre todo para su crecimiento como hombres y mujeres: se los carga de responsabilidades superiores a su edad, no conocen la vida de amistad, de grupo, laboran horas y horas en la edad del juego, de la escuela, de la instrucción de base, excluidos de todo programa educativo.

Si uno visita los ambientes donde están obligados a tejer una alfombra o a repetir mecánicamente los gestos de siempre para armar o desarmar un objeto, los encuentra malsanos, oscuros: son a veces subterráneos, sótanos ilegales.

La Organización Internacional del Trabajo, OIT, calcula que de los doscientos cincuenta millones de niños trabajadores, ciento veinte millones están entre los cinco y catorce años y trabajan a tiempo completo en todo el mundo, mientras tanto más de ciento treinta millones son empleados a tiempo parcial.

Acaso sea África, donde desde hace años, la Congregación, respondiendo a la invitación de Juan Pablo II, invirtió en personal y obras, el continente con la más alta concentración de niños que trabajan: se habla de un niño por cada tres comprometido a tiempo completo o tiempo parcial. Y lo hacen sin ninguna preparación o instrucción, sin ninguna posibilidad de mejorar en el futuro. El 80%, siempre según los cálculos oficiales, es mal pagado, o incluso como salario tienen solo una tacita de arroz. Y ni hablar de la prevención de accidentes o de seguros o sistemas de jubilación...

El Rector Mayor me proporciona algunas esquelas con indicaciones oficiales de la OIT, que en 1999 aprobó por unanimidad la Convención sobre las peores formas de trabajo de menores. La Convención es acompañada por una recomendación, que completa lo establecido en ella.

Es una intervención importante, páginas que marcan a los países donde los chicos están implicados en el escándalo de la explotación. Por lo que yo sé, la Convención no tuvo el apoyo pleno de los países industrializados. Algunos, como los Estados Unidos, Australia, Gran Bretaña, etc., aún no la ratifican. Entre las formas peores de esclavitud indicaron:

- La esclavitud.
- La servidumbre por deuda.
- La venta y trata de los menores.
- El trabajo forzado y obligatorio.
- El reclutamiento forzado y obligatorio de menores para su utilización en los conflictos armados.
- El empleo para la prostitución y la pornografía.
- El empleo para actividades ilícitas.
- Trabajos con riesgo para la salud, la seguridad y la moralidad.

La recomendación invita a los estados a prestar particular atención a algunas categorías de niños menores en la edad más tierna.

Niños y muchachos empleados en los trabajos domésticos; niños con vulnerabilidad o requerimientos especiales.

Trabajo de menores

Mientras hablaba el Rector Mayor, yo me acordaba de un drama poco conocido en Italia, el de los pequeños extranjeros abandonados u obligados al trabajo. En Florencia existe una obra de rápida acogida de los pequeños extranjeros abandonados, el Centro Mercede: “Una realidad sumergida”, de la cual periódicamente emergen historias particularmente dramáticas que atraen la atención de los diarios.

En general, son muchachos sumamente jóvenes que provienen de Albania y Kosovo, de África, que llegaron solos de su país o por un pariente que los abandonó. Ni siquiera se sabe su edad exacta, no tienen puntos de referencia, son poco más que niños: para ellos la ley no prevé la repatriación obligatoria.

Pertenecen a la raza de los mendigos, al semáforo de las calles o de los raterillos enviados por adultos a robar, que recogen radios, celulares, relojes y dan, como de costumbre, a los muchachos unas pocas monedas. Algunos, un poco más grandes, logran incluso colocarse de alguna manera, otros viven en la clandestinidad como pueden. Algunos ejemplos:

«Me llamo Joseph, tengo trece años...». Su cuerpo está cubierto de heridas, son quemaduras de cigarrillo apagados en la piel del pequeño albanés: «Me vendieron mis padres. Aquí, en Italia estuve obligado a mendigar y robar. Me harté: era una vida dura, sin ninguna ganancia, me daban poco de comer, tenía un terrible frío. Cuando dije: ‘me voy’, me pegaron y huí. Escóndame... tengo miedo, ¡si me vuelven a agarrar me matan!».

«Daniel, un pequeño de 12 años. Este ha sido mi salario: cheques a mi nombre por millones. Yo no sabía que no podía cobrarlos. ¿Ganancia fácil? Fácil, sí. Tenía tan solo por llevar un paquete de un punto de la ciudad a otro: no conocía quién me lo daba ni a quién lo entregaba, cambiaban siempre. ¿Qué había dentro? ¡Droga!».

«Simón, un menor de apenas diez años. Soy un chico chino de cuarto grado. ¿Qué hago después de la escuela? Ayudo a mi papá y mis hermanos en el taller. Si no trabajas, no puedes comer, me dice papá. Tú no debes jugar... ¡tú eres grande! Tienes que ayudarme. ¿Cuántas horas? Desde después de la escuela hasta la merienda y a veces incluso más tarde».

«Casimiro, quince años. Empecé a trabajar como pastor a los siete años. Mi familia nunca me mandó a la escuela. Me pusieron en un instituto a los catorce años: no sabía leer ni escribir... no lograba estar encerrado, huía siempre hasta cuando me regalaron dos cabritos. Ya no huí: si me iba, los cabritos sin mí hubieran muerto. Di el examen de quinto grado: hablé de mis cabras, me aprobaron. Luego volví a la casa, volví a trabajar como pastor...».

Son “casos” italianos; hechos que suceden aún en nuestro tiempo y que ni siquiera son escasos: se habla de 500.000 muchachos que, en Italia, son insertados precozmente en el mundo del trabajo, la mayoría vive en el sur y tiene una edad comprendida entre los diez y los catorce años. En Campania son cerca de 90.000 de los cuales el 39% solo en Nápoles; solo el 18% gana diez euros por semana. Así, en Calabria recurren a los menores para no pagar impuestos. Pero también en las regiones septentrionales asistimos a casos curiosos, por ejemplo, los que conciernen a los “egresados” de la escuela obligatoria, aprobados con la calificación de “suficiente” (hoy solo 4 ó 5% de quien se presenta a los exámenes no es aprobado). Son enviados a las escuelas consideradas “de segunda”, institutos o cursos para prepararse en un oficio.

De ellos, el 20% o acaso más, en los primeros dos años abandonan la escuela, uno que otro se inserta en el mundo del trabajo, otros no y escaparon a todo control: muchachos de quien no se sabe nada, cómo viven ni de qué viven, agregados a alguna banda de corruptores, empleados en actividades criminales, porque son pequeños, rápidos y, siendo menores de edad, no son penables por la Ley.

Eso lo saben bien también los muchachos: Carmelo, a los trece años, conducía los camiones manejados por su padre: «Me limitaba a transportarlos de donde habían sido robados al canchón donde eran vaciados. Si me detenían, a mí no me pasaba nada: era un menor con menos de catorce años, y por tanto, ¡no imputable!».

El trabajo de menores, como puedes leerlo en las revistas especializadas o navegando en Internet –los sitios son muy frecuentados– es común también en el Norte del mundo. No es solamente de los países en vías de desarrollo, los del Sur. En la isla británica son cerca de dos millones los niños trabajadores cuya mayoría son inmigrantes.

Mientras que en el Sur del mundo los niños son empleados en los campos o las fábricas, los del Norte son “alquilados” incluso por la industria de la imagen: televisión, publicidad, fotografía, espectáculo. Llamam a eso con una palabra inglesa, *bratmarket*, “el mercado de los mocosos”, difundido sobre todo en los países industrializados.

Es un mercado que alimenta ilusiones, un poco como el del fútbol, donde hoy asistimos a la compraventa de los mini atletas, de los cuales, según dicen los expertos, son muy raros los que logran triunfar.

He aquí algunos títulos de diarios italianos: “Baby-esclavos en una sastretería de Rende”. Eran chicos de menos de doce años que trabajaban en un taller textil al servicio de las grandes marcas de la moda; “Cientos de pequeños lavan vidrios esclavizados en Modena”: los padres, en Marruecos, pagaron para ofrecerles una oportunidad en Italia, pero acabaron en las manos del *racket*; “Los 500 oficios de los niños de Nápoles”; “Chicos chinos, secuestrados para trabajo en un sótano”...

Explotación de los menores

Lo que sucede en Italia se repite en toda Europa donde los clandestinos desembarcan o llegan con los medios que pueden y van a formar parte del mercado y del trabajo negro, explotados a menudo por sus propios parientes o compatriotas.

De mercado se habla también en el tiempo libre: a los casos numerosos del mundo televisivo, donde los niños son empleados en los diferentes *spot* o *fiction* televisivos, se añaden los del mundo del fútbol o de otros deportes profesionales, donde se gana bien: tenis, esquí, basketbol. Son los padres que tienen grandes ambiciones e inscriben a los chicos en las diferentes escuelas de fútbol con la esperanza de tener en la casa al campeón lleno de millones.

A los siete años, algunos de estos chicos prodigio ya están ligados a un contrato sin validez jurídica, pero que pone ciertas responsabilidades a los padres, quienes cobran millones incluso antes de que el muchacho se convierta en joven y empiece a jugar en una categoría. «Tres entrenamientos semanales más el partido. Tiene solo doce años, pero parece que tiene el ‘pie justo’».

¿Y en el mundo? En Madagascar fui detenido en la calle por niños que con ojos suplicantes intentaban venderme botellitas de miel de abeja: «Si compras, hoy como yo, mis hermanitos, mi familia». Otros trabajan en los arrozales: con ellos, las mamás, las hermanas. El arroz es el principal recurso.

¿Ir a la escuela? No tienen tiempo, tienen que comer. Crecen frente a la imagen del padre que bebe todo lo que ganan vendiendo en una semana lo que es producido en un mes de trabajo de toda la familia.

En Madagascar más del 50% de los habitantes tiene menos de dieciséis años. Es una nación con quince millones de habitantes, un inmenso gentío de pobres, en un país donde los ricos se han hecho millonarios y los pobres se han sumido en una miseria inimaginable. Un país de harapientos, donde basta una enfermedad para arruinar la familia.

En la capital, Antananarivo, en Betafo y en Fianarantsoa encontré a los salesianos: «Los acogemos a todos en el Oratorio, pero el esfuerzo mayor es en la escuela: darles instrucción».

Dar instrucción: este es el compromiso del padre Hugo de Censi, un salesiano que en los Andes, con sus amigos voluntarios de la Operación Mato Grosso, abrió escuelas de esculturas de madera, cooperativas para chicas, instrucción cultural para formar maestros de escuela primaria que sepan quedarse con los chicos de los Andes para abrirles los ojos de la mente y del corazón. Existe también una especie de noviciado para la formación de las aspirantes a monjas.

«En los Andes, el ONG es un milagro –estas son las palabras del Cardenal Piovanelli al padre Hugo y sus voluntarios–. La luz que ustedes encendieron acaso sea pequeña para las necesidades que hay, pero muchos la ven». Una luz, la educación y la formación religiosa, que fue para los chicos una esperanza y el final de una esclavitud que generó en el pasado solo hambre e ignorancia.

En los Andes como en Madagascar encuentras a los chiquillos, las chicas caminando en las carreteras o en las calles. Asimismo pasa en Etiopía, un pueblo de gente sumamente joven que se detiene allí donde alguien los acoge y les regala esperanza. Solo entonces explota su felicidad que se convierte en canto: y cómo cantan bien con sus voces de niños, dulces, con una ternura que encanta, conmueve.

«En Madagascar, si no existieran las iglesias, miles de chicos y de jóvenes morirían en el abandono», me decía en el avión que me llevaba nuevamente a Italia, un paisano mío encontrado por casualidad y que, desde hace veinticinco años, trabaja en la isla para alcanzar la formación profesional de los chicos.

En Etiopía, en el Sidamo, surgieron escuelas que emprendieron un camino sin retorno. Así en los diferentes proyectos realizados en el Oriente asiático, que sin embargo son algo muy pequeño respecto a todo lo oculto de la explotación, indigna de un pueblo civil. En Asia son millones los pequeños que trabajan en condiciones sumamente críticas: se los encuentra de noche vendiendo globos en las calles de Nueva Delhi o víctimas de la poderosa mafia china en Hong Kong o vendiendo mangos y maní en las calles de Manila.

Es de estos días la noticia de la hoguera de la fábrica cerrada con al menos 50 muertos en Bangladesh (24 de noviembre del 2000). Todas las puertas de la fábrica de prendas de tejido de punto estaban cerradas y no había posibilidad de huir; la mayoría eran mujeres y niños. De hecho, una cuarta parte de la población infantil está empleada en la industria textil.

En Nepal, la patria de Iqbal, el pequeño símbolo de la rebelión contra la explotación de los niños, el 60% de la población infantil realiza trabajos que impiden su desarrollo. Iqbal, que se atreviera a denunciar a un sindicalista, su verdugo que lo había encadenado a un telar, había sido liberado, había aprendido a leer y a escribir, comprometiéndose con la defensa de sus coetáneos. Fue asesinado más tarde porque afectaba al comercio de alfombras.

En los mares de África navegan naves fantasmas cargadas de niños esclavos: Benin, Mali, Togo, son los países en que la plaga del esclavismo es aún muy difundida. Son negocios que dan millones de millones de dólares, que están en manos de grupos de criminales que tratan con chicos que tienen menos de catorce años, arrancados o “cedidos” por sus familias de origen. Según los cálculos de la ONU, el mercado ha producido más de ocho billones de dólares con dos millones de víctimas directas de la esclavitud. Es la pobreza, convertida en miseria que produce y genera estas “monstruosidades”.

No es solo la condición de algunos: es el drama de la humanidad, un drama espiritual, más que un drama material. Las imágenes de tal pobreza, de niños que trabajan en condiciones de miseria, entran a nuestras casas a través de la televisión: en las almas atentas suscitan variados sentimientos de compasión, provocando interrogantes saludables; en otras, son imágenes que pasan ahogadas por otras.

El propio éxodo forzado de miles de personas con niños, suscita reacciones contrastantes: hay quien no quisiera hacerlas desembarcar de las naves o que desea que los camiones que los transportan lleguen a tener accidentes o, si algo de sentimiento humano queda, que sean descubiertos en la frontera, antes de entrar a Italia, en su país, en Alemania o Francia o en otros países.

Es un cuadro totalmente negro, pero aún así está incompleto: lo que me preocupa es que estas formas de miseria puedan llegar a destruir toda reserva educativa de la persona, que se limita a la búsqueda de lo inmediato para sobrevivir o a un ideal ya vacío de sentido. Por eso sentimos el desafío de hacer más consistente y calificada nuestra presencia entre los pobres.

¡Para que la infamia no continúe!

No faltaron esfuerzos para detener tal infamia. Empleo intencionalmente palabras fuertes porque es realmente una vergüenza la explotación de los menores, el hecho de negarles una infancia serena, feliz. Me gusta recordar la *Global March* contra el trabajo de menores con tres mil delegados de ciento cincuenta y siete países...

Más de siete millones de personas sostuvieron esta “Marcha global contra el trabajo infantil” en el mundo, que no se queda en el sótano después de la conclusión de la Conferencia de la OIT.

Uno de los coordinadores, Kailash Satiarty, afirmó: «La historia es ahora testigo de un momento sin precedentes, porque los niños víctimas de la explotación y la esclavitud en todo el mundo golpean insistentemente a las puertas de la comunidad internacional». La *Global March* se había puesto como objetivo primario el de sensibilizar a la opinión pública respecto del problema del trabajo infantil.

«Cuánto dinero gastó Irak para producir armas químicas? –preguntó en una intervención un muchacho de Nepal– y cuánto dinero gastarán los Estados Unidos para destruirlas. Este dinero, no podría ser usado en los programas de rehabilitación y educación de niños como nosotros?».

La misma pregunta la ponía un muchacho de Cambodia, testigo de un episodio curioso que vale la pena narrar. Llegado a Italia con la orquesta de Cambodia, participó en el concierto del teatro del Oratorio Ciudadano Don Bosco, de Reggio Emilia: no tenía piernas, destrozadas ambas por una mina anti personal. El día siguiente, después de ingresar con sus amigos a un almacén deportivo para elegir un regalo, había sonreído porque el gerente le había puesto frente a cientos de zapatos deportivos.

El gerente estalló en lágrimas percatándose de la dramática equivocación, pero el joven lo consoló con aquella sonrisa. «¡Si en vez de bombas, nos hubieran regalado libros y escuelas, hoy yo no estaría así y tantos compañeros míos estuvieran aún vivos!».

La Iglesia y sus ONGs trabajaron mucho para proporcionar escuelas y libros, y para los salesianos es una elección fundamental: donde llegan construyen la escuela, las canchas de juego, incluso antes que la Iglesia.

Contaba el padre Zocco, un jesuita siciliano, desde siempre en Madagascar: «¡Cuando ofrecí al superior salesiano, padre Luigi Zuppini, dos hectáreas de tierra para abrir una nueva casa, me miró con un aire levemente despectivo que me dejó deprimido! Había buscado tanto para hallar aquel terreno y él... Pocos meses después: ‘Padre Luis, mira, tengo un negocio para ti: veinte hectáreas de terreno y dos construcciones de una fábrica abandonada!’ ‘Está bien, tómalo enseguida!’ y de inmediato abrió oratorio y escuela».

Pero no basta, hace falta que las naciones más fuertes del mundo sigan el ejemplo de Alemania que actualmente es la mayor donante de fondos para programas especiales de tutela para la infancia. Blum, ministro del Trabajo, en 1998, denunció con ocasión de la Marcha contra el trabajo infantil que ya no hay pretextos: ha llegado la hora de expulsar las formas de explotación de los niños, como la esclavitud y la prostitución, formas de tortura y auténtico crimen contra la humanidad.

Entre las raíces del mal: la pobreza

Eso se sería posible si las familias de estos niños y niñas pudieran salir de la de pobreza, impidiéndoles estar a su lado con tareas educativas y formativas.

La pobreza no es solo condición de algunos. A nivel mundial, ella presenta dimensiones trágicas, y sus efectos sobre personas y pueblos son devastadores. Las formas de miseria bloquean y pueden llegar a destruir las reservas educativas de la persona. Nos afectan de una manera especial las que ponen en riesgo la posibilidad de crecimiento de los jóvenes.

La Marcha, que en Italia tuvo como partner organizador la institución “Manos Tendidas”, no fue acogida favorablemente donde se realizó: por ejemplo, en Vietnam, que negó el fenómeno de los trabajadores menores de edad.

En Pakistán, el país donde fue asesinado Iqbal Mash, el pequeño niño que denunciara la realidad de la explotación de menores, y en la India, donde este fenómeno es justificado por la pobreza que obliga a los menores a trabajar, la pregunta fue ¿por qué se gastan tantos recursos para construir máquinas nucleares u otros armamentos, cuando la necesidad de la gente es otra: cómo vencer el hambre?

Está claro que la batalla contra la explotación marcha al mismo ritmo que la batalla contra el hambre, un escándalo que dura desde hace demasiado tiempo, que pone en riesgo el presente y el futuro de pueblos enteros, destruyendo la vida.

Entrañable el llamado del Concilio a través de la *Gaudium et Spes*: incluye los mil llamados de los papas que se sucedieron desde aquel día: “Considerado el hecho del número tan alto de aquellos que son afectados por el hambre, el sagrado Concilio hace un llamado urgente a todos, tanto personas particulares como autoridades públicas con el fin de que, recordando la sentencia de los padres: ‘Alimenta a quien está muriéndose de hambre, porque si no lo alimentaste, lo mataste’, realmente pongan a disposición y empleen útilmente sus bienes, cada cual según sus recursos, especialmente proporcionando a las personas particulares y los pueblos, los medios con que puedan proveerse a sí mismos y desarrollarse” (GS, # 60).

Las crecientes desigualdades, no solamente entre Norte y Sur, sino incluso dentro de los mismos países ricos, crean exclusiones no fáciles de ser superadas con la buena voluntad de las personas, los grupos y las comunidades, sino sobre todo con la voluntad política de quien puede, recogiendo el grito de los pobres, emanar leyes que puedan garantizar dignidad también a estos últimos, ofreciendo ocasiones de trabajo, de educación, posibilidad de tener el alimento garantizado y una casa. Las de situaciones límite prolongadas se deben, sobre todo, a la falta de solidaridad social.

Los pequeños no pueden seguir siendo “los condenados de la Tierra” ni en Europa donde sus porcentajes son irrelevantes respecto al Sur del mundo ni en una África considerada continente desechable, donde ocho mil niños mueren al día tan solo porque no están vacunados y la dosis cuesta solo cinco euros por niño, pero la familia no los tiene; y se llega luego a Asia, de la cual se teme un desarrollo autónomo, pero que el mundo está listo a invadir con su mercado; a una América Latina, un continente demasiado rico en personas y recursos, pero que el actual sistema económico no logra curar sus plagas de pobreza, miseria e ignorancia.

Acaso es la clase dirigente que no quiere hacerlo, enjaulada como está en sus relaciones con los poderosos de la Tierra. ¡Un billón y doscientos millones de personas viven en la miseria, con menos de un dólar por día, más o menos un euro diario! ¿Cómo hablarles de lucha contra la explotación cuando cada día, desde el amanecer, tienen que enfrentar la lucha por la supervivencia?

De un informe del Fondo Internacional para el Desarrollo Agrícola, organismo de la ONU, publicado el 19 de febrero del 2001, resulta que los tres

cuartos de esta gente vive y trabaja en las áreas rurales e invierte su “renta” para el sustento diario. Fue un error grave pensar que la más alta tasa de pobreza estaba concentrada en las mega metrópolis de los países en vías de desarrollo.

Particularmente grave es la situación de las mujeres. El Informe es claro: “Una mujer que vive en zonas rurales en los países en vías de desarrollo es normalmente más pobre que un varón, más vulnerable, excluida de la posesión de la tierra y más expuesta a la enfermedad”. ¿Un ejemplo? “El 70% de las mujeres pobres de la India no sabe leer ni escribir porque a menudo el acceso a la alfabetización es negado por el solo hecho de ser mujer”. El Informe resalta el hecho de que es en Asia donde se concentra la mayoría de los pobres del mundo.

«Siempre los tendrán entre ustedes», dijo Jesús. Yo diría que tal profecía se ha realizado y probablemente se sigue realizando más allá de las previsiones del Señor. La miseria es un problema ético, de justicia y solidaridad, incluso antes que problema económico. Implica el orden internacional.

En el Summit del Milenio de Nueva York, que se proponía dos objetivos para el 2000, la paz y la superación de la miseria, el cardenal Sodano, enviado del Papa, tuvo ocasión de declarar: «La pobreza de un billón de personas es un escándalo!». ¿Quién no está de acuerdo con él? Sólo que con estarlo no basta: hay que ser operativo, continuando aquel compromiso que la Iglesia asumió en el Jubileo, invitando a los poderosos de la Tierra a hacer lo mismo.

Perdonar es una medida “de jubileo”, pero en el clima de la mundialización sería mucho más acertado estudiar las nuevas condiciones de justicia para evitar la usura a niveles mundiales por parte de las instituciones financieras. La eliminación de la pobreza no sucederá seguramente si se sigue prestando ayuda a los pueblos pobres para que se desarrollen, exprimiéndoles al mismo tiempo con intereses que los endeudan cada vez más.

Los pueblos ricos darían la impresión de ser como el personaje del cuento de Gabriel García Márquez: La increíble y triste historia de la cándida Eréndira y de su abuela desalmada. La abuela mantiene saludable a la nieta para que continúe, a través de las generosas prestaciones de su cuerpo, enriqueciendo sus cajas.

Don Bosco y los pequeños obreros

Para los salesianos, el encuentro con un pequeño trabajador es la primera piedra de la obra de Don Bosco. Era el 8 de diciembre de 1841: «Me lla-

mo Bartolomé Garelli», un pequeño albañil de Asti, llegado a Turín, como tantos otros muchachos, para trabajar. Un joven inmigrante que entrara confundido y desorientado a la sacristía del Convictorio, donde Don Bosco se preparaba para celebrar la Santa Misa.

El padre Vecchi sonríe contando el episodio: es un suceso que le emociona mucho, es un “ícono” de otras acogidas que los Salesianos deberán atestiguar en la vida de la Congregación. Un profesor de universidad, un pedagogo de “La Escuela” de Brescia, había llorado de emoción: era el profesor Chizzolini, que adoraba a Don Bosco, que admiraba la humanidad del Santo para acercarse al chico Bartolomé, el inmigrante, huérfano de padre y madre.

El anciano sacristán, guardia responsable de la sacristía, quería sacar de allí a Bartolomé porque no sabía hacer de monaguillo. Don Bosco le invitó a quedarse. Celebrada la Misa, Don Bosco lo llevó a un rincón de la iglesia y, con rostro alegre, empezó a conversar, tranquilizando al muchacho, intentando caerle simpático, tomando lo positivo e invitándolo luego al catecismo, a recitar aquella Avemaría que comentará cincuenta años más tarde con una frase que revela la sucesión de su camino entre los jóvenes: “Todas las bendiciones que nos llovieron del cielo son fruto de aquella primera Avemaría dicha con fervor y con recta intención”. He aquí su diálogo con Bartolomé, tal como lo narró él mismo:

«Mi buen amigo, ¿cómo te llamas?»

«Bartolomé Garelli».

«¿Y de qué aldea eres?»

«De Asti».

«¿Qué oficio tienes?»

«Albañil».

«¿Vive tu papá?»

«No, está muerto».

«¿Y tú mamá?»

«Murió también...».

«¿Cuántos años tienes?»

«Dieciséis».

«¿Sabes leer y escribir?»

«¡No!».

«¿Sabes cantar?», el muchacho, secándose los ojos, observó mi rostro casi asombrado y repuso:

«No».

«¿Sabes silbar?» – Bartolomé comenzó a reír. Era lo que yo quería. Empezábamos a ser amigos.

«¿Hiciste la Primera Comunión?»

«No todavía».

«¿Y ya te haz confesado?»

«Sí, cuando era pequeño».

«¿Y frecuentas el catecismo?»

«No me atrevo. Los chicos más pequeños se burlarían de mí...».

«¿Si yo te diera un catecismo aparte, vendrías a oírlo?»

«Encantado».

«¿Incluso en este lugar?»

«¡Con tal de que no me peguen!»

«Puedes estar tranquilo, ahora eres mi amigo y nadie te tocará. ¿Cuándo quieres que empecemos?»

«Cuando usted lo quiera».

«¿Este momento?»

«Con gusto».

Los muchachos trabajadores, privados de la instrucción y de las dichas de su edad, fueron el primer campo de trabajo de Don Bosco: pequeños peones en las obras de albañilería o empleados en las fábricas. Él se dio cuenta de que las excesivas horas de trabajo, el trato basado en castigos que los muchachos recibían cuando se equivocaban o no respondían adecuadamente a las tareas que les asignaran, el alejamiento de la familia y los malos ejemplos afectaban irremediablemente su experiencia humana y perjudicaban su camino de fe.

El trabajo de los menores lo impresionó a tal punto que lo convirtió en una referencia para su oratorio, y sobre el argumento incluso escribió una breve novela. En esa pequeña novela, Don Bosco habla de Pedro, un muchacho de ocho años colocado por su padre, un hombre que frecuentaba asiduamente las cantinas, en una fábrica de fósforos.

En aquel tiempo no existían poderes con pretensiones de globalización. Hoy los hechos son públicos... y nadie sabe por qué razón aquellos que intervienen en las finanzas de una nación no puedan también tomar en cuenta, en sus informes, hechos de este tipo que son un obstáculo para el crecimiento sereno de los muchachos del mundo.

Y la Familia Salesiana, ¿qué hace? Si Don Bosco antaño defendió a los mini trabajadores, ¿hoy tiene algún proyecto? Acaso sean éstas preguntas retóricas... porque la formación profesional es uno de los carismas de Don Bosco que los salesianos siempre intentaron llevar adelante. La respuesta del padre Vecchi es bien articulada.

El campo juvenil fue la opción fundamental de Don Bosco. La preferencia por los pobres, los abandonados, los desamparados, necesitados, los que corren riesgos, fue asumiendo un significado variado conforme Don Bosco tuvo que enfrentar nuevas necesidades.

Es así como la Familia Salesiana está llamada a colocarse junto a los chicos a través de todos los caminos posibles: el del poder, el de la cultura o formación de la mentalidad colectiva, el de las iniciativas de prevención o recuperación, el de la ayuda al individuo, uniéndose a las organizaciones humanitarias que ya intentan eliminar esta infamia.

En el mundo, la presencia de Salesianos e Hijas de María Auxiliadora en el campo de la formación al trabajo es reconocida por todos, aunque a veces el hecho de formar las conciencias del obrero y de la obrera puede molestar al poder.

Una monja FMA, de Puntarenas, había sido amenazada de muerte tan solo porque reunía a las muchachas que servían a los señores de la ciudad, para su formación como mujeres y como dependientes, explicándoles que tenían, además de los deberes unos derechos como los del día de descanso y de la participación en la vida eclesial.

El propio Don Bosco había sido considerado revolucionario por su defensa de los muchachos obreros y por el contrato de trabajo que reconocía su dignidad de trabajador con derecho a la justa recompensa, a la formación, al descanso.

Un contrato de trabajo revolucionario

Esta página “revolucionaria” la volvemos a proponer tal como la interpretó un grupo de chicos en dificultades del Centro Salesiano San Domingo Savio, de Arese, una pequeña ciudad cerca de Milán, cuyo principal objetivo es la calificación profesional de los muchachos en dificultades. Antes ellos eran enviados al Centro por el Tribunal de Menores, ahora en cambio, desde cuando fue modificada la ley italiana sobre los menores, por los Servicios Sociales.

Algunos muchachos se hallan hablando de Don Bosco que abriera en Valdocco el taller de zapatero, seguido luego por el de sastrería, de encuadernación, de carpintería y tipografía, que le permitió al Santo imprimir los libros que él mismo escribía, revistas y pequeños periódicos, el manual de plegerías y de formación *El joven instruido*, que en aquellos tiempos fue impreso en un millón de copias. Los últimos talleres abiertos fueron los de herrería, anticipo de los actuales talleres de mecánica.

CHICO I Más que santo del trabajo, Don Bosco era santo de la formación profesional.
CHICO II Santo de los aprendices: fue su primer contrato...
CHICO III en defensa de los aprendices.
CHICO IV En esos tiempos no existían los sindicatos.
CHICO I Los muchachos no tenían ninguna defensa
CHICO II No pensaban en eso los parientes...
CHICO III Ni las autoridades...
CHICO IV En eso pensó Don Bosco
DON BOSCO (voz fuera del área): El trabajo es la dignidad del hombre. ¡Debe ser respetado y tutelado, así como debe ser respetado y tutelado aquel que lo realiza!

En este punto entran en escena, con un diálogo imaginario los llamados “patrones”, a los cuales por supuesto, les molesta el hecho de que el Santo intervenga en sus negocios.

ODASSO Cura del demonio: ¡logró hacerme firmar este contrato!
PAUTASSO Caray, es una cosa seria que hace erizar los cabellos. ¡Arriesgamos la quiebra si tenemos que tratar así a los chicos!
ODASSO A mí me pareció una cosa justa. Al comienzo no entendía bien qué quería, pero si tuviera un hijo quisiera que su patrón me lo tratara así. ¡Toma, lee, Guarino!
GUARINO Cosas de curas, ¡no quiero saber nada de eso!
PAUTASSO Total, ¿qué quiere este Don Bosco de nosotros?
ODASSO El muchacho se compromete a trabajar y a obedecer los horarios, Don Bosco a controlarle y yo me comprometí a tratarlo como si fuera un hijo, corrigiéndolo, si se equivoca, evitando toda clase de maltrato.
GUARINO ¿Toda clase de maltrato? ¡Cuatro bastonazos siempre han sido santo remedio y lo arreglan todo!
PAUTASSO Si quieres que funcione bien esta chusma, hay que hacerlo así. ¡No hay otro sistema!
ODASSO Me comprometí a no darle un trabajo superior a sus fuerzas y que no fuera extraño a su profesión...
PAUTASSO Veamos, veamos, qué quiere decir: ¿qué no puedo obligarlo a hacer lo que yo quiero? ¿Pero está loco ese cura?
ODASSO ¡Y esto no es todo! Me comprometí también a...
GUARINO ¿También?

- ODASSO A dejarlo en la casa el domingo para que pueda ir a misa.
GUARINO ¿La misa? Se la doy yo la misa: trabajar, trabajar, ¡eso hace falta!
- ODASSO A reconocerle la enfermedad, a darle el salario justo y...
PAUTASSO Pero, nos arruina la economía, la ganancia, esta es una revolución: nunca será aprobada, ¡palabra de Pautasso!
- ODASSO Y agregó que el aprendizaje no debe durar más de dos años, y que debo darle quince días de vacaciones por año...
- GUARINO ¡Basta! ¡Basta! ¡Ya no quiero oír más! ¡Estas son blasfemias! Escribiré al ministro, escribiré al conde de Cavour...
- PAUTASSO ¡Yo no quiero ni siquiera oír hablar a ese cura! ¡Escribiré yo también al ministro Rattazzi! ¿Contrato de trabajo? ¡Nunca!

Los salesianos son personajes originales: aman el teatro porque lo amaba Don Bosco pero también porque sobre todo lo aman los muchachos en dificultades, aquellos que no tienen miedo de ningún público sino que están felices cuando pueden expresarse a sí mismos en el escenario o en el canto, en la música.

Su representación siempre es algo fascinante, pero lo es en la misma medida el famoso contrato, o “convención”, así como lo ha citado, con su fresco recuerdo, el biógrafo de Don Bosco en el volumen IV de las Memorias Biográficas en la página 295. Me gusta volverlo a leer con ustedes, ciento cincuenta años más tarde, porque ésta es la fecha de la primera Convención: noviembre de 1851. Es una fecha memorable que hizo de Don Bosco el patrono de los aprendices, cuando ya lo era de los circos, de los fabricantes de sombreros...

Es una escritura privada, en papel sencillo, firmado por el dador de trabajo, “el arrendador de obra”, Carlo Aimino, por el aprendiz Giuseppe Bordone, el teólogo Vola, el “fiador” Vittorio Ritner y por último, por Don Bosco como director del Oratorio. Obsérvese que el año siguiente la segunda Convención, así como las otras, serán todas en papel sellado para dar mayor autoridad incluso a nivel jurídico.

Contrato de trabajo

En virtud de la presente privada escritura a poderse insinuar pos simple pedido de una de las dos partes, hecha en la Casa del Oratorio de San Francisco de Sales, entre el señor Carlo Aimino y el joven Giuseppe Bordone, alumno de tal Oratorio, asistido por su fiador, señor Ritner Vittorio, se convino lo siguiente:

1º El señor Carlo Aimino recibe como aprendiz en su oficio de fabricante de vidrios al joven Giuseppe Bordone, nativo de Biella, promete y se compromete

te en enseñarle este oficio en el espacio de tres años, los cuales terminarán a finales de 1854, el 1 de diciembre, y a darle durante el curso de su aprendizaje las necesarias instrucciones y mejores reglas concernientes a su oficio y al mismo tiempo los oportunos avisos relativos a su buena conducta, corrigiéndolo en el caso de alguna falla, con palabras y no en otra forma; y se compromete también en ocuparle continuamente en trabajos relativos a su oficio y no extraños al mismo, cuidando que no rebasen sus fuerzas.

2º El mismo maestro deberá dejar por completo libres todos los días de fiesta del año al aprendiz, para que en ellos pueda atender a las sagradas funciones, la escuela dominical y sus otros deberes como alumno de dicho Oratorio.

Cuando el aprendiz, a causa de enfermedad (u otro legítimo motivo) se ausentara de su deber, el maestro tendrá derecho a bonificación por todo el espacio de tiempo que rebase los quince días en el curso del año. Tal indemnización será hecha por el aprendiz con otros tantos días de trabajo cuando haya terminado su aprendizaje.

3º Dicho maestro se obliga a entregar, diariamente, al aprendiz en los años mencionados, el primero, liras 1,00; el segundo, liras 1,50; el tercero, liras 2,00 por cada semana de trabajo (según la costumbre, se le conceden cada año quince días de vacación).

4º Dicho señor patrón se obliga, al final de cada mes, a señalar con toda franqueza la conducta de su aprendiz escribiéndola en una hoja que le será presentada con tal objeto.

5º El joven Giuseppe Bordone promete y se compromete a prestar durante todo el tiempo del aprendizaje su servicio a su maestro patrón con prontitud, en forma asidua y cuidadosa; a ser dócil, respetuoso y obediente con el mismo y a portarse con él como el deber del buen aprendiz lo requiere, y por cautela y garantía de tal obligación suya, presenta como garante el aquí presente señor Ritner Vittorio Orefice, quien acepta tal obligación y se obliga a la compensación de cualquier daño hecho al patrón maestro, en caso de que tal daño se de por culpa del aprendiz.

6º Si sucediera que el aprendiz cometiera alguna falta por la cual fuera sacado del Oratorio (cesando toda relación suya con el Director del Oratorio), cesará entonces también toda influencia y relación entre el Director de dicho Oratorio y el maestro patrón; pero, si la culpa del aprendiz no se reflejara particularmente en el maestro, el mismo, a pesar de eso, deberá ejecutar el presente contrato hecho con el aprendiz y éste deberá llevar a cabo toda tarea que le co-

responda con el maestro hasta el término convenido, bajo la única garantía anteriormente prestada.

7º El Director del Oratorio promete prestar su asistencia para el buen éxito de la conducta del aprendiz y de acoger prontamente cualquier queja que al respectivo patrón le sucediera hacer a causa del aprendiz amparado con él.

Tanto el maestro patrón como el aprendiz alumno, asistido tal como se lo explicó anteriormente, y en lo que le corresponde y pertenece a cada cual, prometen atender y observar todo lo dicho, so pena de los daños previstos.

Turín, noviembre de 1851.

Carlo Aimino
Giuseppe Bordone.
D. Gio. Batt. Vola Teol.
Ritner Vittorio Fiador
D. Bosco Giovanni
Director del Oratorio

Un gesto profético, valiente de Don Bosco, un contrato que él mismo compiló con el sentido práctico y la determinación del campesino de Piamonte, comprometiéndose personalmente para hacerlo obedecer. Puso en juego su credibilidad expresando al mismo tiempo una gran confianza en el joven muchacho, “aprendiz” afortunado, porque entra en la historia como el primer defendido por un contrato.

A este contrato le siguieron otros redactados en doble original, donde Don Bosco especifica al patrón que está obligado “a dar al alumno relativamente a su conducta moral y civil aquellos oportunos y saludables avisos que debería dar un buen padre a su hijo: corregirlo amigablemente, en caso de alguna falta suya, siempre, empero, tan solo con palabras de amonestación y nunca con ninguna forma de maltrato”.

El primer contrato en papel sellado es del 8 de febrero de 1852, y define como “padre” al dador de trabajo, en el sentido de educador. Lo es o no lo es, aunque no lo quisiera, porque no existen gestos neutros, indiferentes, insignificantes. No todo ha sido fácil para Don Bosco porque, como sigue contando su biógrafo, “patrones demasiado exigentes y jóvenes despreocupados” ponían a prueba su paciencia.

En la conciencia mundial, al menos en el plan de las leyes, algo se ha modificado respecto de la edad mínima de admisión al trabajo: no puede ser

- all'apprendizzo negli anni suddetti; cioè il primo in un secondo
 Lin. d. Anno in terzo in due in ciascuna settimana. E quando incomincia
 4.º Lo stesso signor padron si obbliga in fine di ciascun mese di se-
 gnare schiettamente la condotta del suo apprendizzo sopra di
 un foglio che a tali oggetto gli verrà presentato.
- 5.º Il signor padron si promette e si obbliga durante il suo apprendi-
 zaggio in servizio del maestro suo padrone con protezione assai
 giusta ed attenzione di essere facile rispettoso ed ubbidiente al
 medesimo e comportarsi verso di esso come il dovere di buon ap-
 prendizzo richiede, e per cautela e garanzia di questa sua
 obbligazione, presta in sua sicurezza il proprio presente ed accontenta-
 to del signor direttore sopra il quale si obbliga al verso di ogni
 anno verso del padron maestro, qualora questo anno avvenisse
 per colpa dell'apprendizzo.
- 6.º Se avviene il caso che l'apprendizzo incorra in qualche colpa, per cui
 fosse mandata via dall'Onorario capora anche ogni influenza
 sia a relazione tra il direttore di detto Onorario ed il maestro
 padrone, ma se la colpa dell'apprendizzo non risulterà particolar-
 mente il maestro, dovrà esso ciò non ostante dare escusione al
 presente contratto fatto coll'apprendizzo, o questi compiere ad
 ogni suo dovere verso del maestro sino al termine convenuto
 sotto la sola deduzione sopra prestata.
- 7.º Il direttore dell'Opera si promette di prestare la sua assistenza
 e pel buon esito della condotta dell'apprendizzo e di averli
 con premura e gratuita assistenza, che al rispettivo padrone non
 desse di fare scagione dell'apprendizzo proprio di lui ricoverato.
 Anche tutto tanto il maestro padrone che l'apprendizzo abbia ve-
 stimento come sopra per quanto a ciascuno di essi spetta ed ap-
 parte ne, promette di attendere ad osservare sotto pena dei
 3 anni.

Torino 3 nov 1841

Carlo Ajmone
 Giuseppe Bordonca
 Di G. P. de' D. G.

Antonio Maria Curmura
 P. Bono già Direttore dell'Opera

inferior a los quince años, con el propósito de que los muchachos puedan completar al menos, el ciclo básico de obligaciones escolares. Se hizo una excepción para los países en vías de desarrollo, donde la edad mínima fue fijada en los catorce años cumplidos. En todo caso se debe salvar la incolumidad física y evitar los trabajos con riesgos.

Podemos decir que se ha hecho un camino positivo a nivel jurídico; no existen clausuras de principio para quien enfrenta los problemas del mundo juvenil. Al mismo tiempo, existe una notable ineficiencia en el nivel burocrático-institucional, por el cual ineficaces las diferentes intervenciones que se quieren realizar.

Por esta razón, las grandes lacras del mundo siguen existiendo: la explotación de los muchachos, la mano de obra a cualquier precio, la marginación, el hambre, el analfabetismo, las enfermedades endémicas. Todos estos necesitados no tienen acceso a las instituciones. Hasta en lo referente al dinero recogido en las campañas de solidaridad, existen dificultades: demasiados intermediarios en el tránsito de dinero recogido o destinado a tal fin. Tampoco faltan los escándalos: parece que el 40% se pierde en el camino.

El trabajo es la clave de la cuestión social. Lo afirma la *Laborem Exercens* de Juan Pablo II. La originalidad de Don Bosco no consiste solamente en la tutela del aprendiz: se caracteriza por la intencionalidad educativa que cuida de todas las dimensiones de la persona del joven trabajador, lo forma como hombre capaz de responsabilidades y libertad en capacidad de colaborar con los demás, con una dimensión ética que lo habilita para que viva su propia profesión, como honrado ciudadano cumpliendo con sus deberes y no solamente reivindicando derechos. Por eso es “santo del trabajo” y no tan solo “patrón de los aprendices”.

Había nacido pobre en tiempos de pobreza, por lo cual pronto conoció la ley de trabajar bajo un patrón, a los once años, con la familia Moglia que lo acogió en la casa como servidor y le dio, también, tiempo para estudiar por la noche, al terminar el trabajo en el campo –mientras otros compañeros suyos habían conocido a otros patrones, y otras fatigas escasamente compensadas–. Trabajador él mismo, a los jóvenes les dio la posibilidad de perfeccionarse en el trabajo: fundó talleres profesionales, preocupándose de que aprendieran bien el oficio. Memorable fue la participación en la Exposición Internacional de Turín, donde sus muchachos dieron testimonio de la calidad de los talleres de Don Bosco: desde la poda de árboles hasta la producción de papel y la impresión de un libro.

A distancia de cien años, Don Bosco tiene aún su actualidad por la cultura del trabajo, del “Evangelio del trabajo”. Como escribía en el primer artículo de su *Reglamento para aprendices*, el sistema educativo tenía tres rumbos: el religioso – ético, el cultural – intelectual, el técnico – profesional.

Elevaba así a los jóvenes trabajadores de su condición de posible mercadería de explotación a libres colaboradores del bien común, en armonía con el dador de trabajo, según su dignidad de ciudadanos y sus propias capacidades.

El presidente del Senado, diputado Giovanni Spadolini, al conmemorar a Don Bosco en 1988, en el teatro de la Scala de Milán, recordaba también la genial invención del Santo: el auxiliar salesiano, una figura de religioso que se pone ropa seglar “y no rara vez tiene responsabilidades delicadas, sea como profesor, sea como manager” en el mundo del trabajo.

En la Congregación Salesiana existen 2500 auxiliares, consagrados laicos: un número no indiferente de personas que permiten un modelo de vida cristiana de santificación del trabajo, de apostolado laico realmente original, necesario para la Iglesia, ofreciendo a todos una particular sensibilidad por el mundo del trabajo, el cuidado al territorio, las exigencias de la profesionalidad, a través de las cuales pasa su acción educativa y pastoral.

El valor de arriesgar

En las *Memorias Biográficas* de Don Bosco, leemos una oración que expresa “el mandato” a los jóvenes, el mismo que los salesianos sentimos que siempre fue nuestra urgencia: “El Señor me envió para los jóvenes, por tanto es necesario que yo me cuide de otras cosas extrañas y conserve mi salud para ellos”.

Don Bosco se sentía enviado por Dios desde su sueño de los nueve años; la fe de ser instrumento de Dios para una misión muy singular en el mundo entre los jóvenes siempre lo sostuvo y le permitió osar e inventar nuevos caminos para llegar a los chicos allá donde ellos estaban.

Don Bosco se atrevió, los salesianos en el mundo son estimados por las escuelas de formación profesional, surgidas casi por encanto en más de cien naciones, allá donde están: el arte de la impresión, de la madera, del hierro, de la tela, del cuero; hoy la tecnología es más refinada según el país donde la escuela está construida, en la Selva Negra, en Waldwinkel, cerca de Mónaco, de Bavaria o en Nazaret, en la Tierra Santa, a lo largo de las orillas del canal de Panamá o en el Estrecho de Magallanes o en Tokio o en Canadá.

En África, además del fortalecimiento y la organización de las presencias precedentemente establecidas, seguimos adelante insertándonos en nuevos contextos: Zimbabwe, Malawi y Namibia. En Asia está en plena actividad la primera presencia en Cambodia: un vasto y moderno centro de formación profesional con quinientos jóvenes. Asimismo, presentes en Laos, en las islas Salomón y en Nepal, estamos a punto de entrar a Pakistán.

En China, donde se ven llegar tiempos nuevos llenos de promesas, observamos los eventos políticos para dar los pasos justos con el fin de promover una presencia que continúe aquella que produjo, incluso, mártires, como monseñor Versiglia y el padre Caravario.

En Europa deberán apoyarse algunas comunidades recién surgidas en Albania, en Rumania. En América, donde nuestra presencia es muy consistente, apuntamos a Cuba. Existen además, dentro de las diferentes naciones, indígenas a los cuales hemos dedicado nuestra atención en el pasado y que continuamos ayudándolos y observándolos. Estas nuestras nuevas fronteras que nos llaman: muchachos y muchachas de todos los lugares del mundo invocan a los adultos para que estén con ellos, que sean esperanza. El campo es sumamente amplio: piensa incluso tan solo en los millones de refugiados de la tierra africana: las consecuencias más graves recaen en los muchachos. No podemos quedarnos inertes, pasivos.

Es importante no solo lo que se realiza materialmente, sino lo que se suscita y se despierta, lo que se explica someramente para crear interrogantes, lo que se deja entrever, lo que se indica, los retos que se lanzan, interpretando las señales del tiempo, pero también escribiendo unas nuevas.

Es la dimensión profética del carisma, que no debe confundirse con la rebeldía, con la teatralidad de los gestos amplificadas por los medios de comunicación, rompiendo con lo que se da por descontado, superando las visiones estrechas para mirar *más allá*, pero dentro de lo cotidiano, asumiéndolo también en pequeños gestos, fecundos, como lo hizo Jesús respecto del óbolo de la viuda.

De la experiencia salesiana de estos años, ¿cuáles son las indicaciones para aquellas instituciones que quieren dedicarse seriamente al campo de la formación profesional?

Los muchachos deben ser tomados en serio, porque de lo contrario los tenemos contra o los tenemos en otra parte. No podemos abusar de su buena voluntad: si piden pan, nosotros damos pan, pero si piden instrucción, formación, nosotros no podemos fingir que no vemos nada y darles solamente trabajo manual, repetitivo, sin desarrollar su inteligencia y su sentido práctico. El

trabajo da dignidad al joven, lo hace sentirse útil, protagonista del desarrollo del país, de su propio desarrollo.

La educación es la verdadera revolución. La difusión de la instrucción combate la lacra del analfabetismo. En esto, Don Bosco siempre estuvo en primera fila. Es una batalla que los diferentes gobiernos deben combatir a nivel nacional, aunque estoy consciente de que la pobreza y la miseria constituyen un grave obstáculo para el desarrollo. Todo educador constata que la pobreza aleja a niños y jóvenes de las agencias y de los programas educativos.

Una escuela en capacidad de responder a las demandas de los chicos y chicas, de los jóvenes, no es solamente lugar de enseñanza, sino el lugar donde los jóvenes se preparan para la vida, aprenden a estar juntos, a establecer relaciones significativas.

La educación es para nosotros los salesianos camino fundamental para ayudar a los jóvenes a crecer, por su naturaleza se dirige también a los no cristianos y a aquellos que no desean asumir la fe. A los cristianos les ofrece una formación humana completa que se integra con camino catequístico y de iniciación a la fe.

Pero a quien tiene hambre, no puedes contestarle solo con el libro y la escuela: la pobreza económica se hace pobreza social porque no le permite a la sociedad organizarse y crear para todos la posibilidad de participar y, más aún, de estudiar. El voluntariado con sus diferentes grupos y movimientos intenta de mil maneras enfrentar este problema, pero por desgracia, eso no basta para dar una satisfacción global adecuada.

Hace falta una constante campaña de sensibilización, potenciar la solidaridad entre los países ricos del Norte del mundo con los países en vías de desarrollo, arrojando a la basura las hipocresías, los mercados deshonestos, los robos ilegales, abriendo escuelas y sustentándolas valientemente. La intervención debe ser inmediata porque si se espera que cambien las estructuras, la gente muere de hambre, de ignorancia y miseria. El sistema es complejo, articulado: dentro de él vivimos y en él hace falta dar respuestas inmediatas.

El valor de arriesgar: en las islas de Indonesia está el padre Eligio, que instala una escuela agrícola que favorece el desarrollo de todo el país; en los Andes peruanos, el padre Hugo funda cooperativas que producen muebles y también papas, abriendo la sede para los intercambios comerciales y “la red” de ventas en los países del mundo occidental, de lo que se produce en esta vasta área... Los muchachos formados, hechos adultos, hacen que sea fértil lo que han aprendido.

62 *En la calle, los niños trabajadores*

No hemos hablado de la condición femenina: aquí la explotación es mayor, considerando el hecho de que el machismo dominante obliga a chicas y mujeres a turnos pesados de trabajo en el campo o en la fábrica, y las mujeres están a menudo solas, abandonadas por maridos que se van, dejando la familia en malas condiciones o que, dedicados al alcohol, consumen todo lo que ganan en una sola noche. Sobre este argumento volveremos más adelante, porque es demasiado importante el cambio de mentalidad en este campo.

En la calle, los perros perdidos sin collar

*Por culpa del pastor,
Se dispersaron,
Y son presas
De todos los animales salvajes:
Están desbandados
(Ez 34,5).*

Los perros sin collar son los callejeros, los que no pertenecen a nadie, alejados por todos, “sacrificados” porque molestan el orden público. Perros sin collar son los niños víctimas de los diferentes genocidios, de Ruanda a Sudán, los que viven en las calles de Brasil o en Sarajevo: son las víctimas inocentes de sistemas injustos, de guerras pensadas y queridas por los adultos, en general de poderosos sin principios, que nada tienen que perder, sino tan solo tienen que ganar con los conflictos que desencadenan.

“El precio que hacen pagar a los niños y niñas –escribía un amigo, el padre Gigi Guglielmi, director de la Caritas diocesana de Reggio Emilia– es incalculable y monstruoso, pero ellos no tienen conciencia. Sucedió en el pasado y sigue sucediendo hoy y tememos que sucederá también mañana y siempre. El crimen de una vida quitada es grave en toda edad y en toda latitud, pero la de un niño supera toda justificación”.

Invito a mis salesianos, a todos aquellos que se reconocen en el espíritu de Don Bosco, a no huir frente a los perros perdidos sin collar, de los jóvenes donde la Congregación siempre trabajó y creció, sino de ir a su encuentro allá donde las fuerzas del orden y las asistencias sociales no son capaces de llegar: en la calle, bajo los puentes, en los lugares de encuentro de las pandillas...

Fuera de las instituciones educativas es puesta a prueba nuestra capacidad de demostrar a los jóvenes nuestro interés por su vida y de comunicarnos con ellos.

En el padre Vecchi está presente la acción educativa de Don Bosco, la que los biógrafos describieron en los primeros volúmenes de las *Memorias Biográficas* del Santo con lujo de detalles, de episodios que suscitan simpatía y ternura y que invitan a hacer lo mismo: “Uno de los medios principales pa-

ra aumentar el número de sus muchachos fue el de ir a buscarlos en las plazas, en las calles, a lo largo de las avenidas. Encontrando a algún pequeño vagabundo, a algún holgazán que no había podido hallar un patrón, les detenía con mucha amabilidad...

Acaeció varias veces que una plaza pública de las menos frecuentadas, él observara un grupito de adolescentes del pueblo quienes, sentados en el suelo, jugaban cartas, tómbola, el juego de la oca y otros parecidos. Encima de un pañuelo, colocado en la mitad, estaba el dinero. Don Bosco se acercaba.

‘Quién es este cura?’, preguntaba uno de esos jóvenes, con ese tono ligeramente burlón que suena con facilidad en los labios de la gente del pueblo.

‘¡Deseo jugar con ustedes!’, contestaba Don Bosco. ‘¿Quién gana? ¿Quién pierde? ¿Con cuánto se juega? ¡Ya, yo también pongo mi plata!’. Y tiraba una linda moneda en el pañuelo. El nuevo jugador era acogido con gusto.

La parte cercana a Porta Palazzo era todo un vaivén de vendedores ambulantes, de gente que vendía fósforos, de lustrabotas, de limpiadores de chimenea, de mozos de establo, de despachadores de hojas, de servicios a los comerciantes en el mercado, todos chicos pobres que vivían al día en sus pobres negocios.

Cualquiera puede entender qué clase de chusma debe salir de esta pobre juventud cuando se hace adulta, sin persona que la controle, la eduque, la aconseje, abandonada a sí misma y a los malos ejemplos de toda clase.

No habiendo aprendido ningún oficio, crecían amando al ocio y al juego, dedicados al robo de carteras y pañuelos, y la mayoría de las veces terminaban en la cárcel, y después de descontar la pena por sus fechorías, volvían a Porta Palazzo, siguiendo con mayor habilidad y malicia en sus malsanas costumbres.

Don Bosco pues, todas las mañanas iba a esa plaza... Empezó entreteniéndose con algunos de esos chicos, antes con el pretexto de pedir alguna indicación de calle o de hacerse limpiar los zapatos y luego, cuando pasaba cerca de ellos, los saludaba. Incluso porque entre estos, a algunos ya los había hallado en las cárceles, que siempre era una parte de su campo evangélico... Poco a poco los conoció a todos y les hablaba con la familiaridad que un padre usa con sus hijos...” (Ver *MB*, vol. III, p. 38 ss).

El ícono evangélico es el del Buen Pastor, el de Don Bosco es el del encuentro con Miguel Magone. El Buen Pastor sale en busca de la oveja perdida, va por senderos y caminos: no se queda en la casa a esperar que vuelva para luego amenazarla o castigarla. Es él el que da el primer paso.

Don Bosco era maestro de los encuentros, del primer encuentro y de los siguientes, y no dejó de contarlos en sus escritos pedagógicos. En ellos eliminaba las barreras de la timidez, del temor, de los prejuicios; lograba suscitar la confianza y provocar felicidad. Piénsese en el encuentro con Bartolomé Garelli y con Miguel Magone, que Don Bosco aceptó con todo aquello que conllevaba en cuanto a límites y necesidades.

Les abrió las puertas de la casa, los introdujo a su vida y en su experiencia. No los recibió como clientes o como visitantes por pocos minutos: los acogió personalmente, introduciéndolos en el ambiente del oratorio, abriéndolos a la experiencia del oratorio, de la escuela, de la amistad, del Señor.

El encuentro con Magone está descrito en las *Memorias* con las mismas palabras de Don Bosco. Estamos en Carmagnola, en la estación de ferrocarril. Don Bosco espera el tren para Turín, una hora de tiempo que no la desperdicia. Oye unas voces de chicos que juegan y enseguida va en medio de ellos: “Entre aquellos gritos, sobresalía una voz que, diferente, se alzaba dominando todas las demás; era como la voz de un capitán”.

Todos escapan viendo una túnica negra. Solo uno se queda, el jefe de la banda, el valiente líder: huir, para él, quería decir ser un cobarde. Tiene la cara dura cuando habla con Don Bosco y le dice:

«Quién es usted que viene a nuestros juegos?»

«Soy un amigo de ustedes...».

Don Bosco quiere jugar con ellos para granjearse su confianza, su familiaridad.

«Pero, ¿quién es usted? ¡Yo no le conozco!»

«Te lo repito, soy un amigo tuyo: deseo recrearme un poco contigo y tus amigos... Pero, ¿tú quién eres?»

«¿Yo? ¿Quién soy? Yo soy Miguel Magone, jefe de la recreación...».

Entre tanto, los otros chicos también habían tomado aliento y se habían acercado a los dos, asombrados de que un cura se detuviera a conversar con un muchacho, en general, no amaban los curas en esa época, perder el tiempo con unos chiquillos sobre todo en la calle.

Don Bosco prueba la religiosidad de Miguel: tiene trece años, ya hizo su Primera Comunión pero vive en la calle:

«¿Ya aprendiste algún oficio?»

La ley civil aún no había establecido límites de edad: los menores de edad, incluso en la cárcel, eran colocados junto a los adultos. La respuesta de Miguel es insolente:

«¡Aprendí la profesión de no hacer nada!»

«Hasta ahora ¿qué hiciste?»

«Hice tercer grado».

«¿Sigues teniendo a tu papá?»

«No, mi papá ya murió».

«¿Tienes todavía a tu mamá?»

“Sí, mi mamá sigue viva y trabaja sirviendo a otros, y hace lo que puede para darme pan a mí y a mis hermanos que continuamente la hacemos desesperar”.

“Y, en el futuro, ¿qué quieres hacer?”

“Es necesario que yo haga algo, pero no sé qué”.

Miguel está insatisfecho, busca una motivación de vida, no la rechaza, se da cuenta de que está desperdiciando su tiempo, no sabe para quién vivir, cómo vivir. Don Bosco intuye su insatisfacción, su deseo de salir de la niebla en que se encuentra, y lanza su propuesta:

“Querido Magone, ¿tú tienes voluntad de abandonar esta vida de travieso y dedicarte a aprender algún arte u oficio, o a seguir estudiando?”

“Claro que tengo voluntad, esta vida de condenado ya no me gusta; algunos de mis amigos ya están en la cárcel; yo temo lo mismo para mí, pero ¿qué tengo que hacer? Mi padre ha muerto, mi mamá es pobre, ¿quién me ayudará?...”

Cuántos muchachos y muchachas están en el mundo en esta situación. Son numerosos como “granitos de arena” de las playas del mar. La caridad educativa nos lleva a estar presentes entre ellos: “Entre ustedes me encuentro bien. Mi vida es justamente estar con ustedes”. Así quiere Don Bosco que sean sus salesianos: no se está entre ellos por “obligación de horario”, por “oficio” o “por ganancia”.

La decisión de “estar con los jóvenes” es un empeño para la vida y requiere esfuerzo ascético. Cuesta estar con ellos y, aún más, estar psicológica y culturalmente con ellos, preferir su mundo a otros ambientes más formales y cordiales, menos agitados, más gratificantes.

La predilección con los jóvenes significa “estar”, “colocarse”, “volver” al lugar típico de nuestra experiencia de Dios.

La caridad educativa de Don Bosco no es solamente “estar” sino “tener confianza en ellos”, empezando no por los primeros sino por los últimos, no de quien ya tiene atención y servicios en la familia, sino de aquellos que no saben qué es familia ni a qué parroquia o religión pertenecen, comenzar con aque-

llos más “desventurados”, entre los cuales debe suscitarse esperanza, despertar las energías positivas, recordando lo que dijo Don Bosco: “En todo joven, incluso el más desgraciado, existe un punto que, oportunamente descubierto y estimulado por el educador, reacciona con generosidad y suscita la energía de la que el joven necesita para transformarse”.

Las tres biografías ejemplares que el Santo escribió hacen ver cómo es posible llevar a un alto nivel humano y cristiano a quien está dotado (Domingo Savio), quien ha recuperado un pasado menos favorable (Miguel Magone) y quien tiene recursos normales (Francisco Besucco). Y finalmente, a la predilección por los jóvenes, a la confianza en lo positivo que hay en cada uno de ellos, debe agregarse una tercera actitud: “El amor manifestado”. El joven, sintiéndose estimado aprende a estimarse, a tener confianza, a entregarse gratuitamente”.

Don Bosco, bajo el impulso del Buen Pastor, nos anima a elegir “prioritariamente”, entre los tantos jóvenes, los más pobres y abandonados. Ellos son los predilectos del buen Dios, son, para definirlos como un salesiano la agricultura del buen Dios.

El sistema educativo de Don Bosco se presenta como el más adecuado para la educación y la reeducación de los muchachos en dificultades, incluso por los tocados por la corrupción o los gravemente marginados.

Eso se refleja en sus palabras, sus escritos, en la versión “domesticada” del método preventivo, presentada al ministro Crispi, justamente para responder a las necesidades de los chicos de la calle, que creaban problemas de seguridad a la gente de los alrededores de Turín.

En el Capítulo General XXII, se lee una orientación muy clara para los inspectores salesianos difícil de eludir, que pide que “se vuelva a los jóvenes, a su mundo, a sus necesidades, a su pobreza. Démosles una verdadera prioridad, manifestada en una renovada presencia educativa, espiritual, afectiva. Intenten hacer la valiente elección de ir hacia los más pobres volviendo eventualmente a colocar nuestras presencias allí donde la pobreza es mayor”.

Los jóvenes en dificultades desafían a Don Bosco

Prioridad no significa exclusión de una parte de los jóvenes, sino cuidado al que es considerado muchacho en riesgo, en el margen, aquel que está mayormente expuesto a la huida de la vida por medio de la droga, la corrupción antisocial, el suicidio.

Me es grato recordar una especie de manifiesto, escrito por el padre Luigi Melesi, hoy capellán mayor de las cárceles de San Vittore de Milán, presentando la serie de textos *Con los jóvenes en dificultad*: “Nos gusta llamarlos así ‘jóvenes en dificultad’, porque los sentimos como muchachos de nuestra casa, amigos, acaso hijos pródigos, pero siempre de nuestra familia. Quien no logra introducirlos en su vida y los detiene en la puerta, será llevado a juzgarlos y a ponerles etiquetas con facilidad, acaso a condenarlos. La literatura y la ciencia los han definido como muchachos difíciles, antisociales, con desviaciones, con mal carácter, disociados e incluso delincuentes... En realidad, son muchachos en problemas a los cuales les faltó algo, a lo mejor por culpa de alguien, o tal vez a causa de todos... Muchachos vivos, que a veces te rompen los nervios y enseguida te conmueven y te exaltan hasta el cielo, que te impresionan por los intentos de liberación y los condicionamientos de su historia, la búsqueda rabiosa de afecto y de ideales...”.

Los jóvenes de nuestro mundo occidental abandonaron la calle: viven en los bares, en la discoteca, en una pequeña taberna, en los centros sociales, incluso si todavía tienen sus puntos de referencia en la esquina de la calle, las gradas de la Iglesia o un monumento de la plaza de la aldea, en el lugar de parqueo de las motos.

Son jóvenes que tienen dentro el mal de vivir, que todos dicen amar, pero que de hecho huyen de la casa, de la escuela, del trabajo, de sí mismos, de la vida. Era el tema de la reflexión, realizada por el cardenal Martini en el teatro de la Scala de Milán, el 18 de abril de 1988, conmemorando los cien años de la muerte de Don Bosco.

Es muy actual también en nuestros días: “¿Les parece que en esta sociedad nuestra, nosotros los adultos amamos realmente a los jóvenes, a la manera de Don Bosco? Me hacen dudar de eso las tantas huidas juveniles y me pregunto con preocupación: ¿Por qué muchos jóvenes hoy huyen de la familia, la escuela, el trabajo, la Iglesia, la política, la sociedad, huyen de sí mismos y algunos, demasiados, también de la vida?”.

Incluso el que tiene algo, aquel al cual no le faltan casa, alimento, dinero, escuela, seducido por el mundo consumista, no está contento: las cosas no llenan el corazón, los amigos y el amor no se venden ni se compran con los “euros”. La sonrisa triste también la encuentras en el rostro de los niños y niñas, incapaces de aceptar una frustración, que rehúsan, desde la infancia, la norma como una imposición de los grandes y que actúan inconscientemente en base al “me gusta”, “no me gusta”...

La Comisión Bicameral publicó datos alarmantes sobre la infancia a la deriva en Italia: son cerca de 450.000 los menores de edad que cometen delitos cada año, pero no son punibles porque tienen menos de catorce años.

La otra cara de la moneda son los 1.668 menores desaparecidos entre 1998 y 1999. De ellos, buena parte son muchachos y jóvenes inmigrantes, casi siempre marroquíes y albaneses, salidos de los centros de acogida y nunca más hallados, fáciles presas de la criminalidad organizada.

En Milán, un muchacho llega a ganar hasta 1.000 euros por semana vendiendo droga, en Gela, en Sicilia, un *baby-killer* mata por apenas 150 euros. En el Sur los muchachos son presa de los clanes, que los crían en una verdadera escuela del crimen. En el Norte es más fuerte el fenómeno de la bravuconería (salir del montón con comportamientos violentos) y de la *baby-gang*, que llegan incluso a episodios de extorsión con adultos y no solo con coetáneos, que amenazan y despojan de ropa con tal de que sea “de marca”, de teléfonos celulares y de vídeo juegos.

El Documento indica también las causas de este malestar: la dispersión escolar, definida como “el umbral de la desviación”; luego, la degradación del territorio; después, los atrasos y los incumplimientos de los servicios: no existen respuestas sociales equipadas. Pero, incluso antes que esto, son ambientes en que la circulación afectiva mantiene alejada la vuelta a la barbarie del corazón, minimiza el efecto de los mitos de los medios de comunicación, las seducciones del consumismo.

Una comparación con los adolescentes ingleses nos ayuda a entender que “el malestar” es común a todos en la sociedad de consumo. Ellos son los peores en Europa cuando se trata de beber y usar sustancias estupefacientes. Lo dice una investigación del Alcohol Health Research Centre, que entrevistó a chicos entre los 15 y los 16 años en 30 naciones de Europa.

No solamente se emborrachan una vez al mes, sino que muchos de ellos fuman regularmente marihuana y han probado, al menos una vez, el éxtasis. El 73% de los muchachos entrevistados admitió haber llegado al menos una vez a una borrachera avanzada; el 36% admitió fumar marihuana regularmente, el 8% haber usado anfetaminas más de una vez, el 6% alucinógenos; el 5% el éxtasis; el 3% la cocaína y el 2% la heroína.

Los datos son preocupantes si se considera que el Gobierno intentó varias veces convertir la población juvenil a una vida sana y equilibrada. El “malestar” se halla en el fuero interno de la propia familia inglesa: “Los padres que fuman y beben, sobre todo frente a los hijos, no hacen más que darles mal ejemplo”. Las chicas fuman más que los chicos y fuman de una manera exagerada, señal ésta de que algo no funciona en ellas.

Son malestares que dependen de relaciones fallidas: el valor a un chico, a una chica es dado por la relación personal, de quien te hace sentir vivo a través de un lazo de amistad: “Domesticame, te lo ruego”, dice el zorro de *El Principito* de Saint-Exupéry. Domesticar significa crear lazos.

Educar es crear lazos que dan valor, es contar la historia de uno, narrarse a sí mismo, explicar las cosas en que crees, es sembrar memorias positivas. Educar significa acoger, devolver la palabra y entender.

Significa ayudar a cada individuo a reencontrarse consigo mismo, acompañándolo con paciencia en un camino de recuperación de los valores y de la confianza en sí mismo. Conlleva la reconstrucción de las razones para vivir.

Requiere de una renovada capacidad de diálogo, pero también de propuesta. Hay que alcanzar las personas y aquello que es una interrogante para ellos o que desafía su vida, hay que involucrar en experiencias que ayuden a entender el sentido del esfuerzo cotidiano, apuntar a una propuesta rica de intereses y sólidamente anclada a lo fundamental y que, mientras ofrece los instrumentos fundamentales para ganarse el sustento, capacita a actuar como sujeto responsable en toda circunstancia.

El discurso me parece claro, adecuado, exige tan solo la presencia de educadores que crean en él, disponibles para aceptar trabajar en el campo educativo junto a los salesianos, laicos que elijan el campo educativo, aunque es el menos valorado en el nivel económico: es extraño, en el mundo occidental, donde el sueldo de quien trabaja al servicio de las personas siempre es inferior al del que trabaja en un banco, en la industria, en las nuevas tecnologías.

Es demasiado fuerte la tentación de usar un estilo duro, exacerbando penas y castigos: “¡Ustedes, curas, hablando del Dios amor, debilitaron la autoridad. Deben volver a hablar del temor de Dios, que nos asustaba a nosotros con la amenaza del castigo final!”. Se invoca la violencia, no solo a nivel personal, sino también institucional.

Se inventó el “Teléfono azul” para proteger al niño, la niña, que sufren violencia física, pero en los países de pobreza más trágica no existe ningún teléfono, la violencia lo domina todo, produce muerte.

Los escuadrones que se arrogan el poder de hacer justicia, en Honduras mataron a 1.000 muchachos de la calle, una auténtica matanza de *baby-killer*: económicamente es una ganancia; la llamada sociedad de los honrados se libra de la micro criminalidad sin abrir centros para recuperarlos: “Se trata en promedio de más de tres jóvenes asesinados por día —declaró Andrés Pavón, presidente del Comité por la defensa de los Derechos Humanos en Hon-

duras— estamos dentro de un auténtico genocidio, que es una vergüenza para nuestro país”.

Los cabecillas de los escuadrones de la muerte son comerciantes hartos de tener que pagar “el derecho de piso” a los jóvenes jefes. Esto sucede —según lo cuenta el periodista Gerardo Milanese— en muchas otras capitales de centro y Sudamérica; con la justicia demasiado lenta, la ineficiencia de las fuerzas del orden y las cárceles repletas, los ciudadanos se ven empujados a hacer justicia por mano propia, según planes bien precisos: “A menudo los justicieros se infiltran en las pandillas para recoger el mayor número de información y luego, una vez descubierta la identidad de todos los pertenecientes, actúan en grupo para exterminarlos”.

Lo mismo sucede en las calles de Brasil, de Colombia, de El Salvador: “En la medida en que se ensancha la brecha entre las clases pobres y las más ricas, aumentó el nivel de criminalidad”.

Con los chicos en dificultades, como Don Bosco

“Claro que Don Bosco —así lo sigue diciendo el cardenal Martini, en su discurso de 1988— no se dedicó a acusar y condenar a los muchachos de su tiempo, a aquellos que encontraba en la calle, en las cárceles o en los alrededores de la metrópoli. Se consagró a ellos, se convirtió en el amigo de ellos. Con ellos se comprometió a caminar por la vida con dicha, realizando obras educativas y sociales, y formando asociaciones de hombres y mujeres que, hasta ahora, trabajan por los jóvenes de todos los continentes”.

Don Bosco estaba convencido de que los chicos de hoy son un precioso y auténtico valor para las familias, las naciones, la Iglesia, que los niños son un don inapreciable de Dios a la humanidad.

En París, en la iglesia de la Magdalena, afirmaba que “la sociedad será buena si nosotros damos una buena educación a la juventud, mientras que si nosotros la dejamos seguir el impulso del mal, la sociedad será perversa y una civilización, por muy grande que sea, se terminará”.

Pero veamos cómo el problema es afrontado por los salesianos que trabajan en Etiopía y Eritrea, donde la amplitud del problema ligado al fenómeno del crecimiento de las ciudades y el abandono del campo, es tremendamente alarmante y grave.

Según las estadísticas de la UNICEF, los “muchachos de la calle” son 97.000, pero los chicos de alto riesgo, que no frecuentan la escuela y están destinados a aumentar la cifra de quien vive fuera de control, se estima en 500.000, más o menos, mientras que un millón de muchachos de las ciudades

son potencialmente “chicos de la calle”, dada su difícil y precaria situación. En la capital, Adis Abeba, hay de 20.000 a 40.000 “chicos de la calle”.

Ellos también, como los chicos de América Latina, recurren al uso de solventes y pegas para drogarse, con graves daños para su salud física y psíquica, a causa de una dependencia de la cual llega a ser imposible salir, faltando estructuras que les apoyen.

Están en aumento los delitos cometidos por jóvenes de los 15 a los 25 años, consecuencia de vidas desesperadas, de pandillas de gente sola, que en la pandilla encuentra, por así decirlo, una familia, un punto de referencia afectiva, a pesar de que el clima dista mucho de aquel que se percibe en una familia, construida sobre el amor. Junto a la criminalidad y la mendicidad, la desocupación asume proporciones graves.

En entrevista a 500 mendigos, se observó que el 60% de ellos tenía menos de 30 años y cerca del 80% había llegado a la ciudad en busca de trabajo. La difusión del SIDA pone a Etiopía entre las naciones de más alto nivel de personas infectadas en África. Contribuyen a agravar tal situación el largo período de sequía de los años 84-85 y la atroz guerra civil de estos últimos años, que creó un rápido menoscabo del nivel de vida de la población de Etiopía y exasperó el nivel de pobreza.

Los salesianos de Oriente Medio y del Inspectorado Lombardo – Emiliano, presentes en ocho comunidades, después de haber abierto escuelas primarias y superiores, centros profesionales y escuelas técnicas, oratorios y centros juveniles, hoy se están preguntando qué respuesta dar a este problema.

Luego de haber estudiado algunos proyectos, como el “Godanaw” gerenciado por etíopes católicos, el “Goal Etiopía”, de gerencia etíope no confesional, con financiamiento irlandés, y el “RPPSC”, proyecto de recuperación y prevención surgido en colaboración entre el Ministerio del Trabajo y Asuntos Sociales y Cooperación Italiana, está por empezar una iniciativa en la cual están involucrados salesianos y voluntarios del grupo “Amigos del Sidamo”.

Es un comienzo gradual, una primera comunidad de estilo familiar, garantizada por una pareja de casados que intentará crear un clima de laboriosidad, honestidad y confianza en los valores de la vida.

La misma experiencia la realiza un grupo de Cooperadores salesianos de Bologna, animados por Guido y su familia, en Madagascar con los Salesianos del Inspectorado Véneto, que trabaja en Fianarantsoa. En el área del Centro ha sido construida una casa de amparo: los voluntarios italianos controlarán también un oratorio en los alrededores de la ciudad.

“Conscientes de que somos una gota en un gran mar –dice el documento de los amigos de Adis Abeba– y que también el océano está hecho de pequeñas gotas, iniciamos este camino de sensibilización, formación e intervención a favor de los más pobres y necesitados, como Don Bosco lo hizo y como nos impulsa a hacer hoy”.

Es nuestra tarea y nuestra esperanza poner unas señales y multiplicar. Por eso, en la programación de este sexenio, pusimos el significado en el centro de la atención. Ella surge de los lugares, del espíritu y del estilo con que realizamos nuestra misión y ofrecemos nuestro testimonio. Por tanto, la tomamos como criterio principal de referencia, nueva colocación y redistribución de los recursos.

El llamado del Rector Mayor es apremiante y pone a los salesianos en un plan de cuidadosa verificación y reflexión para volver a lanzar a la Congregación a base de los criterios de la “señal” transparente, visible, concreta.

Son aquellos de la manifestación incondicional de la caridad evangélica, de “salvar” a aquellos que los hombres abandonan a su suerte, el deseo de donar vida y esperanza, la eficacia de la propuesta de fe, la fuerza que asocia, por la cual las personas de buena voluntad se unen en el bien, la capacidad de hacer madurar mentalidades y relaciones en la línea del Reino.

Muchas obras son “buenas”, pero no todas hablan con la misma elocuencia, realismo y verdad. Varias pueden ser de alguna utilidad, pero no todas expresan el Evangelio y el amor de Dios sembrado en el corazón de los creyentes con la misma inmediatez y profundidad. Muchas intervenciones se consideran aceptables, eficaces para la sociedad en que vivimos; algunas son fuertemente “evangelizadoras” y proféticas. La presencia entre los jóvenes necesitados está entre éstas.

El padre Vecchi invita a “rebasar” las estructuras establecidas, más allá de las cosas a entregar:

Es necesario salir, hay que hacer un éxodo mental y psicológico hacia la relación, la presencia, el compartir.

No envía a los salesianos a la oscuridad, hacia grandes riesgos en un mar tempestuoso, sin tener ya alguna experiencia. Acaso escribiendo estas palabras se acordaba del “reto” de Paulo VI quien conociera la obra de los salesianos en Roma con los chicos “lustrabotas” de la época posterior a la guerra y que, como obispo de Milán, invitara en 1954 al Rector Mayor a cuidar del

Beccaria de Arese, que acogía a muchachos y jóvenes “difíciles”, un auténtico desafío lanzado al sistema preventivo de Don Bosco: “Demuestren –decía monseñor Montini– qué son capaces de hacer”.

“¿Qué se puede hacer por Arese?” –se pregunta en su discurso el 4 de abril de 1960, cuatro años más tarde del ingreso de los salesianos al Centro, el 29 de septiembre de 1955– “y como no había sido un instituto sin cuidados, sin ofrecimientos, sin interés, sin esfuerzos de buenas personas, que parecían preguntar: ¿acaso se podrá hacer algo más, o también es un terreno ingrato, un terreno estéril el que tenemos frente, que no puede dar más frutos?” Y fue allá cuando se tomó el riesgo de decir: ¡Probemos!...

Eso era poner a prueba no solo mi buena voluntad, sino mi fe, la fe que represento como sacerdote y como Obispo. ¿Es posible que el Cristianismo, la Religión Cristiana no sea capaz de hacer algo más de lo que ya se hizo? Decir esto y aceptar el reto, tener que enfrentar el desafío, fue lo mismo.

Fue entonces cuando nos dirigimos a los salesianos. Ellos, hay que decirlo, no porque hayan dudado o se demostraran tímidos o atemorizados frente a una gran tarea: el corazón de Don Bosco nunca tiembla frente a las grandes tareas que se presentan por el bien de la juventud sino que como buenos educadores, como gente experta del mundo juvenil y del mundo moderno, decían: ‘¡Tremendamente difícil! Exige esfuerzos enormes: ¿cómo podemos hacer?’ Y fue entonces cuando el Superior Mayor de la Sociedad Salesiana, el padre Ziggiotti, con el cual tuve tantas relaciones y al que me atan una gran devoción y una enorme estima, oyendo mis súplicas dijo: ‘¡Probemos!’.

Y probamos, y bastó esto, como si hubiera habido que cavar en un terreno con agua debajo. El chorro de agua empezó enseguida a convertirse en manantial y a ser magníficamente prometedor y luminosamente límpido”.

Un instituto de reeducación con uniformes, celdas, rejas, puertas de hierro cerradas, se convirtió en la casa de Don Bosco, bajo la protección de San Domingo Savio, casa de la esperanza, casa llena de amigos, donde se dio a los muchachos la posibilidad de soñar con el futuro, de cambiar de vida.

El Don Bosco de aquellos tiempos se llamaba padre Francesco Beniamino Della Torre quien recuerda así el primer día de los salesianos en Arese: “Recibiendo las llaves del instituto, en ese magnífico mediodía de fines de septiembre, frente a las masas de muchachos que hacían bulla con sus zapatos, con todo desordenado, el Director llamó a uno de estos pequeños ‘barrabases’: ‘A ti te doy esta llave. Me dicen que es la de las celdas. Mientras aquí sea director Don Bosco allá adentro ya no entrará nadie’. Después de un instante de incertidumbre, el muchachito tomó la llave y la tiró en un desagüe”.

Y luego, cuántos otros “Arese” nacieron, experiencias educativas de gran eficacia, siempre en el nombre de Don Bosco: en Barcelona, en Bosconia, en la capital de Colombia, en Alemania, Francia; y en Italia, en Verona, con el padre Sergio Pighi; en Livorno, con el padre Luigi Zoppi; en Lecche con el padre Nicola Palmisano; en Ortona, con el padre Giovannoni.

Sistema preventivo de doble vía

Hablando de memorias, no podemos olvidar que Don Bosco visitó varias veces las cárceles: la primera vez se quedó tan impresionado que se puso enfermo. Si el beato Cafasso no hubiera insistido, acaso ya no hubiera continuado por ser tan grande el sufrimiento que sentía viendo a aquellos chicos en la cárcel con adultos.

Me conmueve siempre el recuerdo del episodio de la “Generala”, cuando por primera vez llevó de paseo, fuera de la cárcel, a un grupo de muchachos “a reeducar”. No había querido guardias. La certeza de que no escaparían se basaba en la confianza que se creara entre los chicos y él.

Las *Memorias Biográficas* cuentan con lujo de detalles el episodio; también los directores de dos películas sobre Don Bosco dieron mucho espacio a este episodio del cual, contra las previsiones pesimistas de los guardias, volvieron a entrar todos los muchachos. Don Bosco los había conquistado, pero ellos también habían conquistado a Don Bosco, que afirmaba haber creado los oratorios para acoger a quien, por desventura, había terminado llegando a la “Generala” y para lograr que otros no entraran allí.

Es interesante comparar las dos ediciones del *Sistema preventivo* escritas personalmente por él: la primera, la que vale para las casas salesianas, la segunda dirigida como memorando al ministro Francesco Crispi: “Tengo el honor de presentar a vuestra excelencia las bases sobre las cuales se puede regular el sistema preventivo aplicado entre los jovencitos en peligro en las calles públicas o en las casas e institutos de educación”.

Para Don Bosco “los muchachos en peligro” eran aquellos que “desde los diversos pueblos del Estado van a otras ciudades y otros países en busca de fortuna... Aquellos que llegaron a ser huérfanos de los padres y no tienen quien los asista, quedando así abandonados a la gandería y la compañía de los muchachos malos... Aquellos que tienen padres que no pueden o no quieren cuidar a su prole; y que por tanto, los sacan fuera de la familia o los abandonan por completo... Los vagabundos que caen en manos de la policía, pero que

aún no son malos. Éstos, si fueran acogidos en un instituto donde se los instruya, se los encamine al trabajo, serían seguramente sacados de las cárceles, devueltos a la sociedad civil”.

Si actualizamos este lenguaje nos damos cuenta que estas categorías de muchachos y jóvenes solos, “en riesgo” están presentes todavía en los diferentes continentes. En el Occidente, son víctimas del bienestar, de las ausencias y carencias educativas y afectivas, de soledades que les llevan a sentirse despistados y desesperados, indiferentes frente a la vida.

El Sínodo de América —hecho nuevo, no de América Latina y América del Norte, sino de América— recalcó el hecho de que el continente es cristiano, aún en su multietnicidad: existe voluntad de convivencia entre los pueblos nativos, los provenientes de las diferentes emigraciones europeas y asiáticas, y las africanas llegadas a América en condiciones de esclavitud.

Entre los problemas que surgieron hallamos los del mundo juvenil, sitiado por el narcotráfico, y antes incluso por formas graves de pobreza económica y espiritual, presentes tanto en el Sur como en el Norte. En Latinoamérica estamos presentes con nueve mil salesianos y salesianas, comprometidos en una obra misionera y de evangelización.

Muchos trabajan con los jóvenes pobres, económica y culturalmente marginados, dependientes, no preparados, desocupados. Son grupos que requieren de un servicio específico de caridad, de acogida, instrucción, seguimiento, recuperación. Es aquí donde nosotros podemos verificar nuestra capacidad de vivir el sistema preventivo, tal como Don Bosco lo elaborara, tomando de su experiencia, de la pasión educativa de Mamá Margarita, del Evangelio.

El Rector Mayor retomó el texto de Don Bosco para Crispi: tiene una actualidad viva en sus propuestas, que el santo llamaba “providencias”, iluminantes y revolucionarias aún hoy para el mundo occidental, pero también para el mundo de los más pobres.

Don Bosco habla de “jardines de recreación festiva” donde se pueda reunir a los chicos con “la amena recreación, la música, la gimnasia, los saltos, la declamación, los pequeños teatros, la escuela nocturna”. Habla de hacer un seguimiento a los chicos que trabajan y acoger a los más pobres, los más abandonados. Al Estado le sugiere “injerencias gubernamentales”: crear lugares de reunión, escuelas, colegios y centros de formación profesional, que sean sostenidos también con ayudas financieras del Gobierno para que puedan funcionar bien.

La actualidad de Don Bosco y de su sistema educativo, por el cual en todo el mundo es apreciado por la Iglesia y las instituciones civiles, es la combinación de sus elementos originales. Paulo VI decía que Don Bosco había sabido juntar al patio, la escuela, el trabajo y la iglesia.

Hoy en una carta mía a los salesianos, escribía sobre la “colocación en el campo juvenil, armónica integración entre educación, promoción y evangelización, inserción positiva en la comunidad eclesial”. Volviendo a leer el documento que citaste, el sistema preventivo incluye la forma de estar junto con los jóvenes, la creación de ambientes juveniles de encuentro y trabajo, una propuesta múltiple y diferenciada para los distintos niveles, y grupos.

Cuando visito a mis hermanos salesianos dispersados en todo el mundo, vuelvo de mis viajes a casa con ofrecimientos y pedidos de nuevas fundaciones en los países pobres y en los de gran desarrollo, presionado por las nuevas manifestaciones incontrolables del malestar juvenil y de las nuevas interrogantes que presenta el acompañamiento de los jóvenes en la fe.

En tales pedidos veo un llamado por parte de la sociedad civil y de la Iglesia a hacer fructificar todos los recursos individuales y comunitarios del carisma de Don Bosco y a pensar en nuevas aplicaciones y posibilidades de acción.

Con los muchachos de la calle, Don Bosco suscitó diferentes caminos que se concretaron en contextos distintos, con una fantasía que es fruto del Espíritu.

Hace pocos días, el Rector Mayor recibió una visita que lo consoló mucho y le dio más fuerzas en esta visión de esperanza hacia el futuro: un sacerdote, salesiano *sui generis*, vestido como campesino, con algunos jóvenes que le regalaban una estatua de madera de Don Bosco: “¡La esculpieron mis jóvenes en Chacas, en los Andes, en la Cordillera Blanca!”.

Don Bosco había impresionado en Perú, entre los “campesinos”: surgió una Valdocco del 2000. El Santo ya la había visto en su gran sueño misionero de 1883, del cual se habla en las *Memorias Biográficas*, vol. XVII, pp. 385-394. Era el sueño en que veía el desarrollo de sus obras.

Sin duda, aquellas altísimas montañas del paralelo 10, son las de la cordillera de Perú, diócesis de Huarí donde está Chacas. Un valle largo, pobre, con sendas de montaña, donde más de quince mil muchachos y muchachas hallaron acogida en los distintos oratorios, surgidos en pocos años, nacidos del corazón del Don Bosco de los Andes: el padre Hugo De Censi, el salesiano lombardo de la Valtellina, de la misma tierra de grandes misioneros como

el padre Albino Del Curto, el padre Parolini, llamado el “bororo”, el padre Carlo Braga, la misma patria del padre Egidio Viganó.

El padre Hugo, visitando al Rector Mayor, llevaba el fruto del trabajo de tantos jóvenes que lo siguieron en Perú, Ecuador, Brasil y Bolivia, en su aventura con los pobres de Latinoamérica. Unos años atrás había escrito al padre Juan Vecchi, explicando las razones de su salida de Italia a los 52 años para seguir a los jóvenes, en un camino pagado a un alto precio, también con el don de la vida de salesianos y jóvenes para estar con los pobres, no de labios para afuera, sino con los hechos:

“La OMG (Operación Mato Grosso) –escribía el padre Hugo– es uno de los modos actuales de hacer oratorio, de estar con los jóvenes (desde los dieciséis años), derrumbando (en parte) los muros del oratorio: ir a su encuentro, escuchando sobre todo su sed de verdad (en vez de su sed de felicidad), predicando desde el comienzo con absoluta franqueza el mensaje de la gratuidad y la caridad, y dejando al mismo tiempo la libertad de ir y venir, de equivocarse y arrepentirse; arriesgando por tanto siempre que los errores destruyan el núcleo central de la OMG; advirtiendo a todos que cada uno con sus errores puede destruir la esperanza que los hace vivir a todos.

La OMG es como un gran patio o una plaza donde confluyen varios caminos de la sociedad juvenil (escuelas, bares, clubes, discotecas, casualidad...). En medio de esta plaza está una gran pancarta con el escrito “caridad – gratuidad”, sobre escenas de pobreza que conmueven.

Si a alguno de los jóvenes que pasa por la plaza le interesa esta invitación, hallará de inmediato a quien le propone hacer algo concreto, juntos. Así empieza el camino que, poco a poco, lleva a preguntarse cuál es el sentido de la vida... Todo muchacho será proyectado en la libertad a su vocación, su parroquia y diócesis, a la Congregación que responde a su búsqueda...”.

El Don Bosco de madera, esculpido en la escuela de arte de Chacas, es el corazón de todo lo que la OMG creó entre los pobres: oratorios, institutos, talleres, escuelas, iglesias, lugares de amparo, un movimiento de jóvenes en Italia, que sostiene a más de doscientos voluntarios permanentes en tierra de misión, numerosas vocaciones sacerdotales; ha crecido no fuera o contra la Iglesia, sino con una gran apertura hacia todos, incluso hacia aquellos que viven la ausencia de Dios: no son pocos los jóvenes que lo perciben en este mundo dominado por la lógica del consumo, la imagen, el poder.

Los chicos de la calle son los Miguel Magone de hoy

...para reunir a los hijos de Dios que estaban dispersos (Jn. 11, 52).

¿Los chicos de la calle? ¡Son demasiados!

El fenómeno de los niños de la calle ha existido siempre: no es nuevo ni específico de los países del Tercer Mundo. En Australia despiertan gran preocupación las pandillas juveniles que viven en la calle de las grandes ciudades, entre las cuales es muy alta la incidencia del VIH (SIDA).

Si observamos los efectos de la industrialización y de la urbanización de Europa en los siglos pasados, nos damos cuenta del precio que los niños han pagado a favor del desarrollo económico de las grandes naciones del siglo XIX. Basta con leer David Copperfield, donde el gran escritor Charles Dickens relató parte de su vida a través del personaje de Oliver Twist.

En los libros de historia están descritos con gran abundancia de detalles las condiciones de los jóvenes que trabajaban en las fábricas inglesas. Y ¿qué podemos decir de la situación actual, en la que, después de la caída del Muro de Berlín, grupos de niños vagan en las grandes ciudades, en Tirana, Bucarest, en la misma Moscú, abandonados durante la rápida transición de los regímenes autoritarios al mercado-caos de la Europa del Este?

Los chicos de la calle han crecido desmedidamente en el mundo: guerras, divisiones, pobreza y miseria, agencias educativas en crisis, leyes económicas durísimas han creado no solamente cercos de pobreza, sino un “continente” entero de pobres y en medio de los que más sufren están los jóvenes.

Según estimaciones realizadas en el 2000, en Asia el 23% y en América Latina el 21% de la población menor a quince años tiene por casa la calle.

“Prueben a contarnos, hagan el inventario de los pobres, si es posible –dice uno de los actores de la Pasión de San Lorenzo, de Turoldo– miren a los miserables tan espesos como los bosques, millones y millones de hambrientos”.

Del 6 al 12 de diciembre de 1998, nosotros tuvimos en Roma un encuentro internacional sobre los chicos de la calle. No fue el primero: recogía la experiencia de los últimos veinte años de nuestra presencia entre ellos. Había representantes no solo de Buenos Aires, Montevideo, Brasilia, Bogotá, Bombay, Calcuta, Hong Kong, sino también de Nápoles, Milán y Moscú.

Es difícil cuantificar cuántos son los chicos botados en la calle, ni siquiera los estados lo saben. En Cuba, durante un viaje vi un aviso oficial que decía: “¡En el mundo hay millones de chicos en la calle. Ninguno de ellos es cubano!”. Ojalá fuera verdad, en Cuba y en otras partes, pero la realidad la conocen bien no solamente los salesianos, sino todos aquellos que tienen que ver con las numerosas pandillas que roban, que usan la violencia, que venden droga en las esquinas de las calles.

¡Ignorar un problema no es resolverlo! La experiencia de los que trabajan con los niños de la calle nos ofrece más de una esperanza. Los chicos tienen desconfianza en las instituciones, en las personas que se les acercan; algunos valores están comprometidos, pero otros emergen apenas se logra establecer una relación con ellos: el sentido del bien, una generosidad casi instintiva, el deseo de una alternativa.

Naturalmente las actitudes pueden cambiar con base en el contexto social en el cual viven, porque los chicos de la periferia urbana occidental son bien distintos de aquéllos de una favela o de una zona rural. Desde hace tiempo los salesianos dan atención a estos chicos mediante intervenciones y programas educativos calificados.

El carisma de Don Bosco afirmado en las constituciones es “un amor sin límites a Dios y a los jóvenes” (art. 8i): nos impone elecciones de valor y difíciles; nos dispone a afrontar con mayor libertad y prontitud también el arriesgar la vida en las fronteras de la misión ad gentes, la solidaridad con los pobres, las situaciones de conflicto. El siglo XX está marcado por las historias de hermanas y hermanos que no han dudado en dar la vida por el Señor y por las comunidades cristianas confiadas a ellos.

Giulio Rocca fue asesinado hace diez años por Sendero Luminoso, porque “la caridad está en contra de la revolución”. En otro lugar del mundo, en China, monseñor Versiglia y Don Caravario conocieron la muerte en defensa de los jóvenes que les acompañaban en su viaje misionero. El martirio, al ejemplo de Jesús, es aquel “modo intensamente evangélico de amar a Dios y a los hermanos”.

En América Latina son numerosas las experiencias de la Familia Salesiana en servir a los chicos de la calle, en la línea de la elección que la Iglesia ha hecho en los últimos años, después del Concilio.

Puebla reconoció el trabajo por los jóvenes como una de las opciones eclesiales prioritarias a favor del continente latinoamericano. ¿Cuáles jóvenes? Los pobres. No es una elección clasista, sino pastoral, que en nombre del Evangelio exorciza al ídolo de la riqueza, ayudando a los creyentes a madurar el espíritu de las bienaventuranzas, de modo que en el mundo actual de América Latina la pobreza pueda convertirse en un desafío al materialismo y abra las puertas a soluciones alternativas a la sociedad de consumo.

La calle se convierte para una gran cantidad de jóvenes en un lugar de sobrevivencia: es casa, familia, amistad, amor, fiesta, compartir, escuela para la vida. En la calle viven en pandillas, cada una de las cuales tiene su propio territorio, una plaza, un parque, a veces una esquina, donde se encuentran para dormir, para comer, por protección, defensa. En la calle luchan por comer, por vestirse; pero ella es también lugar de rebelión, continuo desafío a la muerte, en guetos al margen del bienestar de la ciudad, donde el robo y la prostitución les envejece antes de tiempo...

...donde la violencia es la característica principal de sus relaciones. En una conferencia que dictó en París, en su último viaje a la capital francesa, Don Bosco, hablando a los reunidos, les recordaba que si a los chicos no se les aseguraba un mínimo para vivir, ellos lo habrían pretendido, pero, esta vez, con la protesta en la mano. El Estado se defiende, reprimiendo el fenómeno, en tanto Don Bosco invita a prevenirla.

Naturalmente no considero el método de Don Bosco como la receta mágica para la resolución de los problemas. Sé muy bien que la fuerza (o la propotencia) del sistema económico puede imposibilitar el trabajo educativo.

Las noticias que me llegan, de muchas experiencias, desde varias partes del mundo me confortan con un sano y real optimismo. En Benín, una de las repúblicas africanas que recientemente ha pasado, pacíficamente, de un régimen autoritario a uno democrático, existe una interesante intervención de los salesianos en los chicos de la calle.

Observo las cartillas, que me pone delante Don Vecchi, hablan del “Hogar (Focolare) Don Bosco” de Porto-Novo. Me gustaría visitarlo, dar la vuelta al mundo para encontrarme con todos los que trabajan entre los chicos de la calle; sería un reportaje interesante, con noticias de primera mano... Me de-

bo conformar con todo lo que puedo “ver” a través de los ojos y el corazón de Don Vecchi, que ha dado la vuelta al mundo varias veces, convocando a quien trabaja en el área de la marginación social por un intercambio y una nueva propuesta de su presencia en medio a los pobres y a los marginados.

En Benín el fenómeno de los chicos de la calle era desconocido, el hijo era un don de Dios, era impensable para alguien de Porto-Novio que el hijo salga de casa y no regrese a la noche... La crisis que ha sufrido el país ha degradado a la familia: separaciones, uniones libres, irresponsabilidad educativa de uno o de ambos progenitores.

“Más que chicos de la calle, son chicos de mercado -dicen los responsables del Focolar- porque es en el mercado Dantokpa, que han establecido su lugar de encuentro”. Para sobrevivir, los más pequeños limpian y recogen inmundicias, los más grandes cargan y descargan mercadería, cargándola en los hombros y jalándola en carretones. Sus edades van de los 8 a los 18 años. Las horas de trabajo son de 06:00 a 10:00 y de 16:00 a 19:00; el resto del tiempo descansan viendo videos, jugando cartas o indor fútbol. Quien trabaja come, los demás están obligados a robar o a pedir caridad. Cuando uno de ellos se enferma aparece la solidaridad entre los pobres, que nunca abandonan a sus compañeros.

Nosotros seguimos a los chicos al mercado y acogemos en el Hogar a los que se presentan voluntariamente: porque han oído hablar de él o están en dificultad. Les ayudamos a insertarse en el mundo del trabajo, pero sobre todo les damos valor, a través de una relación de amistad, de diálogo, escuchándoles y dándoles confianza.

No hay muchas reglas porque a los chicos no les gusta tener “reglamentos”: se los conquista y se los ayuda a través de un clima de escucha, de preocupación y atención individual. Existe un “Hogar de escucha” y el “Hogar (Focolar) Michele Magone”, que acogen al chico, orientándolo y educándolo para su regreso a la familia, cuando es posible, y en la sociedad a través del trabajo.

En Bujumbura, Burundi, surgió un centro de actividad social para los niños de la calle que llegan a la ciudad desde el campo, anteriormente en ese lugar fue un campo de refugiados durante la guerra. En un área de 80.000 metros cuadrados, mediante varios trabajos los salesianos realizan estructuras para acoger los chicos que están en riesgo, como son dormitorios, comedores, dispensario médico, un lugar donde puedan resolver sus necesidades inmediatas.

El centro de formación profesional se preocupa por instruirlos a través de una inserción calificada en el mundo del trabajo, en sectores como: carpintería, construcción, mecánica, electricidad, soldadura, que son oficios muy re-

queridos para el desarrollo del país. No podía faltar un oratorio-centro social, que se ha convertido en un lugar de promoción humana, a través de la cultura, las actividades de tiempo libre, formando a educadores y animadores como también a dirigentes de grupo.

Es el clásico esquema salesiano implementado como modelo de desarrollo en un país densamente poblado y de los más pobres del mundo. La atracción no está por cierto en las estructuras, sino en las personas preparadas para acoger a los chicos, para estar con ellos en un clima de amistad y de confianza.

¡Confianza! No es fácil vencer la desconfianza que los chicos de la calle tienen respecto de los adultos; muchas veces han sido traicionados y engañados por los adultos más cercanos a ellos, los de sus familias o de aquéllos que encuentran en la calle y les explotan, les obligan a trabajar sin ninguna dignidad. Estos pequeños están a la defensiva y se abren solamente cuando se dan cuenta, muchas veces por medio de provocaciones, que la persona adulta está de su lado...

«Recuerdo a un chico de 14 años, intratable, agresivo, herméticamente encerrado. Por dos meses le acepté tal como era... Esta era la indicación que me dio el psicólogo del Centro, pero un día, perdí la paciencia y lo levanté del suelo colgándole de una percha. ‘No te dejo ir hasta que me digas por qué te comportas así...’ ‘Yo no tengo nada contra ti, es contra mi padre. Cuando te vi la primera vez, te parecías mucho a él y me dije a mí mismo: te lo haré pagar... Mi padre me mandaba a robar, cuando estaba borracho pegaba a todos los de la casa... Cuando sea grande le haré pagar por todo... Pero tú nunca me has pegado, has tenido paciencia... Tú no eres como mi padre, te pido disculpas, dame la mano, desde hoy voy a cambiar’...» (Don Franco).

«Los primeros días no dormía en la cama, no estaba acostumbrado, ¡dormía en el suelo! Se adaptó con dificultad. Hablaba únicamente con las manos, ¡todos le tenían miedo! Un día se encontró con alguien más fuerte que él, le puso en el suelo delante de todos... La humillación de la derrota le hizo relativizar, se dio cuenta de la brutalidad de la violencia, conoció la bondad del educador que le enseñaba a leer y escribir... ¡Se volvió otro!» (Giuliano, 32 años).

«¡Yo no creo en el amor! ¡Es algo de los libros, del cine! ¡No tengo nada de bueno! ¡Estoy enojado y cuando el enojo me domina rompo todo!» (Mauricio, 14 años).

«Yo no tengo recuerdos de mi niñez, solamente dos fotografías que me hicieron en el instituto donde me encerraron. Recuerdo una persona grande:

‘¿Por qué miras siempre al suelo si tienes tan lindos ojos?’... ‘Hasta ahora, que tengo veinticinco años, miro al suelo, no quiero que la gente lea en mi mirada todo el sufrimiento que llevo por dentro’» (Giselle, 25 años).

«Cuando papá se fue de la casa, éramos 9 en la familia... Mi mamá me acompañó de noche hasta la entrada de una casa, era un instituto de hermanas y me dijo que me quede allí esperando. Cuando abran, pregunta si te puedes quedar. Mientras estaba allí, pasaron unos muchachos pequeños: ‘ven con nosotros’. Me fui con ellos y formé parte de su pandilla. La sede quedaba debajo del puente del tren, el tren pasaba pocas veces durante la noche... tenía 5 años, ahora tengo trece. Son 8 años que no veo a mi madre, pienso que ella se ha librado de un peso» (Adolfo, 13 años).

«Cuando estaban borrachos, se pegaban y me pegaban... Él no debía pegarme, ¡no era mi padre! Escapé de casa, una patrulla me llevó de vuelta a la casa, pero apenas pude me escapé de nuevo. Mejor con mi pandilla que en la casa... Si él se va, quizás volveré» (Ricardo, 13 años).

«Sé que el pago hace mal, pero al menos por un momento estoy bien. Trabajo cuando me llaman a lavar platos en un restaurante... Por ahora estoy bien así, pero antes o después encontraré la manera de tener dinero rápidamente» (Israel, 10 años).

«Los hombres vienen en la mañana, nos agarran y abusan de nosotros o nos llevan a la policía y allí hacen lo que quieren con nosotros; ¡nos dicen que si decimos algo nos matan!» (Testimonio de una chica de 14 años, recogida por el padre Renato Chiera).

El escritor brasileño, G. Amato, describe muy bien este mundo de los chicos de la calle en uno de sus libros, traducido en varios idiomas: *Los capitanes de la playa*. Allí cuenta sus aventuras, los dramas, la dureza de los corazones, pero también sus debilidades en relación a quienes les brindan algo de amor, pero un amor verdadero. Los niños no viven en la calle por elección personal, han sido forzados por situaciones terribles, familiares y sociales.

La calle es como un amplio “vientre materno” donde son escuchados, donde son libres de hacer lo que quieren y nadie les dice que son malos, son escuchados por lo que son. El libro suaviza las asperezas de sus vidas, pero la realidad es doliente; se defienden de los adultos y los adultos se defienden de ellos con violencia, con la muerte, asesinando a través de salidas nocturnas e improvisas a los pequeños delincuentes que contaminan la sociedad.

«Hacía parte de los escuadrones de la muerte en mi país. La ideología era la misma que la de los otros escuadrones. El mal debe ser eliminado, afuera la suciedad de las calles, ¡nuestros hijos tienen derecho a la seguridad que

los criminales destruyen! Abandoné luego de la primera vez, ¡los delincuentes asesinados tenían la edad de mi hijo, diez años!».

El fenómeno más dramático que caracteriza la situación de los *meninos de rua* en Brasil se llama “exterminio”: según America Watch, solo en tres años (de 1988 a 1991) han sido asesinados 8.000 y el exterminio continúa. De 1991 a 1993 fueron 6.000. Son un peligro para la sociedad, roban, asaltan a los turistas, dificultan el comercio, viven en pandillas organizadas; deben ser eliminados.

¡Es una ilusión creer que una persona puede cambiar con la violencia! Sobre esto Don Bosco estaba convencido. La violencia genera violencia. El amor quizás no obtenga frutos de inmediato, pero a la larga lo sembrado germina. Soy contrario a la pena de muerte, que es el máximo de la violencia contra quien se ha equivocado, porque mata la esperanza, no ofrece la ocasión a quien se equivocó, aunque sea gravemente, de cambiar. Sembrar esperanza, aunque la esperanza es una virtud difícil, porque exige paciencia, a veces heroica.

Es innegable, es la pobreza económica la que bota a los chicos a la calle y hace precaria la convivencia familiar, en condiciones de brutalidad y violencia. En Brasil, el Presidente de la Conferencia Episcopal (CNBB - *Conferencia dos Bispos do Brasil*), Dom Jaime Chemello, denunciaba que el 50% de la población vive en condiciones graves de pobreza, una situación insostenible y sin ninguna explicación en un país potencialmente rico, que puede dar bienestar a toda la población.

Los niños inician su vida en la calle generalmente entre los 7 y los 12 años, muchos permanecen hasta los 16 años. Respecto a su identidad étnica, casi las tres cuartas partes de la muestra son negros o mulatos: el 72%.

El Centro de Información brasileño de las Drogas Psicotrópicas de San Pablo realizó una investigación cuyos resultados son impresionantes. El 90% de los niños no tiene casa; en 6 grandes ciudades brasileñas, han consumido droga; el 18,1% de los 530 niños de la calle entrevistados ha intentado el suicidio. La investigación ha derrumbado incluso el mito según el cual los chicos están en la calle porque comenzaron a consumir droga. Es verdad lo contrario; es justamente porque están en la calle han descubierto la droga.

Los chicos consumen droga bajo la mirada de todos, no se aíslan en un espacio, sino en la calle y juntos, en grupo, es casi un desafío de estos niños a los adultos y a las instituciones. Pegamento y disolventes sirven para sobrevivir, para compensar el abandono afectivo y también por juego.

A estos chicos los he encontrado en Colombia, Brasil, México; este último es quizás el segundo país en el mundo en cuanto tiene que ver con los niños en la calle. Ellos usan es la droga de los pobres: pegamento, disolventes para pintura y cemento de contacto. En México es llamado chemo, una potente mezcla que crea inmediatamente la sensación de estar bien, no hace sentir frío, elimina el hambre suprimiendo el apetito. Desgraciadamente crea dependencia y alimenta la violencia al interior de los grupos.

Para sobrevivir, los chicos se ven obligados a pedir limosnas y caridad, sólo algunos son vendedores ambulantes o trabajan saltuariamente. Viven “contra” la sociedad, la cual los teme, los combate y rechaza. Más que “niños de la calle” muchos de ellos se definen “deambulantes”, vagabundos.

Las intervenciones de las instituciones son represivas; muchos chicos y chicas son víctimas de arrestos, de encarcelaciones injustificadas e ilegales, de “limpieza social” encargada a los escuadrones de la muerte que en Brasil, en Colombia o en Honduras asesinan durante el sueño a estas víctimas de la miseria económica y moral que aflige al país. Son hijos de familias donde la pobreza, la violencia y el alcoholismo constituyen la mezcla explosiva que obliga a los hijos a escaparse de casa.

Dejar la calle no resulta tan fácil, porque los chicos han vivido demasiado tiempo en el abandono, en la calle, como para olvidar el atractivo que ella conlleva, la libertad como el primero de todos, el vagabundear con los amigos, el espíritu de aventura, el mito de la fuerza y la destreza, de escaparse de las fuerzas del orden.

«Si te les acercas, si les llamas por nombre, si estás con simpatía, te aceptan. Están gustosos de escucharte, entienden que quieres ayudarlos, pero luego, la desconfianza o la ley del grupo los aleja así como te los ha acercado... Debes tener paciencia, conquistar su confianza requiere de tiempo, debes ponerte sus zapatos». Así me dijo un educador de la calle.

Es interesante la experiencia de un *clown* francés, Miloud, el cual se encuentra en Bucarest con los “chicos de las alcantarillas”, aquellos que tienen las alcantarillas de la ciudad por casa: «¡Quiero ayudarles!». «¿En serio? Ven entonces a vivir con nosotros, en las alcantarillas...». Después de algunos meses, «¡Eres uno de nosotros! Entonces podremos confiar en ti. ¿Qué nos propones?».

Así comenzó la Fundación Parada, que mediante la experiencia comunitaria y de la enseñanza de las artes circenses, sacó a los chicos de las alcantarillas, ayudándoles a insertarse en la sociedad, contra la cual se habían

opuesto estando bajo tierra. Miloud lo logró encarnándose en ellos. Este es el principio educativo de Don Bosco.

La encarnación es ponerse los zapatos del otro, para entenderlos, para crear una unión fuerte compartiendo fatigas y esperanzas. No es suficiente amar al joven, es necesario que él se dé cuenta que es amado y que por él estamos dispuestos a “descender bajo tierra” para mostrar “cielo y tierra nuevos”. La regla la tomamos de la carta que Don Bosco escribió desde Roma en 1884, su poema pedagógico, nunca suficientemente estudiado y profundizado. Cualquier chico de la calle o no, está sediento de relaciones verdaderas basadas en la bondad y en el “corazón”. La bondad es un conjunto de actitudes, de racionalidad, de amorosidad, de don de sí, de humildad, de confianza.

El “corazón” es la alegría de estar con los chicos; por esto nos consideran iguales, hermanos, amigos. Deben ver en nuestros gestos que queremos su bien: «Quien quiere ser amado, debe mostrar su amor... Quien es amado, obtiene todo, especialmente de los jóvenes... este amor ayuda a soportar el cansancio, los aburrimientos, las ingratitudes, los disturbios, lo que hace falta, las negligencias...».

La carta termina con un apasionado llamado de Don Bosco, que quiero volver a releer con ustedes: «¿Saben qué cosa desea de ustedes este pobre viejo, que ha gastado su vida por sus queridos jóvenes? –Don Bosco se dirige a los salesianos, pero yo siento que debo agregar, a todos los que trabajan en educación–. Que retornen los días del afecto y de la confianza cristiana, del espíritu de condescendencia y de resignación por amor a Jesucristo, los días de apertura de corazón con simplicidad y candor, los días de la caridad y de la verdadera alegría con todos».

En nuestro tiempo, caracterizado por la ausencia de educadores, es necesario volver a hacer resplandecer este carisma, que no resuelve los problemas de la new-economy y de la globalización, pero da una respuesta a la necesidad de amar y de ser amado por los jóvenes.

El Rector Mayor no se conforma con este llamado personal, subraya que los contenidos, la praxis y los caminos de Don Bosco necesitan de un ambiente de familia y de un tejido de relaciones.

No somos preceptores de personas individuales, ni educadores “particulares”, obramos a través de una comunidad. Mas el problema se presenta complejo, y así es el de los jóvenes actuales, más tenemos que enfrentarlo como comunidad con una fuerte carga educativa y espiritual.

Don Bosco forjó a sus primeros colaboradores con simplicidad y en lo concreto, exigiéndoles la práctica de la caridad a favor de los jóvenes. No eran comunidades extraordinarias, estaban constituidas de jóvenes llenos de entusiasmo, pero con poca experiencia, muchos con notables cualidades, otros normales e incluso algunos modestos, pero orientados por Don Bosco a la misión asumida por todos como única y común, según los recursos personales de cada uno. Y sin embargo “en la comunión de las intenciones” han sembrado en todo el mundo la obra del gran educador piemontés, que en sus sueños vio a los salesianos en África y en el mundo entero.

En 1886, estando por terminar su vida, Don Bosco recibe el pedido de realizar una fundación salesiana en El Cairo, en Egipto: «Me inclino a aceptar -recuerda el biógrafo de las *Memorias Biográficas* (vol. XVIII, pág. 142)- enviaré a El Cairo a algunos salesianos apenas pueda... Mientras tanto, yo les explico honestamente que esta misión es un plan personal y es uno de mis sueños. Si fuera joven, tomaría conmigo a Don Rua y le diría: “Ven, vamos al Cabo de la Buena Esperanza, en la negritud, a Kartún, al Congo o, mejor aún, a Sudán...”».

Él quería que los salesianos fueran a África y permanecieran allí, pero su sueño misionero se abría a todo el mundo: América, África, Asia. “Quizás dirán, comentaba, que allí están otras congregaciones. Es muy cierto, pero nosotros vamos en su ayuda y no a tomar su lugar, ¡recuerden muy bien esto! Generalmente ellos se ocupan de los adultos; nosotros debemos ocuparnos especialmente de la juventud, particularmente de aquella pobre y abandonada” (MB, XVIII, p. 49).

Conozcamos dos sueños de Don Bosco sobre África, en 1885 y 1886: «Me parece estar en el centro de África (... y de ver) al Ángel de Cam, que decía: ‘*Cessabit maledictum*’ y la bendición del Creador descender...».

Otro sueño es aquel famoso de Barcelona (MB, XVII, 643-645), cuando la Pastorcita, después de recordarle el sueño de hace nueve años, le muestra el futuro desarrollo de la Congregación: Valparaíso, Santiago, Pekín, invitándolo a trazar una línea de un extremo al otro: «De Pekín a Santiago, haz un centro en medio de África y tendrás una idea exacta de cuánto deben hacer los salesianos...».

Don Bosco le pregunta que cómo podrá hacer todo esto: «Harán esto tus hijos, los hijos de tus hijos y los hijos de ellos (...). ¿Ves allá cincuenta misioneros? ¿Más allá ves otros y otros más? Traza una línea de Santiago al centro del África, ¿qué cosa ves?». Don Bosco vio diez centros de formación. «Y

bien, estos centros que ves formarán estudios y noviciados, darán una multitud de misioneros (...) Ahora vuélvete de esta parte. Aquí ves otros diez centros desde la mitad de África hasta Pekín (...) más allá Madagascar...».

La Comunidad Europea, Europa del Este, América Latina, América del Norte, África Subsahariana, Asia, contextos islámicos, Australia, islas del Océano Índico: es una variedad de presencias en las cuales estamos obligados a confrontarnos con culturas diversas, costumbres, vestimentas, religiones... pero todo esto no obstaculiza el sistema preventivo de Don Bosco, que tiene un carácter universal, fundado sobre la caridad, sobre la bondad, un lenguaje que todos los pueblos pueden comprender.

Entre las nuevas fronteras, quisiera recordar la situación de los “refugiados” que son millones, especialmente en África, entre ellos, una vez más, las consecuencias recaen sobre los muchachos y los jóvenes. Es un éxodo de miles de jóvenes y adultos, víctimas de contraposiciones raciales, discriminaciones religiosas y rivalidades provocadas con maestría.

He confiado al Dicasterio para las misiones elaborar una hipótesis de acción, partiendo del conocimiento de los fenómenos de cada continente, para alcanzar iniciativas significativas sobre el terreno. La miez es mucha; siguiendo el ejemplo de Don Bosco me dirijo a todos para que sientan el problema y sepan responder, sobre todo los jóvenes, con verdadera generosidad. Han sido más de diez mil las vocaciones misioneras en nuestra congregación. Otras están en espera.

¿Qué conclusiones podemos sacar de estas reflexiones? Don Bosco no delegó a otros el problema de los chicos de la calle, lo asumió a pesar de las dificultades que presentaba, incluida la relación con los sacerdotes de la ciudad, con la marquesa Barolo: «O usted trabajaba aquí con las chicas de mi Instituto o trabajaba con los chicos de la calle. ¡Escoja!» Don Bosco escogió los chicos de la calle, renunciando a salarios, a carreras eclesiásticas. Sus salesianos le están siguiendo, sobre todo en los países del Tercer Mundo, donde se advierte la necesidad de características adecuadas para el campo educativo; el trabajo con los pobres y los marginados, con los “daños” de la ciudad, requiere de cualidad.

Si aconteciera que la calidad educativa fuera débil, disminuiría la incidencia de nuestro trabajo y agravándose nos excluiría del campo educativo. Si es verdad que «lo óptimo es enemigo de lo bueno» es también verdad que no podemos exponernos a una forma educativa general, que podría descalificarnos e impediría que alcancemos la finalidad de nuestro servicio.

Los chicos de la calle son la verificación de nuestra capacidad educativa y de su validez. Busquemos por tanto hacer lo que nos corresponde, teniendo presente que junto a la acción educativa, es necesaria la acción social y civil para sensibilizar sobre los problemas de los chicos de la calle, que son los más expuestos al riesgo de la desviación, a las instituciones a fin de que emprendan una lucha decidida contra el hambre y la miseria, a promover la instrucción combatiendo el analfabetismo, orientando hacia elecciones de vida, creando puestos de trabajo en el mundo laboral.

Pero, ¿será esto posible sin la colaboración de las grandes potencias y de quienes dirigen la economía a nivel mundial? El mundo se ha vuelto interdependiente para el bien o para el mal. De un sistema económico y de producción que tiene muchas virtudes, entre las que ciertamente no está la de poner en el centro a las personas ni de pensar en el bienestar mínimo indispensable para todos, dependen la actual desocupación y la consecuente reducción de las posibilidades educativas.

En las políticas económicas y culturales de una parte del mundo se originan las nuevas tragedias que golpean, de manera casi anónima, a grandes grupos en otras partes del planeta. Pensemos en el fenómeno de la deuda externa de algunos países, sobre lo cual la Iglesia ha querido manifestarse por el año Jubilar 2000.

Hay una gran cantidad de ejemplos cercanos que confirman esta interdependencia. El que las situaciones límites se extiendan se debe, sin duda, a la falta de solidaridad social, a la lentitud en definir y cumplir los deberes y derechos entre los pueblos en un mundo unificado, en el atraso existente en concebir planes posibles de desarrollo con recursos que ciertamente existen pero se derrochan.

Observando esta situación social de pobreza con los ojos de Don Bosco y considerando cómo ésta destruye a tantos jóvenes, cuyo horizonte de vida se limita a la búsqueda inmediata por sobrevivir o a un ideal vacío y sin sentido ¿sentimos el desafío de hacer más consistente y calificada la presencia salesiana entre los jóvenes?

Con estas indicaciones Don Vecchi se introduce en el actual camino de la Iglesia en el mundo: es la fidelidad a la Iglesia y al Papa lo que siempre ha caracterizado a Don Bosco y a sus salesianos. Son cinco las encíclicas que enfrentan el grave problema del subdesarrollo y que son una bella muestra en la bibliografía del Rector Mayor, quien las indicó a los salesianos en su carta sobre las nuevas pobrezas: «Se conmovió por ellos (Mc. 6,34). Nuevas pobrezas,

misión salesiana y significatividad» (abril-junio 97). Las citamos en orden de aparición:

1967 *Populorum progressio*

1971 *Octogesima adveniens*

1981 *Laborem exercens*

1987 *Sollicitudo rei socialis*

1991 *Centesimus annus*

En ellas es muy clara la indicación de la Iglesia Conciliar: la opción preferencial por los pobres no es tanto una recomendación de caridad individual, sino un criterio para orientar la pastoral de la Iglesia. La Tercera Conferencia Latinoamericana de Puebla habla de opción preferencial por los pobres, considerando su liberación integral.

En un documento de la Conferencia Episcopal Italiana después del encuentro de Palermo, leemos: “El amor preferencial por los pobres se revela como una dimensión necesaria de nuestra espiritualidad. Con los últimos y con los marginados todos podremos recuperar un estilo de vida distinto”.

Vale para todos el N° 42 de la *Sollicitudo rei socialis*: “La opción o amor preferencial por los pobres, es una opción para una forma especial de primado en la práctica de la caridad cristiana, testimoniada por toda la tradición de la Iglesia... Hoy, considerando la dimensión mundial de la cuestión social, este amor preferencial, con las decisiones que ella nos inspira, no puede dejar de abrazar la inmensa multitud de personas con hambre, sin casa, sin asistencia médica y sobre todo, sin esperanza de un futuro mejor”.

El problema de los jóvenes, de las personas solas, de los pobres o abandonados, que Don Bosco buscaba y acercaba, ha sido transmitido en la tradición oral e institucional de la Congregación y últimamente, incluso, ha sido estudiado con mucho rigor.

Por todas partes se han dado respuestas creativas, alcanzando a los chicos de la calle y ubicándose en zonas urbanas de miseria generalizada, para resolver con propuestas educativas los problemas de deserción escolar, para asistir a los jóvenes encarcelados, trabajando en el ámbito de la drogadicción con formas de prevención, acogida y acompañamiento en la recuperación.

Estas elecciones han influido en los otros ambientes educativos, como escuelas y oratorios que, aunque parcialmente, han sabido crear respuestas al fenómeno de la apatía. Ha sido relevante la presencia de los laicos, incremen-

tada en estos últimos años, en los cuales se ha dado mayor realce a la relación con ellos, convirtiéndoles en protagonistas de varias propuestas educativas. ¿Qué sería de nuestras escuelas, de nuestros oratorios, de las misiones, de las varias obras de frontera, sin el aporte de los laicos?

La presencia del laicado no responde a razones cuantitativas (disponer de más fuerza-trabajo para realizar los diversos servicios). Más bien es un cambio de frente, es la irrupción de fuerzas laicales en el horizonte salesiano y la inserción de su experiencia en el carisma de Don Bosco, que ya en su tiempo fue capaz de comprometer a los laicos en sus proyectos.

La nueva atención hacia los laicos nos mueve, en primer lugar, a reconocer y a valorizar la realidad que llevan consigo: hijos de Dios, templos del Espíritu, miembros del pueblo de Dios.

Su condición aumenta y enriquece la visión de la misión salesiana, hace evidente que teniendo una identidad, ésta no tiene límites en lo que respecta a su extensión y puede integrar aspectos, iniciativas y formas siempre nuevas, conforme a los cambios en el mundo; puede expresarse a través de una red de personas que, viviendo en diversas partes o trabajando en diversos ambientes, se unen por un idéntico espíritu y una misma finalidad.

Entre ellos, los cooperadores, que viven la propia identidad salesiana laica bajo la mirada y la guía espiritual de Don Bosco. Los ex estudiantes, que han crecido en nuestros oratorios y en nuestras escuelas, todos aquellos que comparten con nosotros los valores humanos, la actitud religiosa y la preocupación por la educación.

En teoría todos estamos de acuerdo, pero la verdadera prueba está en la praxis, cuyo primer paso es la bienvenida, la actitud disponible y grata ante el surgimiento del laicado en la escena misma del carisma.

Laicos que han crecido en ambiente salesiano, como Ricardo y Arturo cuyas interesantes experiencias vale la pena recordar. Ricardo Azzolini, médico dentista y buen organista, en su juventud fue titiritero para entretener a los niños del Apenino, escuchó la voz de Etiopía y fundó el GAOM (Grupo Asistencia Hospitales Misioneros) para estar junto a los hermanos de Gambo, un país donde un hospital es muy importante, ya que niños y adultos sufren enfermedades que les hacen ciegos y obstaculizan su crecimiento.

Para ellos fundó un centro pediátrico; actualmente trabaja en la construcción de 52 casas para los enfermos de lepra. Junto a él están médicos voluntarios, obreros, electricistas, albañiles, plomeros y otros más juntos para

realizar obras financiadas con dinero recogido puerta a puerta, a través de fiestas y donaciones de amigos. El doctor Ricardo Azzolini tiene más de 70 años, pero se vuelve de treinta cuando va a Etiopía o cuando quiere convencer a otros de acompañarlo.

Arturo Ballabio, ex campeón de fútbol (ganó el campeonato del mundo con la Selección Italiana Militar), después de diez años de experiencia con menores de edad en dificultad, dirige una casa de acogida en Lombardía, donde recibe a adultos: son personas que han salido de la cárcel, o que se encuentran con detención domiciliaria, como también enfermos de SIDA.

Para ellos abrió una cooperativa, donde con los hijos cuidan viveros, mantienen espacios verdes de los municipios e intentan colocar laboralmente a jóvenes que han perdido la esperanza, que necesitan que alguien crea en ellos. Trabaja también por los países del Tercer Mundo de América Latina.

Los dos, como otros, se sienten orgullosos de pertenecer a la Familia de Don Bosco. «Cuando estaba en dificultad sobre cómo educar a mis hijos, tuve la oportunidad de trabajar por años en una casa de Don Bosco, allí encontré a mi maestro...», ha repetido varias veces Arturo.

También hay laicos que prestan sus servicios en la escuela, en la formación profesional, en los oratorios, en parroquias, en misiones. Son los mismos chicos pobres que, luego de haber recibido la ayuda de los salesianos en los momentos más difíciles, han querido “pagar su deuda”, permaneciendo en varias obras como colaboradores fieles, asiduos y constantes.

La lista es larga, no termina si se piensa en la multitud de laicos comprometidos en las misiones, en los proyectos del VIS -Voluntariado Internacional para el Desarrollo, coordinado por los salesianos- o el VIDES, mantenido por las Hijas de María Auxiliadora: entre ellas hay testimonios de sabor heroico, de santidad, como la de Gigi Galimberti, un “muchacho” de 64 años, ex alumno del oratorio de Treviglio, muerto de infarto el mismo día que le llegaba el pasaje de avión para el Mato Grosso. Volvía a la escuela de Poworeo, donde por más de veinte años había sido profesor de tallado de madera, una elección del voluntariado al servicio de los pobres que había comunicado a tantos jóvenes de su oratorio.

Una intervención calificada es también la que realiza la Comunidad Misiones de Don Bosco (CMB), en actividad desde 1988 en el campo de la educación y de la misión *ad gentes* al estilo salesiano. En 1994 se constituyó como Asociación con sede en Bolonia, donde con la Diócesis dirige dos oratorios en parroquias que no son salesianas, un centro educativo para muchachos en dificultad, a través de un convenio con la municipalidad y está trabajando en acoger a niños de acuerdo con la dinámica de familias de acogida.

En el área misionera mantiene una relación con los salesianos de Madagascar para la misión de Fianrantsoa, donde han abierto una nueva perspectiva para el futuro; junto al oratorio salesiano, que ya está trabajando con 1.600 chicos, el CMB ha elaborado un proyecto para chicos de la calle.

Una primera experiencia, para esta bellísima isla fue la organización del Verano Jóvenes (FY Don Bosco, como dicen en Madagascar), donde chicos y chicas, jóvenes salesianos y voluntarios del CMB han vivido juntos experiencias de juego, de alegría, de serenidad y de oración. El segundo encuentro se ha desarrollado en el barrio de Ankofafa, en la periferia de Fianrantsoa, donde el 80% de las personas no tiene trabajo fijo. Allí, el estilo es el de la acogida, una especie de “familia ampliada” que recibe a los chicos de la calle, quienes allí hallan un punto de encuentro afectivo, seguro y compartido. «Es un compromiso que hemos asumido como familia de laicos cooperadores de la obra educativa de Don Bosco».

Un séquito de laicos trabaja con el padre Alfredo Boldori, en Recife, en un proyecto para niños de la calle del Bongi: permanencia hasta los 14 años (300 asistentes), formación para los más grandes (500 asistentes), oratorio y centro juvenil (200 asistentes), prenoviciado con 20 jóvenes que reflexionan sobre su vocación.

Es interesante la red de contacto que el padre Alfredo desarrolla con las instituciones sociales interesadas en los menores de edad en riesgo y de su rehabilitación, con las familias de origen y con la vida de los barrios, y los contactos con las empresas de trabajo. En esto también los voluntarios aportan desde su cultura (cuando vienen del extranjero, como los del VIS), con su creatividad y generosidad.

La presencia de los laicos nos ha motivado a replantear la experiencia secular, humana y cristiana, como también las situaciones en las cuales se manifiesta: la familia, la profesión, la política. Tales realidades y los valores que le son propios son los contenidos indispensables de la educación, que es nuestro campo de trabajo.

Su calificada madurez les ha llevado a difundir en el territorio la cultura que proponemos: la dignidad de cada persona, la solidaridad, la política que combata los mecanismos potentes de la marginación de los pobres y de los últimos.

Los jóvenes en cárcel

...encarcelado
y han venido
a visitarme
(Mt. 25, 36).

Don Vecchi no me parece satisfecho: volviendo a leer el capítulo, me reclama por qué me he olvidado de los jóvenes encarcelados. Pensaba que no tenía relación con el tema, la cárcel es una institución cerrada, el método de Don Bosco exige un ambiente de “libertad” donde sea posible que los jóvenes respondan libremente a la propuesta libre del salesiano.

En Italia la presencia salesiana estaba limitada hasta hace pocos años a cinco capellanes y a sus asistentes voluntarios. Todos afirman que se puede trabajar en la cárcel y de óptima manera al estilo de Don Bosco. Quien está encerrado desea dialogar, construir relaciones de amistad, vivir la experiencia religiosa para dar algún significado a los años que pasarán inútilmente, sin una conversión de corazón, facilitada frecuentemente por el amor fundado en la fe, con la cual el sacerdote se acerca a ellos.

En la cárcel histórica de Milán, es capellán mayor Don Luigi Melesi, mientras Don Domenico Rica está en aquella cárcel visitada muchas veces por Don Bosco, el Ferrante Aporti, la Generala de un tiempo. En Poggioreale trabaja Don Mengon, llegado a Nápoles después de la experiencia de sacerdote con los migrantes en Alemania. Un voluntario *sui generis* es Dante Dosis, un hermano laico salesiano, que desde hace años da la vuelta por las cárceles de Italia y sigue a los huéspedes de Brescia, llevando el carisma de su bondad y esperanza, de su capacidad de ver “el santo” en cada pecador.

Don Luigi Melesi ha vivido los años más hermosos de Arese, aquellos del florecimiento del Centro de inicial “jaula” para muchachos, como había sido antes, en “casa llena de amigos”, en casa de la esperanza luego, convirtiéndose en “modelo” de tantas otras experiencias salesianas en el mundo. A Don Luigi no le gusta que se hable de su larga actividad en la cárcel, donde ha llevado el aliento de su fantasía y de su arte en comunicar el Evangelio que ha cambiado el corazón incluso de personas muy alejadas de la Iglesia.

En un texto titulado *El laberinto*, algunos brigadistas escriben su dramática aventura de la lucha armada que concluyó con la muerte de Aldo Moro; dicen que al terminar su viaje por la violencia, la única esperanza fue la

sonrisa de un sacerdote. No ha sido difícil ver en esa sonrisa la imagen de “padre” de Don Luigi, sacerdote que creció en la escuela de ese maestro de humanidad que era Don Giuseppe Quadrio, su profesor de teología en Turín, cuya causa de canonización ha sido introducida. «Don Luigi», ponte al servicio y a disposición de todos, feliz únicamente de poder entregarte y de ser útil”.

Don Luigi se puso al servicio con el don de su presencia pero -como salesiano con el recuerdo de Don Bosco- también con el teatro: no el profesional, sino aquél vivido por los mismos huéspedes de San Vittore. Con ellos dramatizó parábolas del Evangelio, los varios encuentros del Señor y los Hechos de los Apóstoles. El día que debía dar inicio al Vía Crucis, nadie quería hacer el papel de Judas, “el traidor”: es un personaje que no tiene buena fama. Traidor es el infame que hace de espía, el delator, es aquél del cual no se puede confiar. La parte de Judas fue interpretada por la hermana de la enfermería.

Don Domenico Rica es conocido como Don Mecu: desde hace 22 años pasa su sacerdocio al interior del Ferrante Aporti. Conoce a fondo la psicología de los jóvenes menores de edad de la cárcel de Turín. Como Don Melisi, tampoco él siente mucha simpatía por los periodistas, al menos por los que no son útiles a nadie, porque crean desconcierto en la gente o peor aún instigan a la cacería del monstruo. Es el sacerdote que no tiene recetas, que no vende consejos, que cree en la educación, en la escucha, en el diálogo, en dar ánimo fraterno en la esperanza.

«A los padres solo deseo decirles que no tengan miedo en volver a asumir su papel, que es de ser un punto de referencia sólido, también personas que saben acoger y estar cerca de los propios hijos con ternura... A los profesores, que sean adultos significativos y no solamente preparados. Al mundo de los oratorios y de los grupos parroquiales, les invito a no ser selectivos, no hay solamente buenos chicos o menores emigrantes, la mayoría son ‘los muchachos grises’, que tienen necesidad de proyectos educativos más ‘normales’». El suyo es un lenguaje simple, pero claro, de Piemontés concreto y sólido.

Dante Dossi es un coadjutor salesiano, lo llaman “Hermano Dante Dosis” y ha visitado todas las cárceles de Italia, donde estaba encerrado un chico de Arse, la casa salesiana donde por 12 años fue enfermero y desde donde fue llamado por su reconocida humanidad y religiosidad.

Dante es asistente carcelario de las cárceles de Brescia, Bérgamo y Verziano, hace parte del Consejo Nacional para el Secretariado de Asistencia para los Encarcelados (SEAC) y ha recibido el premio “Leonardo Murialdo”, entregado antes que a él a Ernesto Olivero y a Don Oreste Benzi, otros dos grandes amigos de los hermanos encarcelados. A pesar de su edad -nació hace 76 años en Viadanica, provincia de Bérgamo- y de sus malas condiciones físicas,

Dante pasa su vida al encuentro de sus amigos de la cárcel, dando conferencias, animando grupos familiares y juveniles, buscando de que se enamoren de su estupenda “profesión”.

Todo esto está Don Bosco, en Don Luigi, en Don Domenico, en Dante Dossi que escribió Mi hermano en la cárcel... Son hermanos, hijos de Dios, pertenecen a nuestra familia, son aquellos que más necesidad tienen de nuestra presencia fraterna.

Nos toca a nosotros sacerdotes y educadores, en familia, en la escuela o en el oratorio, ser la imagen del Padre atento «que no hace esperar en la puerta, sino que va al encuentro del Hijo, no le permite acomplejarse, sino que le hace sentir vivo, en su casa, cuya presencia trae alegría y no molestias e incomodidad; no espera el 27 del mes para darle de comer o para vestirle, sino que manda enseguida a matar el ternero engordado y hace traer los mejores vestidos». Esto es el pensamiento de Don Melesi, del cual me apropio. Tienes que saludarle mucho de mi parte: es un amigo.

Quisiera saludar a todos aquellos que trabajan en las cárceles. La detención no sirve para nada y a nadie si no hay quien ayude a reflexionar, a revisar la propia vida, a reconocer la propia culpa para así poder recomenzar un nuevo camino. También allí con nuestros capellanes funciona el sistema preventivo de Don Bosco, que convierte a las personas en amigos y cuya práctica se funda en las palabras de San Pablo: la caridad es benigna y paciente, sufre todo pero también espera todo y resiste cualquier disturbio...

Contaba Don Luigi Melesi que, colocando a la vista la imagen de Don Bosco, encontró que más de un huésped de la cárcel le reconocía y se conmovía porque le recordaba los tiempos del Oratorio: «Me lo avisaban mis sacerdotes de estar atento, porque era demasiado *barrabás* ¡corría el riesgo de acabar mal!».

La presencia del capellán salesiano es la presencia de la misericordia de Dios, de un experto en humanidad, que busca zurcir relaciones y volver a dar esperanza. Son salesianos que han tomado conciencia de la cruda realidad de la incomodidad social y que podríamos escuchar con gran atención, porque desde el mundo del sufrimiento y de la cárcel llega frecuentemente la verdad sobre el hombre, sobre nuestro modo de vivir y sobre nuestra religiosidad.

En Italia la legislación carcelaria es una de las más avanzadas de Europa y del mundo, aunque no ha sido puesta en práctica. Las cárceles están repletas, llenas de jóvenes y de emigrantes, aún no son ambientes que den espe-

ranza para el futuro; asimismo, la gente de fuera no está dispuesta a acoger a las personas que quieren volver a comenzar.

En otras partes del mundo donde los salesianos están presentes, como en Macao, Hong Kong, Punta Arenas, las cárceles son muy poco humanas. En Madagascar, quien no tiene parientes que le lleve comida o no tiene dinero para pagar, muere de hambre.

Las imágenes que llegan desde varios lugares del mundo muestran revueltas carcelarias continuamente. En otras palabras, donde están detenidos “los rebeldes”, “los políticos”, “los enemigos” las medidas de seguridad son más severas. En celdas diseñadas para cuatro personas, hay diez o doce, las condiciones higiénicas son indescriptibles. Las protestas de los detenidos, las huelgas de hambre, no sirven para nada; son actos de rebelión controlados con disparos, con sustancias químicas incendiarias o con bulldozer.

En las cárceles para condenados a muerte, como en Estados Unidos o China, se lee la desesperación en los ojos, en la mirada, en la tensión de un tiempo que no transcurre: pasan años en que la esperanza de “evitar la muerte” aumenta, por lo que la desilusión final es inmensa.

La violación de los derechos humanos sucede diariamente en las cárceles de todo el mundo sin exclusión. Entre las prisiones más peligrosas está las africanas, donde el Sida está muy difundido e incluso pone en peligro la sobrevivencia de quienes han ingresado sin ser seropositivos. En el Medio Oriente la detención es secreta, ningún contacto con los familiares; en Turquía las condiciones obligaron a más de 100 detenidos a realizar una huelga de hambre y de sed. Mientras más pobre es el país, más duras son las condiciones de los detenidos. Hay niños y jóvenes en prisión, alguno de ellos nació en la cárcel y nunca ha visto el mundo desde fuera de los barrotes.

En su visita a las cárceles, Don Bosco sintió un dolor intenso: «Ver un número grande de jovencitos, desde los 12 hasta los 18 años, todos sanos, robustos, ingeniosos y despiertos; verles allí sin hacer nada, carcomidos por los insectos, en carencia de pan espiritual y material, fue una cosa que me hizo horror.

Lo que más me impresionaba era que muchos, cuando salían estaban decididos a cambiar de vida, mejorar, pero después de poco tiempo volvían allí... Me decía a mí mismo: estos chicos deberían encontrar afuera un amigo que se preocupe de ellos, que los asista, les enseñe, les lleve a la Iglesia en los días festivos. Así entonces no volverían a la cárcel... ¡Es necesario impedir a toda costa que estos chicos tan jóvenes terminen en la cárcel! Quiero ser el salvador de esta juventud».

Don Bosco no cerró el corazón a la voz de la marginación, que reprocha nuestros temores, nuestra huida de la responsabilidad. Son voces que piden referencias morales, significados, educación, esperanza, justicia, solidaridad. El trabajo de prevención en los oratorios y escuelas de las parroquias, de acogida y sostenimiento a los jóvenes que han estado en cárcel, es continuar esa escucha de la que Don Bosco fue capaz.

Igual de importancia es influir en las raíces y causas de la marginalidad, a través de la participación de ex alumnos, colaboradores, de nuestros centros culturales y de nuestras publicaciones.

No es suficiente detener los efectos perversos, el cuidado de quienes se contagian y la preocupación de los sanos. No responde a la prevención una acción únicamente enfocada a responder ante la emergencia o resolver un problema contingente.

No se realiza la prevención si no se pone en funcionamiento un proceso continuo para anticiparnos a las patologías sociales, si no se invierten recursos en el sector social, recursos capaces de convertirse en antídoto y energía para el crecimiento. La intención de intervenir en las causas conduce a practicar la prevención simultáneamente en los individuos y en la sociedad, en las instituciones, en los procesos, en las interacciones humanas dentro de las cuales se producen los fenómenos de la marginación, de la desviación y de las diversidades.

Es claro que se debe influir simultáneamente en tres niveles: sostener a las personas individuales (nivel estrictamente educativo); el de la maduración de la mentalidad social, que intenta formar criterios y representaciones colectivas acertadas de los problemas juveniles, corrigiendo distorsiones y ofreciendo las interpretaciones más objetivos posibles (nivel cultural); el de los instrumentos jurídicos y decisiones políticas, que intentan asegurar a todos, particularmente a los más débiles, condiciones de protección y desarrollo y orientar el ejercicio del poder para el bien común (nivel político).

Los tres niveles se fundan en una acción multilateral en el territorio. Es una perspectiva no muy familiar a nosotros los salesianos, pero también a los creyentes, acostumbrados a una “visión individual” de la educación, capaces de resolver problemas inmediatos y cautos frente al discurso “político”.

Es claro que nosotros preferimos trabajar en la prevención primaria, dirigida a todos los chicos que pueden correr el riesgo de la marginación; ella ofrece la posibilidad de un proceso educativo tranquilo, evita a los jóvenes desperdiciar energía y tiempo para recuperarse de errores graves, que comprometan su cre-

cimiento. Pero las experiencias surgidas en Italia y en el exterior parece que logran superar las objeciones de quienes pensaban que es impracticable el sistema preventivo de Don Bosco con jóvenes y adultos enraizados en la desviación.

Conversando con un ex brigadista, condenado a cadena perpetua y ahora libre después de 23 años de cárcel, me confesaba que los únicos que han confiado en él y en sus compañeros han sido hombres de Iglesia, que han sabido escucharlo, que han visto en él algo positivo, la posibilidad de recomenzar de nuevo, dialogando, razonando, tratándole como hombre y no como “asesino”. Interesante su carta escrita al capellán de la cárcel:

«Estábamos en la cárcel de máxima seguridad. Los seis decidimos morir, una huelga de hambre hasta las últimas consecuencias. La víspera de Navidad, el capellán de la cárcel, Don Salvatore, se presentó donde el director: “Mañana día de Navidad, rehúso celebrar la Misa en una cárcel donde mis amigos se dejan morir...” ¡Hermanos! ¡Nos había llamado hermanos! Suspendemos el ayuno por una dignidad que nos había hecho descubrir. Para él no éramos feroces asesinos, sino ¡“Hermanos”!

Fue un gesto de mucho valor, su efecto en mí fue mayor que cualquier sermón o que una acción de fuerza... Gesto, que me ha sido de ayuda y lo sigue siendo en esta nueva vida de ex brigadista en régimen de semi libertad. En estos últimos diez años pienso que he realizado muchas cosas útiles y no solo para mí: el compromiso en la cárcel para construir puentes de comunicación entre mundos demasiado separados es un testimonio continuo que cada hombre puede cambiar; el trabajo en una cooperativa de solidaridad con adolescentes cuyo futuro cuelga de hilos demasiado frágiles, la familia que busco hacer feliz... Todo esto no habría sido posible sin aquel gesto...» (Franco).

«Estaba con cadena perpetua por haber asesinado a una niña de 9 años, después de haberle violado. Todos le evitaban porque su delito era del tipo que incluso los más “duros” entre nosotros quedaban espeluznados. Había pasado 18 años en prisión, lo peor de la cárcel le daban a él, los trabajos que hacía eran los más humillantes. En Navidad, las niñas de la escuela del pueblo habían escrito “cartas” a todos nosotros, él nunca recibió una carta de nadie. Cuando vio entre sus manos una carta con su nombre se conmovió; se escondió para leerla tranquilamente. Estaba escrito “Yo no sé quién eres. Yo soy una niña de 9 años; cualquier cosa que hayas hecho, ¡en nombre de todas las niñas del mundo te perdono!” Cayó de rodillas llorando, eran las primeras lágrimas después de 18 años» (Alfredo B., ex condenado a cadena perpetua).

Realmente es el triunfo de la esperanza, una pasión por lo que es posible, es el espíritu de Don Bosco, del Evangelio. Esto es válido tanto en la cárcel como fuera de ella; bajo el sol del mundo, la esperanza es la última en morir. Más bien, no muere para quien cree en el Dios de la esperanza, cuya luz brilla incluso en la cárcel más escuálida. Basta pensar que en Francia está por comenzar un proceso de canonización de un condenado a muerte. Un joven de 27 años, Jacques Fesch, que esperando su ejecución -la última que hubo en Francia- se convirtió y dejó páginas estupendas. Fue un salesiano, Don Medica, quien hizo conocer esta historia en Italia. Hay demasiados jóvenes en las cárceles, aquí en Italia como en los países europeos o de fuera de Europa, en la cárcel incluso por motivos políticos o prisioneros de una guerra querida por los adultos más que por ellos mismos. El balance es grave, millones de niños mutilados o asesinados, huérfanos o traumatizados por las consecuencias de la guerra y de la cárcel.

El 7 de octubre de 1997, por iniciativa del cardenal Martini, se trajo al cuerpo de Santa Teresita de Lisieux a la cárcel de San Vittore en Milán. En el saludo inicial, uno de los huéspedes de San Vittore dirigiéndose a la Santa dijo: «Has llegado escoltada como nosotros de una patrulla de la policía... Teresa, no te dejes impresionar de los portones, de los agentes y... no tengas miedo de nosotros los detenidos. No somos como quieren hacernos parecer... Es verdad, no somos santos, pero he leído que para ti somos hermanos, amigos e incluso “hijos”».

La necesidad de afecto, de familia, que trasluce de la oración de Santa Teresa está presente en todos aquellos que pasan el umbral de la cárcel y que luego del ritual de la huella digital, de la fotografía y de ser registrados, entran en la celda.

Si en aquella celda, en esa cárcel, encuentran a alguien dispuesto a escucharlos, a despertar su conciencia, la cárcel tiene un significado y tiene sentido la presencia de sacerdotes capellanes. En varias partes del mundo, los Salesianos están ahí para esto y su presencia siempre ha dado fruto en el tiempo. Invoco solamente cárceles más humanas para todos: es la falta de humanidad que las transforma en jaulas.

En la calle, el drama de quien ha sufrido la violencia sexual

*Quien escandaliza
Incluso a uno solo de estos pequeños,
Sería mejor para él
Que le pongan colgada del cuello
Una rueda de molino
(Mt. 18, 6).*

“Niños explotados, niños golpeados, niños abusados, niños violados, es una letanía de historias que nos deja sin aliento. Es cierto que a veces estos mismos niños se transforman en monstruos de cuchillo feroz, pero las principales responsabilidades quedan con los adultos, quienes no han sabido educar y transmitir sentimientos de respeto y de ternura hacia el otro.

Hay algo monstruoso en una sociedad que ya no sabe comunicar a sus hijos la alegría de vivir, que transforma toda relación humana en un mercado de cuerpos, que empuja hacia un erotismo del consumo, sin normas y atención para el ser humano. ¿Cómo es posible que, en los tiempos de la telemática y del psicoanálisis, logramos expresar tanta brutalidad en contra de los niños? En los países pobres los explotan, los venden, los abandonan. En los países ricos los compran, los abusan, los violan”.

El que escribe de esta manera no es un misionero ni un representante del mundo del voluntariado, sino más bien una intelectual de izquierda, una reconocida feminista: Dacia Maraini, quien comentando en el *Corriere della Sera* del 28 de febrero de 2002, un documental televisivo sobre los chicos de Manila, en las Filipinas, escribe:

“Se trata de un documento terrible que nos enseña cómo tantos niños, crecidos en familias destruidas, terminan por escaparse de la casa. Un padre de rostro joven y gentil dice: ‘Mi hija (de 2 años) se había puesto en la boca algo que no debía. Cogí gasolina, le esparcí fuego, así es como yo educo a mis hijos y nadie puede interferir’. Todo esto mientras se ven las manos delicadas de una doctora que limpia las heridas de la niña, salvada por casualidad de una muerte atroz. Los ojos de la pequeña están desmesuradamente abiertos y estupefactos, no expresan dolor ni apatía.

Los niños que en Manila giran por las calles después de las 22:30 son encarcelados por ley. Pero ¿qué es esta cárcel? Nos la enseñan los dos autores

de la película: celdas decadentes sin servicios, en donde el niño es obligado a quedarse de pie en medio de sus excrementos... En Manila existen 200 mil menores de la calle expuestos a los riesgos de violencia y abusos. ¿Qué se puede hacer por ellos? En Brasil resuelven el problema eliminándolos. Cuando el niño se vuelve un estorbo demasiado grande y molesto, apuntan con la mira y le disparan. ‘Una molestia menos’. En Manila, un cura jesuita que se atrevió a denunciar el tráfico de pedófilos, vive escondido bajo amenazas de muerte...”.

En el umbral de nuestro milenio, en el cual acabamos de entrar, el desierto educativo, al igual que el geográfico, no se ha reducido, todo lo contrario, se ha extendido, a pesar de los varios llamados también de parte de instituciones civiles. Ya es un recuerdo lejano el Año del Niño, que la ONU lanzó hace más de veinte años para llamar la atención de todos hacia los problemas de la infancia.

El mundo se ha convertido en una aldea global: la comunicación en tiempo real ha llevado a nuestra casa los problemas de los jóvenes de todo el mundo. Tenemos que constatar que las posibilidades de educación se han reducido, se han contraído drásticamente y absolutamente en vastas áreas del mundo.

Los conflictos internos, la caída de los servicios, la desastrosa administración y voraz, la degradación social y política, han creado un subdesarrollo progresivo también en los países poderosos como la ex Unión Soviética, en donde el número de los pobres se ha triplicado y en donde desde hace unos años estamos presentes con nuestras obras.

En las sociedades más avanzadas, el número de los excluidos ha aumentado vertiginosamente a causa de la inmigración (ella también en vertiginoso aumento), del empobrecimiento de algunos sectores, de la crisis de la familia, de la desaparición de la solidaridad social, que penaliza a quien no mantiene el paso, los mismos que carecen también de la oferta educativa de la escuela, que no logra contener y ayudar a los chicos y chicas en dificultad.

Algunos de los síntomas de la disgregación moral han explotado: uno de los más graves ciertamente es el de la violencia sexual hacia los menores... Se trata de un mercado sucio, una plaga alucinante, un fenómeno vergonzoso, en el cual los clientes pertenecen a los países ricos y las víctimas a los países pobres. Sin embargo, la pobreza por sí sola no explica todo: existen casos en los cuales los padres, bajo la presión de la civilización del consumo, han vendido al niño por un televisor.

La carpeta que el Rector Mayor me ha entregado es amplia: la explotación sexual de los niños y de los menores ha llegado a niveles impresionantes. El antiguo fenómeno, circunscrito, discreto, encerrado entre las paredes de una casa, se ha convertido en una industria rentable ligada al turismo sexual. Son los países en desarrollo los que sufren mayormente por esta situación.

Algunos estudiosos de este fenómeno remiten los orígenes de la explotación a los soldados americanos que vacacionaban en Tailandia durante la guerra de Vietnam y a su presencia en las bases militares filipinas. Es cierto que el turismo de masa en los países pobres, pero fascinantes desde el punto de vista de las bellezas naturales, amplificó este mercado. Algunos estiman que las niñas y niños sometidos a varias formas de explotación sexual sean por lo menos 2 millones.

Las dimensiones mundiales del fenómeno por fin están generando preocupación en varias instituciones: el mercado es autogestionado por organizaciones mafiosas, por pseudo agencias de tours, que ganan millones de dólares en la organización de viajes y estadías, proveyendo la “materia prima”; la consecuencia del escandaloso mercado es el aumento de las enfermedades venéreas y la destrucción psicofísica de los niños.

Hoy en día, la cultura del cuerpo y de la sexualidad debe ser estudiada y presentada con claridad, por lo cual la sexualidad no es una invención del demonio, sino de Dios, quien ha querido su existencia desde los orígenes como expresión de amor. Nosotros creyentes no debemos temer valorizar la sexualidad. Es compleja: afecta determinantemente el desarrollo de la personalidad, es una riqueza que debe fructificar y no un instinto que eliminar. Es un hecho positivo que hay que relacionar con la madurez, la realización completa, la capacidad de relación, de gozo, de equilibrio interior que sabe superar los complejos, los sentidos de culpa y las inseguridades.

Este es también el pensamiento de la Iglesia, como lo demuestran las catequesis de Juan Pablo II y la vasta literatura moral y espiritual que acompañan su enseñanza. Por otro lado, han caído los controles sociales y a veces aquellos familiares. Existe tolerancia pública y se defiende el derecho a elegir diversamente; más aún, la prensa, la literatura, los espectáculos exaltan la trasgresión y presentan las desviaciones como opciones posibles y consecuencias de condiciones personales.

Es descuidada, cuando no se ignora cualquier dimensión ética, aunque sea solamente humanista, hasta en los programas oficiales ampliamente difundidos. La única preocupación es vivir la sexualidad de manera satisfactoria y sin ries-

gos para la salud física y síquica y se la separa de aquellos componentes que le dan un sentido trascendental y de dignidad humana.

Después, cuando los adultos se dirigen a los niños y niñas, a los menores, el mercado es repugnante, tanto que merece el anatema evangélico: “Quien escandaliza aunque sea a uno solo de estos pequeños que creen en mí, sería mejor por él que tuviera una piedra de moler y que fuera botado al mar!” (Mt. 18, 6).

«La primera vez que descubrí a mi esposo abusando de mi hijo G. de 11 años, creí que era una pesadilla, un mal sueño... La segunda vez, horrorizada, lo denuncié» (La mamá de G.).

«Hasta que mi papá molestaba a mi hermana de 16 años, yo no dije nada, pero cuando empezó con la menor de 9 años, lo denunciamos y la mamá lo sacó de la casa. Vivía en el gallinero, cerca de la casa... Nos amenazaba a menudo con la pistola... Cuando hubo el juicio, mis hermanas y yo tampoco pudimos confirmar las acusaciones: ¡era nuestro padre! Pero en casa, con nosotros, no lo hemos querido más...» (Lori, 14 años).

«Me encontró en la Estación de Milán. ¡Yo me había escapado de la casa! Con el dinero que había logrado coger llegué de Sicilia hasta ahí... Él me ha acogido en su casa: por unos quince días todo estuvo bien, ¡me parecía estar en el paraíso! Después, una noche me amenazó: ‘¿tienes que pagarme estos días de renta y de alojamiento! Si no pagas hago que te pongan en prisión!’. Tenía quince años y tenía miedo de la prisión. Después de pegarme me dijo: ‘Si no tienes dinero puedes pagarme lo mismo...’. Me obligó a prostituirme en su casa. En cuanto pude me escapé, pero ya no me hablen más de hombres. Ya no confío» (Lucía, 15 años).

«A los 10 años ya trabajaba y ganaba bien con mi mamá y mi hermana. Iba al parque y daba su dirección, ¡buscaba clientes! Ahí es donde me agarraron los policías...» (José, 10 años).

«Yo a casa no quiero regresar. Cuando llega un cliente me obligan a dormir en el balcón...Y además, me tocaba a mí cambiar la lencería una, dos, tres veces por noche» (Maximiliano, 14 años).

Quién puede calcular las consecuencias en el corazón de un chico o de una chica de lo que ha sufrido... Se sienten como naranjas exprimidas y botadas. Hay quien se deja utilizar por dinero, pero cuando toman conciencia del desprecio hecho a su cuerpo, la reacción es dura, de una agresividad contra los adultos que llega a desencadenar formas también graves de violencia.

En el mundo occidental, los expertos distinguen entre los abusos a los niños, quienes no pueden consentir, y a los adolescentes, que a veces pueden entender lo que está pasando y pueden consentir. Frecuentemente, alrededor de los hechos existe una cortina de silencio y de amenazas: “¡Pobre de ti si hablas!”. Los mismos interrogatorios, hechos por los padres y los investigadores con el fin de conocer más, aún indispensables se revelan estresantes para los menores, cuando no una ulterior violencia psicológica.

Es un hecho ya acertado y confirmado por los estudios y las estadísticas que los niños que sufren una violencia pierden su estima, tienden a encerrarse en sí mismos, a ser diferentes en la relación con los demás, a asumir comportamientos agresivos o destructivos y escaso interés en la escuela... su relación con la sexualidad está llena de disturbios, así como con su cuerpo que es vivido como algo sucio, dañado. En algunos chicos se presentan estados de ansiedad, tendencia a encerrarse en sí mismos o a ser seductores hacia los adultos.

No es fácil para el adulto intervenir: es equivocado obligarlos a hablar; con ellos se requiere de atención y delicadeza. Si hablan, deben ser elogiados por su valor en hablar. Si los hechos son reales, hay que recurrir al Tribunal de Menores y entablar un camino de ayuda y apoyo, con la ayuda de operadores del sector, pues las violencias sexuales pueden evolucionar hacia formas de síndromes traumáticos con deformaciones del desarrollo psicoafectivo, patologías psicosomáticas del comportamiento sexual, alimentario, provocando graves disturbios de la personalidad. Desde el punto de vista emotivo, son chicos que tienen con sentimientos de miedo, tristeza, culpa, vergüenza.

Es necesario estar atentos también a las falsas denuncias; sin embargo, los datos proporcionados también en Italia por ISTAT y Teléfono Azul revelan que hay un incremento de estas violencias sobre los menores. Desafortunadamente, en el mundo desde hace una decena de años, “el giro” de la explotación de los menores alcanzó proporciones gigantescas. El tráfico es organizado con extrema eficacia y es controlado por organizaciones mafiosas. La prostitución infantil es muy rentable y, paradójicamente, presenta para quienes la manejan riesgos menores que el tráfico de droga.

Las estimaciones del ECPAT (Asociación internacional presente también en Italia en contra de la explotación de menores como una nueva forma de esclavitud), de UNICEF, de la OIT, de ONGs locales, hablan de un negocio de 5 mil millones de dólares al año, de los cuales, por añadidura, a los chicos y chicas solo les llega una mínima parte.

Este fenómeno involucra sobre todo a varias regiones de Asia, África y América Latina. En particular en el área de sureste, la relación siempre más es-

trecha entre la industria turística y el mercado del sexo involucra a miles de niñas menores de 12 años, con una difusión del Sida que llega al 70% de las pequeñas prostitutas. Las autoridades de estos países están convencidas que ello favorece el ingreso de divisas y reduce el déficit de la balanza de pagos.

Se trata de una forma preocupante de esclavitud contra la cual se están moviendo las iglesias, las ONGs, las personas de buena voluntad, preocupadas del futuro de estos menores, chicos y chicas vendidas al *sex-turism* (para mayor información se puede consultar *¿Esclavos o niños?*, libro-documento de Ron O'Grady editado por el grupo Abele de Turín).

También la Organización Mundial del Turismo (OMT) ha lanzado una campaña mundial en contra de la prostitución infantil ligada al turismo. Durante la campaña la ECPAT en Manila ha anunciado 7 puntos para un turismo responsable:

- * Respetar la cultura de la nación huésped.
- * Operar en armonía con el ambiente.
- * Defender los derechos de los niños.
- * Respetar en igual medida a todas las personas, independientemente del sexo, la raza, las discapacidades físicas, la religión, la edad.
- * Adoptar una actitud que no humille a las personas ni dañe al ambiente.
- * Hacer que las ganancias económicas que provienen de la industria del turismo lleguen a todos los sectores de la sociedad, en particular a los pobres y desaventajados.
- * Promover los valores positivos de la paz y la justicia, la armonía y la comprensión entre los pueblos.

Es interesante la sugerencia que Patricia Toia, ex subsecretaria de Asuntos Exteriores, propone para contrarrestar el fenómeno: es necesario combatir la doble moral existente en los países desarrollados, por la cual algunos delitos son vetados “en casa” y permitidos en los países pobres.

La lucha en contra del turismo sexual hacia los niños, involucra mayoritariamente a los países desarrollados porque “la demanda” proviene en gran medida de los países del mundo occidental. “Ninguna sociedad moderna -escribe Martín Schultz, diputado europeo alemán- puede guardar su dignidad si se demuestra incapaz de tutelar a sus niños de semejantes crímenes. La explotación sexual de los menores se ha convertido en un flagelo a escala mundial, que no puede ser combatido con éxito sin la intervención de la Unión Europea y sin priorizar a la prevención”.

En el sector de la represión penal, en la comunicación de la ‘Comisión sobre la lucha al turismo sexual que involucra a la infancia’, presentada por el mismo diputado, se indicaban las siguientes medidas: crear un banco de datos con informaciones sobre quienes cometen abusos sexuales contra menores; introducir la obligación, para los pedófilos, de someterse a terapia con el fin de prevenir una recaída; sancionar penalmente la producción, la venta, el intercambio y la posesión a fines personales de materiales pornográficos con niños; detener a los operadores turísticos que promueven turismo sexual; aprobar una cláusula de extra-territorialidad válida a escala mundial para llegar, por ejemplo en Italia, a aquellos ciudadanos italianos que en el exterior cometen delitos contra niños; secuestrar las utilidades producidas por delitos relacionados con el comercio de menores.

Entrevistado sobre los abusos sexuales por Carlo Di Cicco, don Vecchi afirma:

En el plan educativo, aun un solo caso de abuso sexual sobre un millón hacia un menor es de una gravedad inusitada por los daños que comporta. Con el amor se toca el sentido de la vida, de la persona, la felicidad misma. Cuando la sexualidad es desligada del amor, cuando la libertad es exasperada, cuando la ignorancia se liga a la violencia, entonces el amor es pisoteado, la misma persona humana es brutalizada.

Esto es más grave aún si los involucrados son menores: en ellos se apaga el amor; los traumas que sufren en edad joven, hasta en la infancia, dejan consecuencias por toda la vida.

La violencia sobre los menores y las mujeres, particularmente odiosa cuando es perpetrada en grupo, es una avanzada de una incomodidad social no causada solamente por la pobreza material, mas por una violencia y agresividad difundidas también a través de los medios masivos de comunicación. Ciertas imágenes influyen a menudo de manera incontrolable en sujetos débiles y perturbados.

La preocupación del padre Vecchi es que los educadores sean solidarios con los chicos y las chicas en su fatiga de crecer. No es fácil guiar a alguien hacia la madurez, sobre todo en el campo afectivo, en el cual a menudo el obstáculo más grave para el chico o la chica viene de una infancia sin afectos, sin las memorias de la presencia de amor de los padres.

«No sé qué es el amor: es como una escalera de la que nunca subí la primera grada. Siempre lo he buscado en una familia, pero nunca lo he encontrado», escribía en la cárcel un chico de 19 años.

Esta comunicación de amor se da ya en el vientre materno, cuando la madre espera el nacimiento de un hijo con la alegría de quien sabe que es un don de Dios, fruto del amor por su marido. Ya en el vientre materno, el niño o la niña sienten el rechazo, porque es inesperado, porque se ha generado por accidente, entonces se sienten como un peso, una cadena. A este propósito es interesante lo que escribe Rigoberta Menchú, Guatemalteca Premio Nobel de la Paz. En su pueblo indígena, el cumpleaños de un niño no se considera el día en que nace, sino nueve meses antes, cuando es concebido.

La liturgia misma recuerda el 25 de marzo como el día de la Anunciación y del concebimiento de Jesús, y su nacimiento el 25 de diciembre, nueve meses después, en los cuales María, madre ansiosa, lo ha esperado con la alegría de quien ha sido escogida por el Padre, pero también con la preocupación de hacer partícipe del gran Evento al “justo” José, quien la acogerá en su casa y será la sombra del Padre, después de haber probado el sufrimiento y la duda.

Es a través del lenguaje del cuerpo que el niño o la niña reciben el primer mensaje de amor: “¡Estoy contento que existes!”. Los besos, las caricias, los baños perfumados, las miles atenciones son signos que hacen sentir “vivo” al niño y la niña. Son los años de las “no memorias”, que nadie recuerda y que son como los cimientos de una casa: nadie las ve pero si no los hubiesen, la casa no quedaría de pie. Los niños abandonados tienen retrasos para aprender a caminar, a hablar: aunque parezcan no entender, ya en tierna edad perciben la violencia del abandono.

El hombre no solamente tiene un cuerpo, sino que es un cuerpo capaz de expresar lo que su espíritu siente y quiere comunicar: el amor y la alegría, la ansiedad y la rabia, la atención para el otro o el interés exclusivo por sí mismo.

El cuerpo es la tarjeta de presentación que cada quien presenta al otro: a través del cuerpo puede expresar el máximo de la violencia: matar a un enemigo, hasta violar su cuerpo, como se ha dado en varios genocidios que han ensangrentado el siglo pasado. El odio ha inventado hasta la manera de hacer cenizas las almas en los campos de concentración de Auschwitz, de Dachau. El cuerpo que expresa amor, que puede generar una vida, es un cuerpo que a menudo es violado por el adulto incapaz de amar.

Lo hace de mil maneras; piénsese en la difusión de la pornografía infantil: represada por las leyes penales en Europa, ha encontrado terreno fértil en la Asia, el mercado más floreciente es el Japón. La Internet ha sustituido las guías especializadas que ilustraban la “movida vida nocturna” de Bangkok o Manila, invadiendo los hogares en todas partes del mundo.

La marginación y la incomodidad juvenil hoy son más conocidas y seguidas con mayor atención, sus manifestaciones son mejor comprendidas y se presta más atención a sus causas. A la difusión de tal conocimiento han contribuido la costumbre de la planificación, que siempre implica una mirada a la realidad, la divulgación de las investigaciones científicas... personalmente estoy siempre más convencido de que “ternura, razón y religión” todavía ganan, que el estilo de don Bosco, eliminando las barreras de la difidencia, ayuda a superar los prejuicios y también a encontrar soluciones al grave problema de la violencia sexual.

Una vez identificadas las causas, es necesario intervenir sobre ellas sin descuidar la asistencia inmediata, pues a veces estas causas son macroscópicas y requieren de intervenciones legislativas, de una justicia que funcione, de una economía atenta a los problemas de los pueblos en desarrollo, de una cultura ética que parece hoy en día tan ausente en el mundo de los adultos.

Hoy es importante “prevenir” y la forma más eficaz de prevención es la educación concebida como ayuda para llevar a la superficie los recursos escondidos, para hacer emerger los rasgos que parecen borrados, hasta llevar a los jóvenes a un nivel satisfactorio de compromiso personal para su propio crecimiento. La educación es la carta fundamental para prevenir la incomodidad juvenil y superarla... En la educación afloran algunas urgencias: dar un sentido a la vida, formar conciencia, inculcar solidaridad.

En línea con estas indicaciones, en los últimos años se ha multiplicado a nivel de la familia salesiana el número complejo de las iniciativas en favor de los menores. Algunas ofrecen un nuevo modelo de intervención; otras siguen la tradición salesiana: oratorios, escuelas de formación profesional, lugares de acogida.

La re-educación consiste ciertamente en un retorno de los chicos a la escuela, a una modalidad de socialización más conforme con su edad: se trata de un paso no fácil de realizar en cuanto son niños acostumbrados a obedecer incondicionalmente a sus explotadores, están mal predisuestos a otras formas de disciplina -como la escolar- que consideran injustificada. Esta consiste en educar a las familias, que con demasiada frecuencia utilizan a los chicos para enfrentar sus graves problemas económicos.

Mientras que en Estados Unidos y Europa la batalla en contra del trabajo de menores ha sido ganada, excepto en algunos nichos en donde la economía es todavía débil, en los países en desarrollo todavía se está en plena batalla, con sus dramas, inclusive el de la violencia sexual. Más que la pobreza,

la miseria alimenta estos mercados de niños y niñas esclavos, que crecen sin sueños ni esperanza en el futuro.

No existe solamente la pobreza y la miseria de tipo económico; existe también una miseria “moral”, el pecado. ¡Existe un desequilibrio entre la libertad y el sentido ético! La ofuscación de la perspectiva trascendental y la escasa referencia a los fundamentos de la verdad empujan a obrar las propias elecciones según parámetros personales.

La formación de una conciencia es el corazón de la educación. ¿Cuál conciencia sin referencia a los valores, a Dios pero también al pecado, que aleja de los valores y de Dios? Por más que no se hable o se intente de eliminar hasta la palabra, el pecado esteriliza el amor verdadero.

La inmadurez afectiva, el egoísmo de los adultos, el principio del placer, de la libertad desvinculada de las normas, están en la raíz de las relaciones sexuales que se han dado antes de los 12 años. Los datos de la Universidad La Sapienza de Roma dicen que en Italia los chicos que han sufrido esta triste experiencia son el 4%.

Don Vecchi saca del cajón de su escritorio una carpeta con una veintena de páginas escritas en inglés. Llegan de la Delegación provincial de Sri Lanka, de la casa llamada “Don Bosco Sevana”. Me las entrega para que yo pueda escribir abundantemente sobre ellas.

En Sri Lanka los salesianos están presentes en un proyecto que involucra a chicos que han sufrido violencia sexual. La guerra y el terrorismo han botado a los menores en la calle, exponiéndolos a varios riesgos. Los salesianos de Don Bosco Negombo han dado vida a una iniciativa que puede ser replicada en otros lugares.

Quien escribe es el padre Chrys Saldana; la experiencia ha sido llevada adelante en el Centro Técnico Don Bosco (DBTC) cuyo director es el padre Anthony H. Pinto.

Los riesgos más graves para los jóvenes singaleses son la guerra, el terrorismo, la violencia sexual, la droga y otras formas de reatos como el robo y la violencia. A los chicos se le da la posibilidad de atender la escuela, pero la mayoría de los estudiantes -los más pobres- engrosarán las filas de los drop-out³, pues los profesores no se preocupan de enseñar, destinando el compromiso mayor para después de las horas de clases. Naturalmente este tiempo extraescolar no es gratuito, pues requiere de recursos económicos: los profesores mismos lo organizan para redondear su salario.

El país, dividido por la guerra civil, tiene en el turismo la fuente principal de sus ingresos: Sri Lanka, la antigua Ceylan, es “la perla del Océano Índico”; desde siempre su mar, sus playas, su clima, su naturaleza lujuriente han constituido una atracción para los extranjeros quienes llegan en número siempre mayor, además porque las mismas agencias turísticas garantizan a los turistas la posibilidad de encuentros sexuales con chicos menores de edad.

En 1997 llegaron a la isla 366.165 turistas, las estructuras hoteleras disponibles son 158 por un total de 12.379 habitaciones. El viajero se queda un promedio de 10 días. Algunas agencias de viaje y revistas del sector han ilustrado a Sri Lanka como al paraíso de las actividades de pedofilia; la BBC en uno de sus servicios anunciaba que uno de cinco extranjeros que entran al país busca la ocasión de satisfacer su placer personal.

Desde el punto de vista religioso, en la isla los budistas representan el 69.3%; los hindúes, el 15.5%; los cristianos y los católicos, el 7.6%; y, los musulmanes, el 7.5%. Negombo, el lugar en donde residen los salesianos, se encuentra en la capital del país, Colombo, y es uno de los lugares más hermosos del Sri Lanka, con la mayor concentración de católicos que viven de la pesca y del comercio del mar. Pero es también la ciudad del turismo sexual, al que la Diócesis ha intentado poner fin con un plan de intervención. El resultado de un cuestionario entregado a 200 familias pobres señala que el 44% de las familias ha recibido una visita de turistas extranjeros, el 38.5% de los chicos han sido abordados por ellos y han recibido un regalo y el 80% han recibido dinero. Los familiares, contentos de estas visitas, no hacen nada para defender a sus niños: representan una fuente de ingreso, dinero que entra en casa sin fatiga alguna. Quien paga el precio son los hijos, quienes se prostituyen.

¿Cómo entran en este mundo? Algunos chicos lo hacen voluntariamente: frecuentan las playas, los hoteles con piscina y otros lugares turísticos con la intención de seducir a los turistas y así ganar dinero. Contrariamente a las chicas, estos mismos chicos están dispuestos a involucrar en este círculo a sus coetáneos, hasta un número de 10. Otros, en cambio, son atraídos por los mismos pedófilos, aún sin darse cuenta. Otros más son obligados por los parientes o exigidos con la fuerza o reclutados específicamente por hermanos y amigos, que logran ganar también de aquellos turistas quienes se contentan de presenciar “de incógnito” los juegos sexuales.

¿Cuántos son los chicos que se prostituyen? Según el Departamento de salud son alrededor de quince mil, mientras que la Universidad de Colombo indicaba una cifra de treinta mil. Ciertamente el número es mayor y se ha ido incrementando en los últimos años.

Frente a este problema, la reacción de la Iglesia Católica y del Gobierno ha sido distinta. Los sacerdotes diocesanos y los salesianos han lanzado una campaña en contra del turismo sexual: desde los púlpitos de las iglesias se ha sensibilizado a la comunidad católica, para que se concientizara acerca de los daños físicos y morales que enfrentan los menores explotados de esta vergonzosa manera de ganarse un dinero.

Se han organizado marchas de protestas y campañas a través de murales en singalés, dirigidos a los padres y a los adultos en general, y en inglés para los turistas. No han faltado contrastes violentos con los dueños de los hoteles, alarmados por la posibilidad de una disminución de clientes. Los resultados han superado las expectativas, al punto que la gente paraba en la calle y castigaba a estos “raros” turistas en busca de fuertes emociones. El Gobierno, en cambio, no ha aceptado esta campaña, ya que desanimaba al turismo con una consiguiente disminución de la entrada de divisas. El mismo Presidente de la República y el Ministro del Turismo se han dirigido al Obispo de Colombo, prometiendo la intervención gubernamental acerca del problema. Los sacerdotes diocesanos han sido inmediatamente trasladados y recibieron un llamado de atención para que sean más prudentes.

Se ha nombrado una *task force* que incluye a miembros de la Iglesia, de la Policía, administradores del Gobierno en el sector de la educación, de la salud y del turismo, la cual se ha subdividido en tres comités: leyes y órdenes, educación y rehabilitación. En un primer *raid* demostrativo y sorpresivo ha encarcelado a 70 chicos de edad inferior a los 16 años, quienes se encontraban en las playas y eran culpados sospechosamente de actividades sexuales. No han faltado intervenciones hacia los enfermos de Sida, pero con el paso de los meses lo que ha quedado de pie es solamente la obra de rehabilitación, a cargo de los salesianos de Negombo.

Las fases de la intervención son paulatinas. En la aldea llamada Katana, a 12 km de Negombo, surge “el Campo”. Los chicos acogidos para que sean atendidos por el programa tienen todos una edad inferior a los 16 años, siendo casi imposible trabajar con los demás quienes encuentran cómodo vivir de la prostitución, ya que las ventajas inmediatas son muchas: dinero, regalos, habitaciones de hotel. Los resultados de estas intervenciones han sido limitados: solamente el 15% ha terminado el proceso de rehabilitación. Las estaciones de rehabilitación han empezado desde 1996.

Se establece contacto con los psicólogos y los trabajadores sociales, ayudados por voluntarios adecuadamente preparados. Se acercan a los chicos en las playas o en las casas, con la finalidad de suscitar nuevas expectativas para una vida diversa. No es fácil comunicarse con ellos, los mismos familiares se

oponen y no confían. A veces interviene un “mediador”, con todo el interés de obstaculizar o interrumpir el contacto.

Al terminar la primera fase, el chico es enviado al Campus: se trata de una gran comunidad en la cual conviven grupos diversos con programas específicos de recuperación. Las actividades ofrecidas consisten de juegos y deporte que le ayudan a construir una imagen positiva de sí. No faltan los espectáculos, los entretenimientos y los paseos, la educación al sentido de las reglas, las normas, buscando la manera de despertar el interés por el estudio, en un ambiente de gran confianza. Hay cursos de alfabetización y, en el caso de que el chico desee ir a la escuela, se transfiere a Negombo.

Llegamos así a la tercera fase, la de Negombo donde se acoge a un centenar de chicos: aquí el niño acude a la escuela con un horario preciso, de 07:30 a las 14:00; puede hablar con un psicólogo, un psicoterapeuta o un consejero, a quienes puede encontrar todos los días. Mantiene actividades de juego, de entretenimiento y paseos, en un camino que le ayuda a descubrir cuál es su proyecto de vida y la posibilidad de seguir con sus estudios.

Quien ha sufrido una violencia está herido en el corazón y en la mente, a menudo en el físico también. Se crean vacíos profundos que solamente puede ser llenado a través de la relación cordial con un educador calificado y preparado o con adultos verdaderamente interesados en el bienestar del chico. La presencia de un director espiritual puede ayudar a remover los sentidos de culpa y a reencontrar la alegría de empezar una vida nueva, más exigente ciertamente que la vida vivida en las playas, con dinero que permite no trabajar y una vida cómoda, mejor que la de tantos coetáneos, que estudian o viven como pescadores. A menudo los chicos son confundidos, inciertos en la evaluación de sus vidas, cerrados, listos para volver a empezar las experiencias anteriores, y llevándose consigo también a compañeros que habían aceptado con buen ánimo el proyecto de rehabilitación.

La duración varía con la edad, con el número de años vividos en las playas o en las casas de prostitución, con la capacidad de reexaminarse a sí mismo, con la voluntad de reconstruir la propia identidad, con el valor de salir del giro y ganar sobre las voces sugestivas que impiden avanzar y tientan hacia una vida cómoda y la fascinación del dinero.

Los problemas encontrados durante la rehabilitación no han sido pocos; hay chicos que después de un breve período de permanencia o unos meses abandonan el proyecto y, fugándose, se llevan a compañeros más débiles o con mayores dificultades en enfrentar las fatigas del estudio y del cambio de mentalidad: de la ganancia fácil, vendiéndose, a la del compromiso del trabajo cotidiano. A veces son los parientes mismos quienes aconsejan la fuga y el

regreso a la vida de las ganancias fáciles. En algunos casos han llegado a denunciar al propio educador para chantajearle o para tener una coartada que justifique su retiro del proyecto.

El acompañamiento del supervisor del proyecto es muy importante, es decir de quien ayude a tomar conciencia del uso y abuso que se hace del propio cuerpo; así como del psicólogo y psicoterapeuta, porque las heridas de quien ha sido víctima del mercado del sexo son muy profundas; su identidad y autoestima, escasas.

Para prevenir la grave incomodidad es fundamental ganarle a la ignorancia de los parientes y de los chicos, aclarando la gravedad de su posición. En Negombo el teatro es un apoyo muy válido para derribar la ignorancia y entender las dimensiones del problema, a través de las formas musicales o del psicodrama. Las canciones denuncian los engaños de los pedófilos y de quienes buscan a las “víctimas”, los peligros relacionados con la enfermedad del Sida ponen a la luz el valor de la pureza.

No es suficiente la instrucción, son necesarias también las iniciativas que consideren a los chicos como protagonistas en el juego, en el deporte, en los paseos que rompen con la monotonía de la semana. La presencia de los educadores y acompañantes atentos y sensibles es una garantía de eficacia de las varias iniciativas y mantiene alejados a quienes quieren atentar contra la libre elección de los chicos menores de edad.

Evaluando el trabajo de Negombo en los últimos 7 años, no se puede más que sentir satisfacción: 736 chicos han llevado la rehabilitación a su buen término y con éxito; 66.304 son los que han sido contactados en las calles una o más veces a través de entrevistas, seminarios, actividades culturales y de prevención, a través del juego y el deporte; 100 son los chicos acogidos en el hospital; 600 los inscritos y quienes atienden la escuela de apoyo. Numerosísimos los encuentros organizados para las familias o en las escuelas para ilustrar la situación y los riesgos del Sida.

Estoy especialmente contento de cuánto y de cómo están obrando mis hermanos de Negombo: tienen calidad profesional y educativa en un campo absolutamente delicado como el de los chicos heridos en la intimidad de sus personalidades. Entre “los jóvenes pobres y abandonados” que debemos preferir, están ellos también.

No podemos alejarnos de los jóvenes pobres: del encuentro con ellos ha nacido nuestra pedagogía, con sus contenidos característicos de y con la figura del educador que es amigo y padre. De la experiencia de Negombo él resulta fundamental en la educación a los sentimientos y en la educación al amor. En el

amor está la brújula de la vida. “Ama y haz lo que quieras”, dice San Agustín, un programa educativo simple solo en apariencia.

Educar a la sexualidad para educar al amor se convierte, entonces, en una exigencia fundamental: los primeros maestros son los padres, a su lado los educadores. Se trata de un discurso universal que encuentra obstáculos más o menos graves en el contexto social. La sexualidad no es una invención del demonio, pertenece a la sacralidad de la Creación: Dios está al origen de la vida; Él, quien ha querido al hombre y a la mujer, con su sexualidad original, que

comprende una constelación de manifestaciones específicas: el justo sentido del cuerpo, la relación, la imagen de sí y de los otros, el dominio y la orientación del placer, los valores como el amor, la amistad, la entrega madura y se expresa en el contexto de toda la persona y nunca como una función separada: de hecho interactúa con todos los aspectos de la personalidad.

Desafortunadamente, hoy los jóvenes están forzosamente insertados en campos de alta tensión emocional: medios de comunicación, grupos de amigos, discotecas, cultura, ambiente. Esto requiere un surplus de empeño para educar al corazón, enseñando sobriedad y regularidad, control y orientación de los deseos, reflexión permanente sobre las propias elecciones y las actitudes afectivas, capacidad fuerte y serena de espera. La persona se realiza en la experiencia del amor.

“Los jóvenes -escribe Don Melesi- se encuentran bien en donde se sienten amados, entre personas que pueden amar, junto con gente que mira con entusiasmo hacia delante y que no mata la esperanza en la vida con pesimismo obsesivos, con miedo injustificados, tristezas seniles, o que vive de recuerdos vacíos o de comparaciones aburridas”. Los chicos necesitan sentirse útiles en la comunidad, estar en la condición de dar y no solamente de pedir o exigir.

«Entendí lo que es el amor la tercera vez que entré en el hospital para tratarme de una sobredosis y dos intentos de suicidio. El médico, quien conocía mi caso, después del usual lavado gástrico, no me hizo los consabidos sermones, me puso en la habitación con un chico espástico que no podía hacer ningún movimiento. Si esta noche tiene sed, dale de tomar... Durante la noche me llamó a que le dé agua fresca. Gracias, me dice con una sonrisa. ¡Nadie nunca me había sonreído así! Me quedé con él unos quince días y entendí: Dios no permitió que me muriera porque mi vida era útil para alguien» (Turi, 26 años).

Ser útil para alguien, la vida como don: éste es el arte de amar aprendido en la cotidianidad. Don Bosco la conocía bien y tantos jóvenes, criados en su escuela, se han convertido en excelentes padres de familia y también en buenos sacerdotes.

Quisiera cerrar esta página sufrida y triste acerca de los abusos sexuales hacia los menores, recordando las palabras de Juan Pablo II a los representantes del ECPAT, la asociación que desde hace años lucha en contra del turismo sexual. La lucha es llevada adelante por cristianos y no cristianos “con el objetivo no solamente de combatir este crimen horrendo, sino sobre todo de defender a aquellos quienes son víctimas de él”.

El Papa ha solicitado el apoyo convencido y concreto de la comunidad internacional y de los gobiernos individuales, de los políticos y de los operadores sociales, de los organismos privados y de la sociedad civil entera: “Frente al grito de dolor de millones de inocentes, pisoteados en su dignidad y de futuro robados, nadie puede quedar indiferente y no asumir sus responsabilidades”.

El Papa identifica una de las causas “en la visión hedonista de los países ricos que puede llegar a destruir la conciencia moral, justificando cualquier medio capaz de producir placer” y en su discurso del 16 de diciembre de 1999 a los embajadores en el Vaticano, representantes de todos los continentes, añade con fuerza que “no se puede tolerar que niños y jóvenes sean objeto de comercios corruptos, que sean usados para satisfacer a unos adultos sin moral o para alimentar redes ilegales de adopción y de donación de órganos”. Reiteró la misma denuncia el 2 de enero del 2000 en su mensaje a los niños.

Es cierto que frente a la conciencia, frente a los menores, frente a Dios, la responsabilidad de quien recluta y trafica, de quien administra casas y hoteles, de quien consume y de quien justifica o amplifica a través de la propaganda, es muy grave. Y no hay que refugiarse en la ineluctabilidad del fenómeno: así es y así será siempre. Yo amo pensar que si así fue, en el futuro las cosas pueden cambiar, inclusive porque un amor comprado no responde a la necesidad, presente en el corazón de toda persona, de ser amado y de amar.

No olvidemos a la mujer: ella está en el corazón de la creación

La mujer es amor o no es mujer
(León Bloy).

Don Bosco no ha descuidado la cuestión femenina, la mujer: no solamente por su devoción filial a la Madre de Dios, devoción tierna y sencilla, parte constitutiva de su religiosidad, sino porque él mismo reconocía que su método educativo había nacido del corazón de una mujer, mamá Margarita. «La educación es asunto del corazón», una de las frases más citadas de Don Bosco, es un convencimiento nacido y crecido en su vida en la casa, en su familia, que tenía las características de las familias en dificultades típicas de la periferia de una gran ciudad o de los campos abandonados de tantas regiones del Sur: mamá viuda, con la abuela anciana en la casa, el hijo Antonio nacido del primer matrimonio de su marido, los hijos suyos Juan y Francisco, una pobreza que rayaba la miseria, hasta el punto de que en un día tuvo que vender la vaquita, precioso recurso para una familia campesina, para seguir adelante y dar de comer a todos.

En los primeros años del oratorio su mamá estuvo a su lado aconsejando oportunamente e impregnando la Casa de Don Bosco de ese clima familiar que necesitaban los muchachos acogidos en Valdocco: los oratorios, los centros juveniles, las escuelas, para Don Bosco deberán tener siempre la característica de familias.

Don Bosco pensó también en la educación de la mujer: del encuentro con Sta. María Dominga Mazzarello nació la Congregación de las Hijas de María Auxiliadora, que se dedicarán con espíritu salesiano al sector femenino. Entre salesianos y salesianas existen vínculos de comunión, de servicio y la colaboración que han dado frutos abundantes en todo el mundo, donde están presentes dos institutos.

“El ambiente cultural de los dos santos –escribía Don Egidio Viganó– es el típico de los sencillos, pobres y trabajadores campesinos piamonteses; los dos, Juan y María Dominga, cada uno a su manera, tienen un temperamento fuerte y realista, con una gran capacidad de iniciativa, capaz de influenciar a los demás y arrastrarlos; una intuición penetrante y un juicio equilibrado y seguro, un fuerte sentido de la trascendencia que se expresa en la acción. Am-

bos han asimilado las concretas virtudes populares de la gente campesina, llena de una sabiduría cristiana, madurada entre el azadón y el martillo, como si aquel patrimonio necesitara ser salvado para ser transmitido más allá del final de una época”.

En los dos brilla el amor educativo que privilegia a los jóvenes en su condición de pobreza y de abandono, en la riqueza de sus dones: Son la última palabra de la creación, la esperanza de la Iglesia y de la sociedad humana. También para madre Dominga Mazzarello la preventividad es una modalidad esencial de la educación.

“Los principios humanos y cristianos en los cuales se fundamenta la sabiduría educadora de Don Bosco llevan en su interior valores que no envejecen... porque ese incomparable ejemplo de humanismo pedagógico cristiano... hunde sus raíces en el Evangelio”. Así se había expresado el Papa Paulo VI en un discurso pronunciado en la Universidad Salesiana de Roma, al aludir a los valores permanentes del sistema preventivo de Don Bosco: la razón, la religión, la amabilidad...

Y hoy, la Congregación de las Hijas de María Auxiliadora tienen por delante una tarea muy importante en la educación de la mujer: hay formas de analfabetismo que sobreviven aún en amplias zonas del planeta, formas de machismo imperante que no reconocen la dignidad de la mujer sino que –esto hay que denunciarlo públicamente en voz alta- son un signo de la deformación de su función al lado del hombre.

Hoy, las Hijas de María Auxiliadora son casi 17.000: ellas estudian como siempre con mayor profundidad qué es ser mujer, su identidad y su misión en el mundo. En efecto, la valorización de la mujer representa un punto de observación particularmente importante para evaluar las cualidades morales y espirituales de una sociedad.

¿Qué decir, además, de una sociedad en la cual la mujer no tiene libertad, es esclava del hombre, de sus pasiones, obligada al trabajo más humilde, considerada más “objeto” de producción que persona con iguales derechos que el hombre?

Existe una categoría de mujeres que en su vida jamás conocieron un amor verdadero: traicionadas, defraudadas, buscadas por su cuerpo, pero nunca amadas en la profundidad del corazón, con ese amor que da futuro, esperanza; mujeres que no se aprecian a sí mismas, sin autoestima, porque no son queridas. Si no tuvieran la seguridad de que Jesús vino para comprender y perdo-

nar, para salvar también “las más desesperadas”, obligadas a una vida en la calle, en una casa donde se venden y son vendidas, ¿qué sería de ellas?

Vuelvo a leer a Don Vecchi una página hermosísima del *Proceso a Jesús* de Diego Fabbri, en la que una de estas mujeres “perdidas” toma la defensa del Inocente: no quiere que lo condenen. “Hay siempre un momento en nuestra vida en el que queda solo él para defendernos, para ponerse de nuestro lado, exactamente cuando nadie nos defiende y la vida entera nos escupe. ¿Cómo podríamos seguir viviendo sin un hilo de esperanza en la bondad de la gente, sí Él también, hablo de Cristo, fuera condenado? No quiero que lo condenen – ni siquiera de broma, aquí esta noche, en el teatro- no lo intenten siquiera. Yo digo que no, que no, que no”.

Don Vecchi pone delante de mis ojos otras carpetas: éstas también contienen sus sufrimientos frente a las nuevas y antiguas pobrezas, su deseo de que alguien se ocupe de estas pobrezas que atenazan a miles, millones de personas en el mundo.

“La mujer es amor o no es mujer”, escribe León Bloy: las mujeres que sufren violencia no se sienten siquiera “personas”.

El tráfico de seres humanos, en especial de la mujer, es una forma de esclavitud que no debería existir ya, o por lo menos ser mucho más limitada al comenzar el Tercer Milenio, pero las estadísticas son alucinantes: en Europa son por lo menos 500.000 las mujeres empujadas y violentadas por la prostitución; en Italia más de 50.000 las mujeres y niñas a la deriva, explotadas y engañadas. Una de tres prostitutas italianas son menores de edad. “Es preciso oponerse con vigor a toda práctica que ofenda a la mujer en su libertad y feminidad, al llamado turismo sexual, a la compra-venta de muchachas, a la esterilización masiva, a toda forma de violencia hacia el otro sexo”. Así intervino Juan Pablo II el 25 de noviembre de 1999 en su discurso sobre el compromiso a favor de la promoción de la mujer.

La denuncia tiene autoridad, tanto más que las estadísticas han sido sacadas de una relación del Parlamento italiano, publicada en febrero del 2001. Las cifras en el mundo son espantosas: se habla de un tráfico que va de cinco a ocho millones de euros, según los cálculos del Interpol. Cada esclava rinde de 120 a 150 mil dólares cada año. Un reportaje de la UNICEF del año 2000 sobre la condición femenina en el mundo da razón de una horrible escalada: esclavitud, violencias físicas y torturas psicológicas, humillaciones, estupro.

Se trata de 60 mil millones de mujeres que no aparecen en los datos de la ONU, desaparecidas de las estadísticas de la población mundial, matadas a

los pocos meses, subalimentadas a favor de los varones, privadas de los cuidados básicos. En China, el 12% de los niños no nacerá nunca, mientras que la India es uno de los países más despiadados en lo que a infanticidio se refiere: 10.000 casos de muchachitas asesinadas cada año. Por no hablar de la mutilación de órganos a las que se las somete, práctica contraria a la naturaleza de la mujer, una agresión a su libertad y a su salud física y síquica.

Son más de 130 millones de niñas sometidas a la infibulación, casi siempre realizada fuera de una clínica o de un hospital, por lo que las niñas corren grave riesgo de morir: una de tres no sobrevive a una intervención que se realiza casi siempre con *gillettes*, tiestos, cuchillos.

Los países donde en mayor medida se da esta violencia contra las mujeres son Gíbuti, Somalia, Etiopía, Sierra Leona, Eritrea, Sudán y Egipto. En Italia viven 40.000 mujeres infibuladas.

Con respecto a la prostitución es interesante la observación de Julia Paola Di Nicola sobre los aspectos sociales del fenómeno: “Se reflexiona poco sobre este aspecto. Sin embargo, es algo que contribuye a bajar el nivel de reciprocidad entre los géneros y a aumentar los lugares comunes, estereotipos, el desprecio por el otro género”.

Toda la sociedad se ve afectada al vulnerarse su unidad constitutiva de base: la familia, los universos vitales del vecindario, del parentesco, de los amigos, del trabajo. No es una casualidad que, alrededor de la prostitución, prospere de manera tan abundante el hampa; hay problemas de orden público, riesgos sanitarios, degradación generalizada, depreciación de los inmuebles, implicaciones de carácter jurídico, moral e ideológico... Sus efectos revierten sobre toda la sociedad.

Un fenómeno muy grave es la violencia doméstica, la que se da al interior de la familia: en América Latina los homicidios con víctimas del sexo femenino. Entre un 50 y un 60% de las mujeres declaran ser golpeadas.

Los números de las Naciones Unidas indican que, en el mundo, una mujer sobre diez ha sido golpeada. En Colombia el 20% admite haber sufrido abusos físicos; el 35%, presiones psicológicas; en el Ecuador el 60% revela haber sido golpeada. En Italia los datos del teléfono rosa revelan que las mujeres corren los mayores riesgos cuando el marido regresa del trabajo. Hay que notar que las familias violentas no son tanto las pobres, sino las llamadas “normales”.

En Italia causó mucha conmoción la presencia de Nurum Nahr llegada desde Bangladesh, donde vive, para dar su testimonio. Cinco años atrás una banda de diez jóvenes le roció en la cara con un balde de ácido sulfúrico con la intención de arruinarle su muy dulce rostro que tenía y así impedir su fu-

turo casamiento. En Bangladesh es bastante frecuente que los hombres, para vengarse de las muchachas que han rechazado sus avances, reaccionen de esta manera. En el 2000 han sido denunciados 250 casos. Nurum ha sufrido 12 intervenciones quirúrgicas; unos amigos italianos la han animado a que estudiara y ha llegado a ser asistente social. Ahora en el hospital de Docca asiste a las demás muchachas que han sobrevivido al ácido. “Al comienzo quisieran haber muerto, no lograban aceptar la situación. Después, poco a poco, logré que en ellas volviera a nacer la esperanza”.

Pero esto no sucede solo en Bangladesh; de maneras diferentes, que van de las heridas al asesinato, se repite donde la mujer es considerada una propiedad. “Así no serás de ningún otro”, exclamaba un veinteañero mientras le quitaba la vida a su ex-enamorada de 17 años. El amor es algo mucho más grande, algo “divino”.

En todos los niveles debe hacerse una reflexión más profunda sobre el tema de la mujer. Con este fin, aconsejo la lectura de la Carta de Juan Pablo II sobre la dignidad de la mujer *Mulieris dignitatem*. A este respecto las legislaciones civiles, especialmente en los países en vías de desarrollo, no son completas, si es que existen. Según mi parecer, no se han dado muchos pasos hacia adelante después del encuentro de Pekín de hace cinco años.

Habría que regresar a la Palabra de Dios: del Génesis se deduce que no es el varón el culmen de la creación sino la mujer. En el Evangelio encontramos páginas intensas, llenas de verdad, como ramalazos de luz en las tinieblas que tantas veces han apremiado a la mujer.

Jesús ama a la mujer, ha querido tener una madre, en su seno ha vivido nueve meses, de ella ha nacido, con ella ha vivido, delante de ella ha muerto y ha resucitado.

En el corazón del cristiano la mujer, cuyo nombre es María, ocupa el primer puesto: venerada, invocada, tenida como madre, refugio, consuelo, ayuda. Jesús amó a la mujer y le hizo justicia en un tiempo en el que era víctima de abusos, marginada; la ama también cuando es pecadora.

Es una mujer la primera mensajera de la Resurrección, la primera gran fiel. Él no ha hecho largos discursos sobre el feminismo, pero con sus gestos, sus actitudes con ella, el Maestro le ha dado “valor”, como nunca nadie había hecho: el valor del Hijo de Dios, que conocía el corazón de la mujer y su vocación al amor.

Una recomendación de la ONU enfatiza la necesidad de la tutela de la mujer. Me parece importante citar también las conclusiones de un estudio del Centro Cáritas de Darfo (Brescia) que pone de relieve un hecho imposible de minimizar: hoy existen numerosos estudios y todos concuerdan en afirmar que, aunque de maneras diferentes, se puede hablar de tráfico y comercio de “esclavas del sexo” con fines de explotación y que la prostitución es el punto de llegada de una degeneración socio-económica. La fuerza con la cual se ha estructurado esta nueva forma de esclavitud, tiene como punto de referencia a los explotadores, quienes, a través de amplias redes de contactos, han creado uno de los tráfico más rentables del hampa cuyas ganancias sostienen el tráfico de las drogas y de las armas.

Las organizaciones criminales han descubierto en las carencias psicológicas y en los conflictos sexuales de millones de individuos un terreno fácil para recoger dinero, sometiendo a las muchachas de la calle a una bestial y constante venta de su propio cuerpo y de su dignidad. Es necesario que cada intervención legislativa, represiva, pedagógica y preventiva, tenga en cuenta esta realidad. De manera especial la reducción a la esclavitud y la asociación para delinquir son dos elementos que se deben considerar para una intervención represiva adecuada.

He aquí un campo de acción para tantos ex-alumnos y cooperadores graduados en derecho o que han sido elegidos en los parlamentos para sugerir a las instituciones leyes adecuadas, y para otros muchos que están comprometidos en el sector de la educación para hablar de la mujer y su mismo valor con respecto al hombre. Esto evidentemente compromete también a las muchachas que han crecido entre las Hijas de María Auxiliadora que son muy activas en el área de la promoción y defensa de la mujer.

Con respecto al sistema preventivo y las situaciones de malestar aconsejo de manera especial la lectura de las Actas del Seminario de estudio promovido por los sectores de la Pastoral Juvenil de las Hijas de María Auxiliadora, realizado en Roma entre el 1 y el 8 de mayo: “Las Hijas de María Auxiliadora y el mundo de la marginación”.

Caminos hacia la casa es el título del volumen que habla de los chicos de la calle. “Un pueblo de pequeñas desesperadas. Hijas de un mundo que las rechaza, las oculta, las explota, las expone a la lucha diaria para una sobrevivencia durísima.

Pequeñas vidas nacidas para ser olvidadas, rechazadas al borde de una edad que no les pertenece. Esta infancia atraviesa la realidad de nuestro tiem-

po dejándonos un remordimiento con el que no podemos evitar hacer cuentas, aunque no resulte fácil”.

No es fácil, pero las Hijas de María Auxiliadora se atreven a esperar: “Es la apuesta que dio origen a las casas de acogida. Es el valor de trabajar día a día al servicio de tantos pequeños del Evangelio, aplicando esa pedagogía de la esperanza hecha de gestos, silencios, de espera y de mucha ternura... No es suficiente amar a los muchachos, decía Don Bosco hace falta que se sienten ambos. También para algunos muchachos no es fácil cruzar el umbral de la casa... Les cuesta creer que alguien pueda interesarse por ellos, contestan con la misma violencia de la que han sido víctimas, se resisten al diálogo.

Las Hijas de María Auxiliadora han afrontado este servicio formativo, con esa pasión educadora que se propone intervenir sobre las causas, sobre las “estructuras de pecado” denunciadas por Juan Pablo II en la *Redemptoris missio*, que han creado las nuevas formas de marginación.

La madre general, Ma. Antonia Colombo, no ha vacilado durante su intervención en el Seminario en denunciar una democracia que, en muchos lugares es tan solo una “aparición sin contenido en lo que se refiere a los derechos de las personas y a la autodeterminación de los pueblos. En efecto muchos gobiernos proclaman estos derechos, pero no aseguran las condiciones mínimas para que se los pueda ejercer”.

La Madre aludió decididamente a la educación: “Educar es la única clave que lleva más allá de las situaciones de exclusión social. La única clave para superar el desequilibrio que existe entre los pueblos del mundo”. La Madre Colombo se da perfecta cuenta de que la “humanización que implica la educación a la libertad, a la autoeducación, a la capacidad crítica para proponer y colaborar, es el punto más descuidado del programa de muchos gobiernos.

Por esto el primer sector que sacrifica es la educación. También la educación escolarizada, donde existe, se reduce a la transmisión de contenidos controlados por determinadas ideologías y evita rigurosamente la formación de la capacidad crítica”.

Ella reafirma su confianza en el sistema preventivo de Don Bosco, asimilado por la madre Mazzarello que “tiende a personalizar, despertando, a través de la amabilidad, la confianza en las capacidades de búsqueda de la verdad y de inversión en la actuación del bien común. En este sentido es un don para ofrecer con solicitud creativa a las/los jóvenes que viven situaciones de marginalidad y de empobrecimiento, causadas hoy, en gran medida, por el sistema neoliberal”.

Es un evidente llamado a obrar a nivel de estructuras de migración y a preparar a las comunidades para denunciar eficazmente las discriminaciones

presentes en todos los contextos culturales. Esto significa entrar directa o indirectamente en el área socio-política.

También Don Bosco lo hizo con decisión, aún conservando su posición de sacerdote.

Interesantes las opciones tomadas por las Hijas de María Auxiliadora en su nuevo “campo” de trabajo, el de las muchachas y las jóvenes marginadas. «Cuiden de ellas, son mis hijas», parece repetir la santa fundadora. «Se las confío».

En Medellín (Colombia) ha surgido la Casa “Mamá Margarita” donde viven muchachas sin certificación alguna de tipo religioso o civil, porque los papás no las han registrado. A menudo son víctimas de malos tratos, verbales, sicológicos y sexuales, chivos expiatorios de la explotación económica y social y esclavas de la prostitución infantil.

La vida de la calle las ha vuelto precoces y astutas frente a las diferentes situaciones: en sus ojos se refleja aún el dolor que nace de sentirse amenazadas y violadas por quienes las han seducido. Sienten su soledad y la necesidad de ser acogidas; poseen un gran deseo de encontrar a alguien que las ayude a recuperar la confianza en ellas mismas. Lo que crea la atmósfera de la casa “Mamá Margarita” es el método de Don Bosco.

“El amor crea aceptación, libertad, plenitud, apoyo, claridad, restitución de la dignidad, esencia de la vida; se manifiesta de muchas maneras y se reproduce para que las chicas logren captar en ellas mismas las posibilidades creativas de un cariño limpio y esencialmente enriquecedor para cada persona. La comunidad se conecta en red con el territorio, porque ya no es posible trabajar sin tener presentes las diferentes instituciones que operan en el sector, sin involucrar a las familias, cuando esto resulta posible”.

A niños no deseados de madres solteras, a hijos de alcoholizados y drogadictos se les abren las puertas del Centro de Acogida de Lubumbashi (Congo ex Zaire), de Lodz en Polonia, de las cinco casas “Nazareth” de Corea del Sur y de todas las demás, regadas en Brasil, España, Portugal.

Experiencias tan fuertes necesitan una buena formación del personal y de los voluntarios. Ejemplos interesantes se han desarrollado en la India, en Brasil, en Italia.

Las siglas FIDES, INDICA, MADRESELVA, VIDES, indican los diferentes caminos formativos de educadores y educadoras, que en el VIDES encuentran un caso ejemplar de gradualidad:

- Actividades de servicio socio-educativo a nivel local en los ambientes salesianos y no salesianos.

- Experiencias de voluntariado internacional de corta duración en las misiones.
- Servicio de voluntariado internacional (por lo menos un año).
- Apoyo a distancia de proyectos que se dirigen a niños y niñas en dificultad;
- Acción de educación al desarrollo a través del comercio equitativo y solidario, campañas de solidaridad y sensibilización a los problemas que se viven en ciertos países.

El “programa educativo” en una carta

Las Hijas de María Auxiliadora que trabajan en el contexto de las nuevas pobreza, han querido escribir una *Carta abierta a las educadoras y los educadores*, que vale la pena transcribir en síntesis.

Creemos y reafirmamos:

- *la opción preferencial de Don Bosco y de la Madre Mazzarello para la educación de las/los jóvenes más pobres y abandonados nos solicita a dar respuestas audaces e innovadoras a las situaciones de malestar y de marginación; la misión educativa entre las/los jóvenes más pobres es hoy para las Hijas de María Auxiliadora una opción urgente y prioritaria;*
- *la preventividad es eficaz para restituir vida y dignidad a quienes viven en su propia carne las grandes pobreza (malos tratos físicos y/o morales, violencia, explotación sexual, trabajo de menores...) exactamente porque en todo joven, aunque marginado o desviado, existen energías positivas, que, oportunamente estimuladas, pueden determinar la elección de la fe y la honradez (Juan Pablo II, *Juverum Patris*, n. 8)*
- *solamente si estamos en red podemos globalizar la solidaridad como alternativa a las demás globalizaciones alienantes.*

Dejarnos estimular por el carácter genuino del carisma significa hoy “ser auxilio” – como María– para quienes sufren los efectos más negativos del progresivo empobrecimiento del mundo y de la exclusión social. Vivimos la preventividad como el conjunto de acciones que apuntan a romper el ciclo de la marginación y a devolver dignidad humana y nueva calidad de vida a los sujetos que están en dificultad. La educación preventiva, en efecto, mira a hacer surgir en la persona –misterio de posibilidades– lo que existe, partiendo de la situación de malestar en que se encuentra.

En la nota, las Hijas de María Auxiliadora se sienten completamente interpretadas por el Rector Mayor, padre Juan Vecchi, cuando escribe:

“Preventividad hoy no significa solo, ni principalmente, limitar las desviaciones, sino desarrollar los recursos de la persona, cualquiera sea la situación que se encuentre. Hoy se han aclarado el alcance, los grados, las formas complementarias de la prevención, como también el sentido salesiano de la prevención como característica interna de la educación.

Ella se aplica también a la recuperación de los sujetos ya golpeados por las consecuencias de la marginalidad y el malestar. Antes bien, se propone como la mayor forma para despertar las energías aún sanas y frenar un posible deterioro o neutralización.

La prevención, entonces, es concebida también como una ayuda para que afloren los recursos escondidos para que salgan a flote los elementos que parecían borrados hasta conducir a las jóvenes a un nivel satisfactorio de compromiso personal para su propio crecimiento”.

Después de dirigirse a las comunidades y subrayar la importancia de los proyectos y del trabajo en red, la *Carta* señala también las competencias más específicas de los educadores y las educadoras:

- capacidad de análisis y de lectura crítica de la realidad, así como competencia para proyectar objetivos y estrategias de trabajo que garanticen la continuidad;
- disponibilidad para trabajar en equipo con espíritu de reciprocidad, para escoger, organizar, evaluar juntos;
- voluntad de reflexionar sobre su propia experiencia para modificar y mejorar la acción;
- determinación para reforzar en uno mismo y en los demás la capacidad de conducir y orientar la vida, a pesar de las situaciones adversas.

Para concretar los “sueños”, las Hijas de María Auxiliadora, que trabajan con muchachas en dificultad, han implementado un recorrido para involucrar las diferentes comunidades regadas por el mundo.

Las Hijas de María Auxiliadora se proponen también educar a quienes gobiernan a las naciones. Lo han dicho a través de la Madre General, con la que trabajamos en red, para crear una cultura de la solidaridad y promover a perso-

nas capaces de llevar esta cultura al servicio del hombre y la civilización del amor. Para globalizar la solidaridad es imprescindible involucrar a las autoridades, los gobiernos, las instituciones internacionales. Nuestras comunidades –Salesianos e Hijas de María Auxiliadora– presentes en más de 110 naciones del mundo, pueden hacerlo. Sería un verdadero pecado de omisión –como dice la madre Colombo– no hacerlo.

Juegos de guerra: el drama de los muchachos soldados

*Vuelve a poner la espada
en la vaina (Mt. 26, 32).*

Guerras y genocidios han afectado siempre a los niños: como víctimas, según nos dan a conocer las páginas más dolorosas de los diferentes “holocaustos” del siglo pasado y de los “embargos” del presente, y como niños-soldados, antigua lacra africana, pero también de otros países en guerra. En la edad de los juegos se llama a estos niños a las armas y deben empuñar los Kalashnikov como los adultos que los tratan como pequeños esclavos, carne de cañón para desminar los terrenos sembrados de minas anti-hombre y, a menudo como objetos sexuales.

Los uniformes mimetizados les confieren la imagen de héroes: la cara adusta, dura, amenazante hace que se sientan grandes, cuando tienen 8, 10, 12 años y ya deben luchar para sobrevivir y matar. «Tu vida depende del arma que llevas, es tu madre, vigila sobre ti día y noche», decía una niña colombiana que había tomado confianza con varios tipos de pistolas y metralletas.

A menudo se los enrola a la fuerza entre los chicos de la calle y los huérfanos de guerra, como sucedió en 1994 en Ruanda, el país devastado por el conflicto hutu-tutsi, con centenares de miles de muertos en pocas semanas. Los niños no son solo las víctimas arrastradas sin querer en las atrocidades de los distintos conflictos: son también el blanco, el botín, la materia prima de la guerra. Los testimonios recogidos por Amnesty Internacional y por Human Right Watch, son numerosos y escalofriantes.

«Me han obligado a volverme adulto a los 11 años, a salvar mi piel por mi cuenta y por toda la vida llevaré la señal de la muerte que me ha tocado ver desde cuando estoy bajo las armas. Yo estaba en la escuela cuando me han tomado y me han puesto un uniforme mimético cinco medidas más grande que mi talla.

Debes defender la patria. Conmigo habría más de veinte chicos de mi edad. Hemos caído en una emboscada tutsi: han muerto casi todos» (Papí).

«Charlotte es la cuarta de mis seis hijos, estudiaba la secundaria en el colegio St. Mary de Oboke, en nuestro país, Uganda. Se la llevaron de la escuela el 9 de octubre de 1996 los soldados del ejército de resistencia, junto a

otras 138 muchachas. Unas treinta de ellas las retuvieron los rebeldes. Han pasado 5 años y no la he vuelto a ver. La sigo buscando» (Angelina Acheng Atyan).

A los rebeldes del Ejército de Liberación los guía un loco visionario que, con la protección del Gobierno de Sudán, desde hace una década siembra muerte y destrucción en el norte de Uganda. Es uno de los grupos más violentos que se ensaña principalmente en los niños. «A aquel que se queja por el cansancio —cuenta Angelina, presidenta de la Asociación de los padres de los niños raptados— lo mutilan y después lo matan. Los rebeldes utilizan a los mismos niños para matar a sus compañeros de prisión, provocándoles terribles traumas».

Los llaman *jungle mosquitos*, mosquitos de la selva, porque como insectos, pican y huyen. Son los niños-soldados de las Molucas: listos, veloces, obedientes, astutos. Mejor si son huérfanos: si mueren, nadie los llora. «Los obligan a jugar a la guerra, después les dan bombas molotov para destruir iglesias, mezquitas, casas de enemigos y, si quedan heridos, a menudo los dejan que se mueran, quemados vivos entre escombros. Hoy nuestra escuela está cerrada, porque ya no hay niños» (Passianus Daeli).

Para Margarita Sutrisno, voluntaria laica en Jakarta, muchos de los niños alimentan sentimientos de venganza y juran estar listos para morir en la guerra. «Mi mamá fue matada. ¿De qué me sirve vivir? Debo estar preparado para morir, cuando llegue el momento».

En Sierra Leona, según cálculos de la Iglesia Católica, de 45.000 combatientes, el 15% son niños, «un verdadero crimen contra los más jóvenes, involucrados en la guerra» (Mons. Biguzzi, obispo de Makeni). «A mí me han raptado en la noche, durante un ataque, mientras dormía en la casa con mis padres» (un niño de 8 años).

«Algunos grupos los han tomado como cargadores, para llevar armas, municiones, comida. Otros han utilizado a los niños para acciones de sabotaje. Les han dicho: muchacho entra en esa casa, riega un poco de gasolina y prende el fuego. Varios chicos han sido entrenados para disparar y realizar acciones violentas» (Mons. Biguzzi).

En mis ojos sigue grabada una escena en Angola. Nos encontrábamos en el aeropuerto y vimos un grupo de personas, poco más que muchachos, empujados hacia aviones militares de carga. Eran el fruto de una *rusga*.

La *rusga* es una operación improvisa de reclutamiento: sin preaviso ciernen un barrio, una aldea, una pequeña ciudad y se llevan a los jóvenes considerados

en condición de ser parte del Ejército o de un grupo combatiente. Realizan rusgas en las escuelas, en los cines, en las calles, en las familias.

No olvidemos que en Colombia enrolan a muchachos “sicarios”: sus entrenamientos llevan la marca de la dureza y la crueldad. No es difícil imaginar cómo los instructores y comandantes preparan a estos menores para la lucha: se trata de un sometimiento a base de torturas, excitación irreal, droga.

El *New York Times* del 11-09-2000 reproduce el relato de Ramulka, una muchachita de 13 años enrolada por el frente étnico tamil, y de Armugam, huérfana, reclutada cuando tenía tan solo 8 años. Niños-soldados los tenemos también en Sudán, Uganda, Liberia.

El coordinador de la coalición de asociaciones que luchan en este frente declaró: «La utilización de niños como soldados no es tolerable en una sociedad civilizada; hay que acabar con esto. Por eso la coalición dirige un llamado a la sociedad internacional para que garantice a los jóvenes que tienen menos de 18 años una protección rigurosa contra su empleo en los conflictos armados». Rigurosa, es decir, con un monitoreo y oportunas llamadas de atención y sanción, de acuerdo con las nuevas relaciones de colaboración entre los distintos países afectados por el triste fenómeno.

La dimensión del fenómeno es amplísima: se habla de 300.000 niños y muchachos debajo de los 18 años que son utilizados en conflictos armados en más de 30 países del mundo. Las imágenes que nos presentan los periódicos y la televisión se refieren en su mayoría a África, pero en todo el mundo se utiliza a los niños con fines bélicos: en Asia, en el Pacífico Sur, en Medio Oriente y también en Europa. El perfeccionamiento de las armas livianas ha facilitado el enrolamiento de los menores. Un niño de 10 años puede utilizar un AK – 47 como un adulto.

Muchos niños en 25 países, durante los últimos diez años, han participado en más de la mitad de las guerras en curso. Las estadísticas de la UNICEF son impresionantes: estos conflictos han causado 2 millones de víctimas entre los niños y han dejado a otros 4 millones mutilados e impedidos.

En “Tierra Santa” las diferentes intifadas tienen en primera línea a los muchachos. En Sudán, como en las guerras santas contra Israel, se vieron en primera fila a los pequeños. En Colombia como en Somalia han sido miles los niños muertos sobre las minas anti-hombre o, si no matados gravemente mutilados.

Desde Sudán una buena noticia en este comienzo de milenio: “2.500 niños, liberados por UNICEF, han dejado las armas y han vuelto a jugar. Han si-

do ‘desmovilizados’, liberados de la obligación de combatir. Ahora se los debe curar, darles de comer y vestir, como niños normales”. Para ello será algo esencial reencontrar a sus padres, a quienes se los habían arrebatado los jefes guerrilleros al raptarlos. Pero, no olvidemos que otros 9.000 niños–soldados operan aún en Sudán meridional.

Se los usa como escudos humanos, se los envía al frente sin ningún escrúpulo de exponerlos a la muerte: el niño cuesta poco, se lo paga poco, posee la valentía de quien no reflexiona sobre el valor de la vida y se deja exaltar fácilmente por los jefes adultos que lo incitan a seguir adelante, lo obligan a matar...

A los 8, 9, 10 años la guerra ya no es un juego, un videogame, es la guerra verdadera, con el cortejo de muerte, de sangre, de dolor que la acompaña. «Es inhumano que los adultos quieran mandar a luchar a los niños en su lugar... No existen excusas ni motivos aceptables para armar a los niños» ha afirmado con fuerza el arzobispo Desmon Tutu, una afirmación que comparto plenamente. Los muchachos son verdugos y víctimas al mismo tiempo.

Se los enrola en los ejércitos regulares o entre los rebeldes de la guerrilla. Existen también niñas-soldados que han luchado en las guerras de El Salvador, Uganda, Etiopía: se trataba de una tercera parte de las muchachas en guerra. A menudo se las entregaba como “esposas” o se las encaminaba a la prostitución “militar”.

Algunos estudios sugieren que al menos en el pasado, los chicos eran enrolados más a menudo por los grupos armados de oposición que por el ejército regular. En Etiopía, por ejemplo, se calcula que los niños y mujeres componen entre el 25 y el 30% de las fuerzas armadas opositoras.

Estos niños incapaces de analizar críticamente las situaciones son fáciles víctimas del odio que los lleva a matar, como sucedió en Mozambique, hasta a los propios padres y hermanos. Los niños-soldados son capaces de las peores crueldades y de sufrir las amputaciones más espantosas. Pobres chicos a quienes se les arrebató la infancia.

Baby-soldados fueron usados en Afganistán, país que probablemente tiene el primer puesto en la utilización de muchachos enviados a la guerra: casi 100.000.

Baby-rebeldes también en Perú, utilizados por Sendero Luminoso para ejecutar las condenas a muerte decretadas por los “tribunales del pueblo”.

En la región de los Grandes Lagos son ininterrumpidos los sufrimientos de los niños que no han conocido el “color” de la paz, habiendo nacido en medio de la guerra y viviendo las continuas batallas de las guerras civiles entre las etnias que no se aceptan.

El uso de los niños en la guerra no es exclusivo de nuestro siglo. Ya en el siglo XIX se los enrolaba *-enfants perdus-* como tamborileros, gaiteros, portaestandartes.

Recuperar desde el punto de vista psicológico a estos muchachos se ha vuelto una actividad delicada de sicólogos y psiquiatras: también la música puede ofrecer un aporte valioso.

En Sarajevo, como en Bangkok, la musicoterapia ha obtenido buenos resultados, borrando de la fantasía y de los sueños de los muchachos-soldados los rastros de los enemigos matados y las escenas sangrientas de la guerra.

Ellos además sufren los riesgos de la vida militar: los más jóvenes pueden adquirir malformaciones de los hombros y de la espalda, por verse obligados a llevar cargas demasiado pesadas. Desnutrición, infecciones respiratorias, enfermedades de la piel, así como SIDA y enfermedades venéreas, malestar en la vista y el oído son algunas de las consecuencias que acompañan la cotidianidad del baby-militar.

También los países desarrollados tienen sus niños-soldados: el derecho internacional ha puesto el límite de 15 años para el enrolamiento y de 18 para la participación en las hostilidades. Los EE.UU. se oponen a poner el límite en los 18 años y tienen decenas de miles de soldados de 17 años técnicamente miembros de las Fuerzas Armadas. El Reino Unido tiene como límite los 16 años: hubo soldados británicos que no habían cumplido los 18 años, que murieron en la guerra de las Malvinas y en la del Golfo.

Un estudio de la ONU afirma que la utilización de los menores es una forma ilícita de trabajo de menores, tratándose de una ocupación peligrosa. La mayor parte de los niños-soldados son chicos separados de sus familias o con situaciones familiares difíciles, económica y socialmente pobres o pertenecientes a minorías de refugiados, desplazados, o niños ya involucrados en la guerra.

Nosotros los salesianos no estamos directamente presentes con obras especializadas para la reinserción de los niños-soldados. Cuando se nos presentan casos, como en Colombia o en Angola, se los ubica con otros muchachos, obviamente con ciertas precauciones y una gradualidad que les ayude a reiniciar su vida.

Me ha impresionado el testimonio de Mons. Biguzzi, obispo en Sierra Leona, donde, después de ocho años de sangrienta guerra civil, las cosas parecen ponerse un poco mejor y él se presta para concretar iniciativas que puedan devolver a los niños-soldados un tipo de vida normal.

Es estupendo lo que él ha escrito, y creo que su método se asemeja al de Don Bosco: escuchar a los muchachos, intentar comprender lo que han sufrido y cuánto ha incidido en ellos la terrible experiencia que han vivido. Mientras tanto, al tiempo que buscan a las familias, ellos desarrollan diferentes actividades, entre las que el predomina el juego. Los ayudan a reiniciar la escuela que han debido abandonar y a los más grandes se los encamina al trabajo.

Como salesianos debemos estar entre los primeros en la campaña tendiente a devolver al niño el derecho a ser tal; entre los primeros en difundir una cultura de la paz, que haga posible conciencia y aplicación de los Derechos Humanos; entre los primeros en luchar contra el comercio de las armas. Italia es el tercer productor mundial de armas livianas. En Sierra Leona los niños-soldados usaban la “Berretta”, arma importada de Italia, país que produce también las tristemente célebres minas antipersonales.

Del libro *Niños en guerra* de Angelo Ferrari y Luciano Scalettari, he sacado tres breves textos de niños ruandeses, escritos mientras se recuperaban del trauma. Se leen allí expresiones que van de la desesperación más negra a la esperanza dulce de quien siente que, de cualquier modo, ya no está abandonado a sí mismo. La primera es una canción compuesta por niños del orfanato de Nyanza, en septiembre de 1994.

Los horrores de la guerra

*Nosotros niños que hemos vivido esta guerra
les contamos los horrores de la guerra.*

*La guerra lo destruye todo.
Han sido maltratados nuestros padres,
nuestros hermanos y nuestros amigos,
y nos hemos quedado sin nadie.*

La segunda es la oración de un muchacho de 12 años, Eric, hospedado en el mismo orfanato. Fue escrita en octubre del mismo año.

¿Por qué los hombres no entienden?

*¿Por qué los hombres no se entienden,
si somos todos hijos de Dios?
¿Por qué hacen la guerra?
¿Por qué pelean?*

*¿Por qué no nos entendemos con nuestros amigos,
si somos todos hijos de Dios?
Somos una sola familia, porque el Señor
Nos quiere unidos y juntos.
Y entonces ¿por qué no nos entendemos,
Si somos todos hijos de Dios?*

La última es una canción que Veneranda, una muchacha mutilada en la guerra, escribió en Gatayara en octubre de 1994.

Canción de la paz

*¿Qué es lo que te inquieta?
¿Las desgracias que te rodean?
También cuando todos los enemigos te atacan.
Haz el bien, por ese Dios que está contigo.
No te inquietes, no pienses demasiado en el mañana:
Dios no puede olvidar a sus fieles,
a aquellos que ha salvado.
No temas al Rey de la paz,
Él conoce todos los sufrimientos,
Inclina su cabeza hacia ti,
Te ama y protegerá de todo mal.*

La guerra no ha producido solamente niños-soldados, sino también el grave problema de los refugiados, aquellos que han sido obligados a dejar su tierra y sus casas: de los kurdos a los somalíes, de los ruandeses a los tamil de Sri Lanka. Se trata de todo un mundo en movimiento: pensemos en los 400 mil que han entrado a Tanzania, los 350 mil a Kenya, 200 mil a Uganda, los 250 mil a Timor Este.

Ser “sin patria” tiene consecuencias destructoras no solamente a nivel síquico, sino también en las relaciones personales: mamás en dificultades, hijos con traumas de guerra, las situaciones difíciles de los campos de refugiados, donde no hay privacidad, donde a la promiscuidad se añade la violencia, también contra uno mismo. No es suficiente salvar a los niños del infierno de la guerra o la postguerra, porque tienen otro infierno en sus mentes.

La situación de los refugiados que llegan con sus hijos de todos los rincones del mundo es difícil. Sus derechos no son respetados en los países que los acogen. No tienen voz, nadie los escucha. A menudo son cristianos, hijos de nues-

tra iglesias hermanas, a las cuales vamos como misioneros y nos sabemos acogerlos cuando vienen a nuestra casa. Los que más sufren son los muchachos: se obstaculiza la educación familiar volviéndola imposible. Los refugiados en el mundo sobrepasan los 45 millones. Solo en Sudán se calcula que son alrededor de 4 millones.

Personalmente he podido encontrar a los refugiados de Cambodia en Thailandia. Es reciente la memoria del gran éxodo de los kosovares y de las áreas de los Balcanes. Europa ha sido siempre la cuna del derecho. Hoy me parece que se está cerrando como una fortaleza, levanta murallas con leyes y políticas severas para prevenir el ingreso de los “inmigrantes clandestinos”. Como discípulos de Cristo debemos ver esta realidad con sus ojos, sentirla con su corazón, “compadeciendo” estas situaciones que se presentan delante de nuestra puerta, haciéndonos solidarios con los que sufren, especialmente si son jóvenes. “El carácter profético de la vida religiosa nos pide encarnar a la Iglesia deseosa de abandonarse al radicalismo de las bienaventuranzas. Este don del Espíritu nos hace sensibles a los retos de la pobreza” (CG 23, n. 79). La significatividad de nuestras obras nace de la manifestación incondicional de la caridad evangélica, de la capacidad de salvar a aquellos que los hombres abandonan a su destino, del deseo de ofrecer vida y esperanza.

Salesianos e Hijas de María Auxiliadora viven experiencias interesantes en algunos campos de refugiados en Albania, en Thailandia y Kenia. En Tirana, con la ayuda de los mismos refugiados y de voluntarios, han organizado la vida social y las actividades formativas en campos de primera acogida. En Thailandia nacieron pequeños talleres y lugares de encuentro según el modelo del oratorio, que dieron origen a la presencia salesiana en Cambodia. Lo mismo sucedió en África, en Kakuma, junto con voluntarios e instituciones internacionales. Son solo unos ejemplos, gotas de agua en un océano en movimiento.

La entrevista está por terminar. Las páginas que el Rector Mayor me ha confiado son incómodas, pero evangélicas. Tienen la pureza cristalina de quien, habiendo vivido el camino de la pastoral juvenil salesiana a nivel mundial, ha favorecido el nacimiento y la consolidación de comunidades de acogida para muchachos y jóvenes en dificultad y, como miembro del Consejo General de los Salesianos en distintos roles y finalmente en el de Superior, ha apoyado los diferentes proyectos para América Latina, Asia y África. Estas iniciativas han puesto a la Congregación en la oportunidad de hacer creíble el amor que proclama, educando y evangelizando.

Debemos volver a plantar nuestras tiendas en el continente juvenil. Todos tenemos que arrepentirnos por nuestro alejamiento cultural y psicológico del mundo juvenil, por no haber ofrecido con valentía aquellos valores en los cuales creemos; debemos arrepentirnos de no haber escuchado sus voces.

Ernesto Trecanni, un pintor italiano y gran maestro de la pintura moderna, escribió: “A los jóvenes hay que tomarlos en serio o los tendremos en contra”.

Esto era así, en 1968, pero hoy se corre el riesgo de tenerlos “en otro lado”. Quisiera concluir este encuentro contigo repitiendo lo que contesté en la entrevista que tan lúcidamente Di Cicco relata en ese libro que tú has citado varias veces, aunque informalmente. Ella clausura tu libro que ha intentado hablar de las “llagas modernas” que afligen a los jóvenes de hoy.

Nos quedan sueños por los cuales luchar en el nuevo milenio, con esperanza de vencer. Salvemos la especie juvenil, porque en algunos lugares de la Tierra la juventud está en peligro de extinción.

Lanzo un SOS a todos y en primer lugar a los poderes nacionales e internacionales, para que destinen recursos económicos y legales y para que utilicen su prestigio para borrar los actuales campos juveniles de exterminio.

En los países pobres, desangrados por los conflictos, los jóvenes han sido requisados para las guerras, diezmados por las enfermedades, con posibilidades de educación próximas a cero. Pero también en otras partes del mundo la juventud, como recurso humano y espiritual y no solo biológico, corre riesgos en su sobrevivencia.

El segundo sueño que me parece digno es el de perseverar para sanear el ambiente donde la juventud puede prosperar: contextos vitales y sistemas educativos con ofertas posibles de crecimiento para todos. A cada joven su oportunidad. La nivelación y la selectividad basadas en exigencias productivas y financieras acaban sofocando: no son una lucha a favor de la calidad, sino una contaminación que produce muertes colectivas. La pérdida de influencia de las agencias que se ocupan de la vida, los valores, la conciencia, es comparable al rompimiento del equilibrio ecológico.

Se termina un siglo en el que han estallado los fenómenos más radicales de no-comunicación entre las generaciones, entre jóvenes y adultos: padres, educadores, agencias, instituciones.

Las posibilidades de comunicaciones materiales han aumentado de manera exponencial: radio personal, televisión, teléfonos celulares, internet. Al mismo

tiempo pesa la distancia psicológica entre personas, una distancia que no es casual sino producida por el sistema de vida. Para quienes tienen la fe cristiana, en el centro de estos sueños está Aquel que con su presencia entre nosotros determina también cronológicamente, el final del siglo y del milenio: Jesús. Es en su nombre que mis “buenas noches” de fin de siglo es una esperanza de aurora.

Recojo emocionado mis hojas, saludo al Rector Mayor. No lo dejo solo en la lucha contra la enfermedad, que desde un tiempo lo atormenta. Es su Huerto de los Olivos.

“Es bajo los olivos que hay que buscar el cristianismo. Si no fueran los que sufren – escribía un profesor de Don Vecchi en la Crocetta, Don José Cuadrio - el reino de Dios ya no sería un escándalo, sino sería una pequeña república de gente bien.

Un día en que en la vida todo marche sobre ruedas, querido Luis (la carta estaba dirigida al padre Melesi) temería que los caminos de Dios no coincidieran con el mío. Desde entonces el Señor se deja encontrar solo bajo los Olivos. No solo el Señor de la Santidad, sino también el del Apostolado y de la Teología”.

He recogido unos pensamientos de Don Vecchi: he advertido en él un “corazón grande”. Si la conducción consiste en “descubrir demasiado tarde, después de la muerte, que se tiene un alma del todo inutilizada, doblada y roída por falta de uso, como ciertas sedas preciosas” (Bernanos), me alegra escribir que en el padre Vecchi he encontrado un alma fuerte, viva en el amor de Dios, de la gran familia de Don Bosco que se la confió para que siguiera siendo signo del amor del Padre por lo jóvenes.

Postfacción: globalización de la educación

Vio una muchedumbre y se compadeció de ellos porque eran como ovejas sin pastor y se puso a enseñarles muchas cosas (Mt. 6, 34).

He llegado al postfacio: ¡esto sabe a moderno y a la moda! Pero lo que he escrito respondiendo a las exigencias del corazón quiere ir contracorriente. Ser un estímulo para nuestra conciencia, la de los creyentes, de los religiosos, de quienes, hombres y mujeres, se dan cuenta que el Reino del Mal no debe durar mucho más tiempo infectando el mundo con los gérmenes de la “Comunión de los pecadores”, de aquellos que, en nombre del dinero y del poder, del placer y del interés, chupan sin escrúpulos la sangre del pobre, oprimen al niño, al muchacho y la muchacha con gestos de no-amor, que pervierten el sentimiento más bello del hombre que le da sabor a la vida. De quienes escogiendo ser los patronos tratan al obrero como una cosa, también a aquel que ha llegado apenas al uso de razón. Del poderoso que no vacila en poner un arma en la mano del niño-soldado, que después los mass-media llaman *baby-killer*, como si él que la lleva fuera un *baby*, un pequeño, una persona con el candor de su ingenuidad. Quiero ir contracorriente en esta “aldea global”, que, a pesar de tener elementos positivos, no sabe a casa, ni a familia: casa donde se vive fraternalmente unidos, como hijos de Dios; familia estructurada con el vínculo de la caridad, la única que puede cubrir la muchedumbre de los pecados.

Quiero ir contracorriente en la aldea global que ha inventado la *new-economy*, que vuelve a crear los antiguos Epulones, que niegan las migajas a los pobres Lázaros. Contracorriente en una aldea global que, a través de las imágenes de El dorado occidental, destruye la espiritualidad, ironiza sobre la sobriedad de la vida, considera desgracia las bienaventuranzas que exaltan a los pobres, los mansos, los misericordiosos, aquellos que lloran, que construyen la paz, que sufren por la justicia, que creen en el Dios de los vivos. Aquel que no es un ausente o un lejano, sino prójimo de cada hombre, aunque pecador y frágil, débil, inseguro, un Dios que se revela en Cristo a quien se siente perdido y se niega a quien se siente justo, soberbio, hipócrita, igual a Él.

La globalización nos ha traído el mundo a la casa, pero yo quisiera, de nuestra casa conducir al globo, aquel que Jesús nos ha dado en el tiempo por medio de la Iglesia, aquel que Don Bosco nos ha entregado viviendo con corazón oratoriano en medio de los jóvenes, en cualquier parte del mundo: una fe que ilumina el misterio, la esperanza que lo penetra y la caridad que calienta el corazón y nos confirma en el encuentro que tendremos con Dios, en el día, de la muerte y el juicio.

Presentes en el “globo” como salesianos debemos concretizar a nuestro ir contracorriente: y la concretización es la caridad educativa, el carisma heredado de Don Bosco, señalado por María Santísima y testimoniado por Mamá Margarita. Educar narrando nuestra vida, confesando las cosas en las cuales creemos, por las cuales estamos dispuestos a morir. Educar en la esperanza, en la seguridad de que existe una aurora después de la noche, la primavera después del hielo del invierno. Educar como “intentadores”. Del temple de aquellos que intentan siempre algo nuevo para estar al servicio de los jóvenes, de la persona y que, a través de mil intentos miden la paciencia de quien sabe que los frutos pueden llegar también en estaciones lejanas. Educar convencidos que solo un nuevo humanismo, vivido según el signo de los tiempos, nos permite franquear la puerta que nos introduce en la “civilización del amor”, de la que habla Juan Pablo II: y, a través del puente de la humanidad, transitará danzando la gracia de Dios.

Es aquel educar evangelizando y evangelizar educando que ha sido la marca de nuestra Familia salesianas e Hijas de María Auxiliadora, en estos años de vida ya “centenaria”.

Educar, dejándonos educar por los jóvenes, última palabra de Dios, la patria en la que debemos plantar nuestra tienda, decididos a todo, con tal de caminar con ellos, también cuando el camino trepa por subidas vertiginosas, y bordea precipicios en los que podríamos despeñarnos, si nos dejáramos encandilar por las “luces de la ciudad”, nueva Babilonia donde todo sonríe, pero en superficie.

No a la globalización que crea injusticia, abismos, que destruye puentes. Sí a la globalización que intenta responder a las interrogantes más profundos del hombre, de la mujer, del joven, del muchacho, de la muchacha, del niño, de la niña. Se trata también de nuestras preguntas, nuestros deseos: la paz en el respeto de cada persona, de toda nación, de toda raza, fuera de toda discriminación religiosa o rivalidad artificialmente fomentada. La tierra debe ser repartida entre todos, devuelta a los pobres, según las indicaciones del Jubileo hebraico y del cristianismo, que debería ser su continuación.

El dinero que no somete a nadie, sino que se comparte con quienes nunca han tenido un harapo para cubrirse, una casa para vivir el amor en familia. La naturaleza que, al no ser pisoteada y explotada, sino respetada, puede ofrecer alegría a la mirada y sustento para todos, acabando con el escándalo del hambre que dura ya demasiado. Un país que ofrezca las condiciones mínimas para una vida digna: trabajo, casa, participación. Una mujer libre, responsable, que lleve su “carisma” al hombre, a la familia, el Estado, a la Iglesia. Jóvenes y niños que puedan sonreír, esperando una infancia feliz y un futuro construido sobre el cimiento de la instrucción y de la formación humana, religiosa y civil. ¡Utopías! ¿Pertener también a la raza de los Quijotes, de los profetas que no han visto realizar sus sueños? ¿Estoy indicando a la Familia Salesiana caminos intransitables? Espero que no, antes quisiera que soñaran conmigo y conmigo salieran al alta mar... ¡*Duc in altum!* El Señor no nos deja solos. Nos ha presentado testimonios que han intentado dar esperanza y lo han logrado: los santos, los pastores, los papas.

Desde Juan XXIII a Paulo VI, a Juan Pablo I, hasta Juan Pablo II hemos conocido a gente que ha navegado en mar abierto.

Necesitan también de nosotros, de nuestro compromiso: allá donde nos encontremos debemos estar al lado de las personas, de los jóvenes, de la caridad educativa. Llevemos a todos los países la escuela, el trabajo, la familia, la fantasía y la creatividad en el tiempo libre.

Juntos interpelemos las instituciones, participemos en el territorio, intentemos escuchar, dialogar, dar un sentido ético a la economía, removiendo las causas de las desigualdades, los motivos de choques, divisiones y guerra. Propongamos una cultura del vivir “bien” juntos; sostengamos una autoridad que, a nivel mundial sepa moderar, coordinar, practicar la justicia, favoreciendo un desarrollo que no sea salvaje, sino sostenible. Es un sueño, pero pone en claro dónde nos encontramos, en qué dirección caminamos, qué orientaciones tenemos, para no sentirnos solos.

Con nosotros está Jesucristo que Juan Pablo II repetidamente ha indicado como “la vía, la verdad y la vida, invitándonos a abrirle nuestro corazón, convertirnos en su rostro de misericordia, de bondad, de comprensión”.

¿Cuántos panes tenemos para ofrecérselos? ¿Cuántos pescados? ¿Estamos dispuestos a entregárselos, no solo para nosotros, sino para los hermanos esparcidos por el “globo”? Si contestamos que sí el milagro no se hará esperar. A Dios nuestros sueños, a María Santísima nuestra confianza y esperanza, al Espíritu Santo la tarea de vivificar nuestra acción.